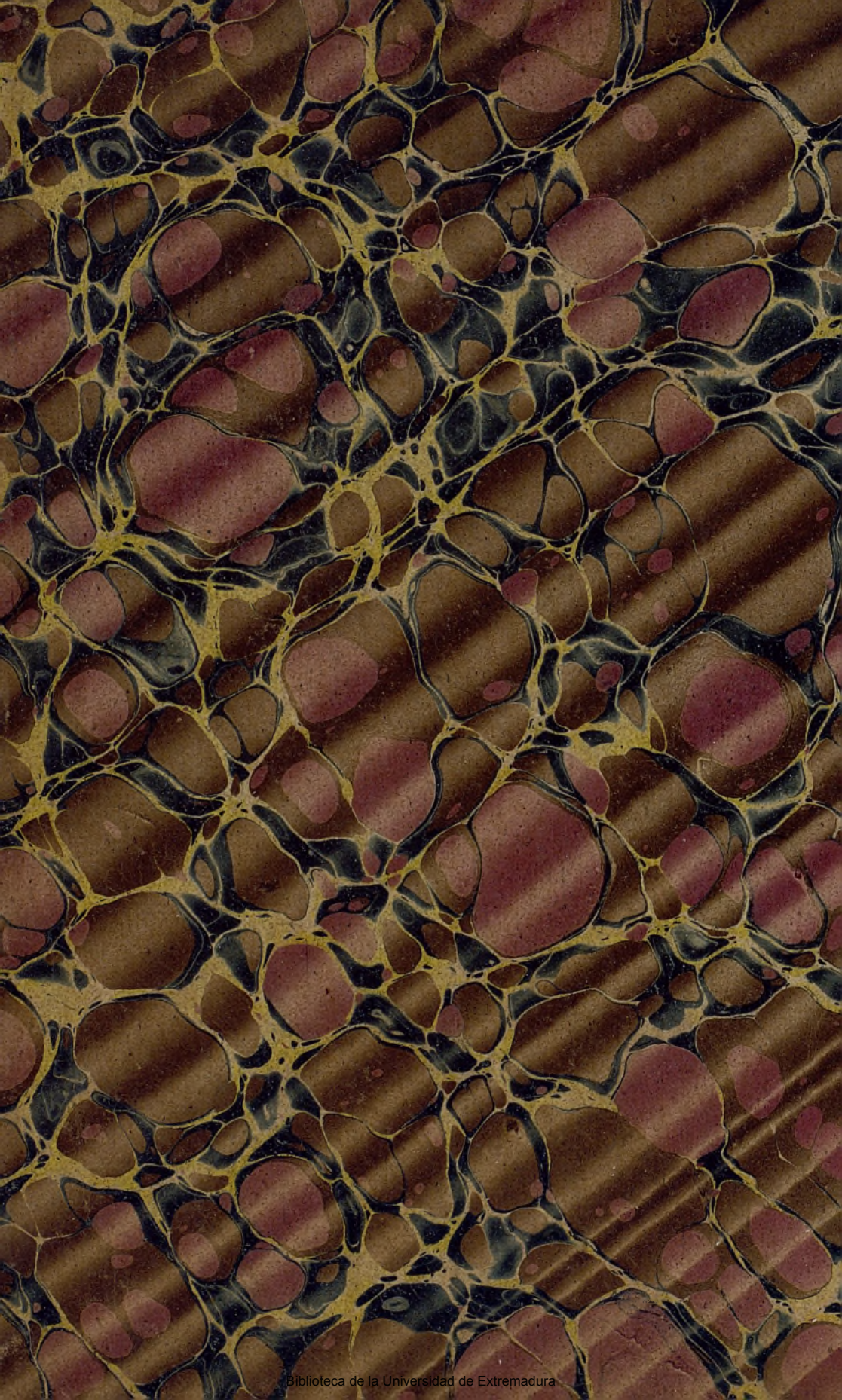


J. DE GOOCY

MONOGRAFÍAS

HISTÓRICAS





E137

R. 43



TS-6079

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS

15333681
15216573

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



ES PROPIEDAD.



MONOGRAFÍAS

HISTÓRICAS



*Al estilista i brillante literato, distinguido
caballero i hombre público, Señor Doctor don Joa-
quín Y. González.*

MONOGRAFÍAS

Testimonio de alta consideracion i última

HISTÓRICAS *de un asunto de*

Interés de

POR

JUAN SILVANO GODOI

Ex-Diputado á la Convencion Constituyente—Ex-Juez de Primera
Instancia en lo Civil—

Ex-Ministro de la Alta Corte de Justicia—

Ex-Presidente del Comité Ejecutivo revolucionario del 12 de Abril
del 77 i ex-Jefe de la Revolucion de Junio de 1879
en la República del Paraguai.

PRIMERA SÉRIE



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE—EDITOR

49 — PERÚ — 53

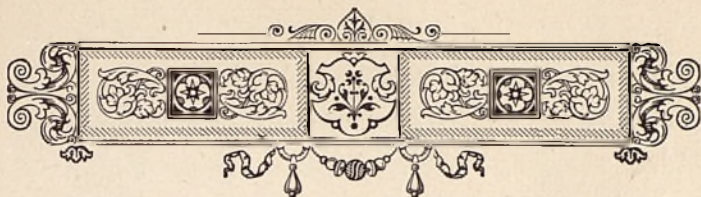
1893

Las sílabas *jé, ji*, el autor escribe siempre con *jota*, con escepcion de los nombres propios.

IMPRESO POR J. A. BERRA — BOLIVAR 455

Al Señor
Doctor Don Luciano Torrent

Testimonio de reconocimiento i alta consideracion



JUICIO CRITICO ⁽¹⁾

QUERIDO AMIGO:



SÓLO un cariño nacido en épocas de inesperienza y de ilusiones por consiguiente; solo una promesa de sinceridad empeñada en tiempos ya remotos de *mística* hidalguía, puede mantenernos y nos mantendrá indudablemente, mi querido Silvano, en la excepcional situacion de ser yo para Vd. *autoridad*, y Vd. para mí un *perverso*,

(1) La crítica con que encabezamos este primer volúmen, fué dirigida al autor hace cinco años, con motivo de la publicacion entonces de uno de sus bocetos. I, aunque el trabajo á que ella se refiere, no forma parte de la presente coleccion, razon porque nos vemos—mui á pesar nuestro—obligados á suprimirle varios párrafos; no hemos resistido al deseo de darla á luz, por la importancia que nos hace atribuirle la merecida reputacion literaria—de sábio humanista—del distinguido Vice-Director de la Biblioteca Nacional, Doctor Padilla.

á cuyas insinuaciones me doblegue y á cuyas injusticias me muestre reconocido, en vez de rebelado.

Únicamente así se comprende que Vd. diga: «censúreme Vd. ese artículo *como* Maestro»; y que yo fascinado, *finja* en el fondo de mi alma la existencia de tal *magisterio*, y cual doctrino tímido sin aliento para replicarle, empuñe la fécula de Dómine, ponga á la derecha la semblanza de V. . . , y á la izquierda la *Instituta* de los viejos preceptistas, y reanude mis prédicas críticas, indigestas y anacrónicas.

Anacrónicas, porque en el medio en que vivimos, la Gramática y la Retórica, en sentir de principalidades respetables, personificaciones de la dominante opinion, son malezas que ahogan la buena semilla, amortecen el brillo de la fantasía, y bastardean los frutos más preciados del nativo injénio.

Nos hallamos bajo pleno dominio de una Escuela romántico-argentina, en la que toda reminiscencia clásica suele engendrar tedio y hacer mirar á quien la invoca, como manchego agreste, desheredado de inventiva y de espontaneidad.

Un giro frances, una *estafa* al confuso inglés, una *ratería* perpetrada en el campo del profundo idioma aleman, constituyen hoy *elegancia*; y desdén altivo hácia las lenguas madres, tanto vale

para las turbas letradas, como signo de progresista emancipacion; escapandose á estos víctimas del apasionamiento, que aquellos idiomas en que espigan, son cabalmente religiosos cultores de las lenguas y literaturas de su progénie.

¿Quiénes mas apegados que los franceses á las exigencias *atávicas* de la Ortografía?

¿Quiénes mas deferentes que los alemanes para la lexicografía griega y estructura latina?

¿Quiénes mas refractarios á las invasiones neológicas que los ingleses?

Pero... basta de desahogos, aunque Vd. indulgente me los consienta, en virtud de cierta levadura conservadora del lenguaje que posée, y pasemos al boceto de Vd.

.
.

ESTILO!! «Yo deseo tener un estilo» «Cuánto diera por un estilo!!»

He aquí la cantinela perenne de Vd.

Y... bien: *definamos*, ya que la definicion es anchurosa via que aleja de las disputas.

Si lo echado por Vd. de menos es aquella manera *no aprendida*, típica, característica y personal con que cada cual expresa las formaciones de su espíritu y los vaivenes de su corazon, puedo asegurarle que ya es dote por Vd. atesorada.

Proclamó aquel sábio, y lo reputo evidente, que «el estilo es el hombre»; de donde lógicamente se deriva, que lamentarse del propio estilo, igual es á deplorar su fisonomía, ó su estatura ó su fealdad.

El estilo es innato, *inmanente*, como se expresaría un filósofo Krausista.

Mas si lo anhelado por Vd. consistiera en moldes forjados por ajenas fuerzas para vaciar en ellos, y darles formas *extrapersonales*, aquellas combinaciones del alma y aquellas vibraciones del corazón á que acabo de referirme; si Vd. entiende contra Buffon que el «estilo no es el hombre» sino que «el estilo es un comediante» como expone el burlesco Campoamor; entonces tambien le aseguro que puede recabar su propósito proponiéndose un prototipo ó individual ó colectivo, autor ó escuela de autores, y *calcando* en él, á guiza de copista de dibujos, sus pensamientos y sus afectos.

Llegaria Vd. á término á fuerza de ensayos perseverantes, mecánicos mas que intelectuales; pero ay! correria el riesgo de dejar en el camino, y lo dejaria ciertamente, aquel *otro yo*, aquel como sello personal, gérmen de la originalidad, inequívoco y precioso atributo que distingue al verdadero escritor del plagiador vulgar y rapsoda.

Tal es el método tradicional seguido por los jesuitas para la enseñanza Retórica en sus Colegios; método aludido por Voltaire, cuando de sí mismo asevera que sólo aprendió latin y *algunas necesidades*.

Estas *necesidades* no eran otras que las miríadas de inocentes industrias y de ineficaces expedientes, con los que siguiendo los tratados *De Imitatione* del P. Colonia, Kleugen y otros, pretenden en la cátedra arribar á la imitacion de los clásicos.

Resumiendo: Conseguirá excelente estilo el escritor, que dominando ante todo, y de absoluto modo, el tema elegido, se halle de antemano *familiarizado* con la lectura y crítica de los maestros de la lengua.

Diderot ha sentado que «el buen estilo reside en el corazon», y otro, acaso el citado Buffon, profesa el convencimiento de que «nada se opone mas al calor del estilo, que el afan de trazar por do quiera rasgos llamantes».

¿Me seria permitido atribuir á esta preocupacion, muy disculpable en nuestra raza y en nuestro período histórico, los *cuatro primeros* párrafos del boceto que nos entretiene?

Nada en su conjunto aislado vitupero; reconoz-

co su galanura, y entiendo que nada de inexacto envuelven.

Sin embargo, algun rigorista escudado con Horacio podria tacharlos á pesar de su belleza, como impropios del lugar. *Sed nunc non erat his locus.*

Como exordio, no se recomiendan por su íntima conexión con el asunto principal: no *manan de sus entrañas* al decir de Ciceron, tan nímio en este punto, que (él nos lo cuenta) para obtener intrínseca y sustancial union entre el exordio y el resto del trabajo, siempre redactaba aquel, *despues* de terminado este.

Ademas de extemporáneos, contribuyen estos párrafos á la desmedida proporción del exordio, que debe contenerse en la de un tercio ó un cuarto de la exposicion, si hemos de atenernos al consejo de los maestros del arte.

Yo habria querido comenzar por el párrafo: «Hay seres. &»; y sin diluir tanto el pensamiento, me hubiera complacido mucho ver condensados los siete siguientes, abreviados hasta un tercio de su extension.

Casi á esto se reduce lo que se me ofrece observar á la totalidad de su semblanza.

Y aqui pondria punto, con elogios muy bien ganados por Vd., en las diversas disquisiciones biográficas que le conozco, si la *honradez* lite-

raria que en Vd. se admira, augurio de futuros lauros, no me hubiese *exigido* censuras que caen en el orden de la Elocuencia, á la que veo gozoso que Vd. presta merecida importancia.

El curso rápido de la segunda lectura me sugiere mezcladas las siguientes reflexiones.

Hoy parecen incompatibles con el buen gusto, las figuras mitológicas.

La metáfora busca sus fuentes en la esfera de lo abstracto, con preferencia; ó en la ciencia ó en las pasiones ó en los espectáculos del Universo.

Los tropos sacados de la Fábula ó se destierran, ó se emplean con sobriedad exquisita y cumplida oportunidad.

.

«*Es por última vez que se incorpora*» Construcción netamente francesa: muy admitida aquí; pero insoportable por innecesaria, pesada y anti-gramatical. Nada menos que mi inolvidable Doctor Gutierrez (don Juan Maria) se adhirió á mi opinion, cuando tuve la ingénuo audacia de criticarsela; y me ofreció proscribirla de sus escritos.

¿Pues qué papel desempeñan las dicciones subrayadas?

«Predestinado *del renombre*» No descubro directamente el concepto. Necesitaria saber lo que se intentó expresar. «*Elegido del renombre*» Cuan-

do menos adolece de claridad y toca los linderos del gongorismo.

«Género de hombres *representativos*» Reitero iguales dudas.

«Un solo *detalle trasciende*» ¿No apareceria mas propio y mas castizo sustituyendolo con «Una nota descuella»?

Fijándose en el artículo detalle del Diccionario de la Lengua acaso opinará Vd. conmigo.

«Momento psicológico» y «su cuarto de hora» enuncian idéntica idea en distinto tono. ¿Para qué el vicio de la redundancia?

«Bastion *de guerra*» Veo superfluo el calificativo, desde que no conozco bastion ó baluarte que no sea por la guerra y para la guerra.

«Sério de pensamiento»—Escasamente castizo con saborcillo gálico.

Me inclinaria á escribir: «De sérios pensamientos».—«De pensar sério» ó algo análogo.

Y ahora sí dejo de machacar á Vd.

Estimo que he cumplido como bueno. Vd. me pidió correcciones de *Maestro*, y yo se las espeto á Vd. de *Ayo pedante*.

Habrá Vd. errado en la eleccion de la *capacidad*; pero ha acertado en la adopcion del método.

Si muchos *escribidores* informados en la probidad literaria de Vd., con igual lealtad buscasen el consejo llegarían á *escritores*.

Usted lo será.

Su especialidad como ahora se dice, ó su aptitud como yo quiero decir, es la crítica histórica y por ende la biografía.

Me *siento* no del todo torpe para presentir el talento: y me prometo que perseverando Ud. en escribir y en analizar lo que escribe, formará Vd. como aventajado discípulo de Macaulay.

Escriba Ud. con *soltura*, sin preocuparse al pronto de la forma: y cuando ya las ideas hayan *tomado carne*, sereno y paciente vístalas y distribuyalas según los dictámenes de los que nos precedieron en la tarea: que al fin y al cabo, el decantado «arte de bien decir» no es otra cosa que la compilación depurada de aquellos.

Lea suave, lenta y reflexivamente concienzudos críticos, y pocos pero buenos repertorios de la lengua.

Le recomiendo entre los últimos, y por lo pronto, el Diccionario de Construcciones de Cuervo para consulta seria: á Baralt como preservativo contra galicismos; y á Revilla y á Herosilla como sensatos manuales de Retórica.

Ciceron, Buffon, Goethe, Chateaubriand y todos los escritores no rapsodas, no plagiarios, escribieron y guardaron por mas ó menos largo espacio sus escritos; los limaron, los pulieron, los consultaron, y merced solo á estos procedimien-

tos, sus producciones contienen oro puro sin aleaciones viles.

No dude Vd., que cuantas veces me dispense la prueba cariñosa de escucharme respecto de sus trabajos, sentiré un placer de aquellos que vigorizan el alma y la retrotraen á épocas de ventura ya disipada.

EMILIO H. DE PADILLA.

S/c Buenos Aires, 15 de Agosto de 1888.

Señor Don Juan Silvano Godoi.

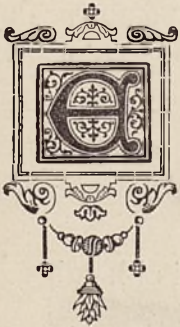






JOSÉ E. DIAZ

JENERAL PARAGUAYO



El mundo proseguía su marcha victoriosa en la lucha postrera de los derechos humanos, al travez de porfiadas i sucesivas innovaciones, derrumbe de tiranías seculares i viciosas instituciones — erijiendo santuarios á la libertad de los pueblos en los surcos de su trayectoria—empujado por el incontrastable triunfo del progreso moderno.

I en tanto que el estallido vibrante de tan potentes evoluciones invadia los hemisferios i continentes civilizados, golpeando las puertas á las naciones retardatarias hasta los confines

del orbe—para llamarlas á la accion rejeneradora—el Paraguai seguia indiferente en paz inalterable, gozando de una vida primitiva á la sombra de pintados bosques i el arrullo rumoroso de sus rios cristalinos.

Fué necesario que la disposicion testamentaria de un presidente moribundo, entregara el mando supremo de la república á un jeneral joven, de educacion autocrática, voluntad de hierro i pavorosa enerjía, para que el pueblo paraguayo ante su mandato imperativo, se resolviese á romper medio siglo de silenciosa servidumbre.

El mariscal Lopez —obedeciendo á misteriosos designios del destino—va á invocar como razon de estado su omnipotencia personal, sujetionado por quimeras estupendas recojidas en sus correrías por la vieja Europa; haciendo al fin sonar de motu proprio la hora del despertamiento.

Su pueblo está de pié con el fusil al hombro, de un confin al otro del territorio: juvenes, ancianos i niños, prontos á justificar que si no poseyeron la iniciativa de lanzar el grito de salvacion, i esgrimir el arma en defensa de sus derechos políticos, son al menos capaces de afrontar la guerra á muerte, de nacion á nacion, de hombre á hombre - uno contra tres;— i desaparecer en el inmenso estuario abierto por la sangre de

quinientas mil víctimas, saludados gloriosamente por la admiracion universal.

Cartago con sus ruinas desoladas, cuyo menudo polvo atestigua todavia su opulencia pasada, recuerda apenas en nuestros dias al viajero que ha dos mil años pasaron por allí las huestes escipiónicas. La nacion paraguaya mas afortunada que la patria de Amílcar, despues de largos años de esterminadora lucha, despedazada i exánime, pero con vida, ha recojido sobre su último campo de batalla, la amarga enseñanza de que la libertad tan solo se conquista con lágrimas i sangre!

* * *

La guerra está declarada—Un congreso de dos cientos diputados, convocado apresuradamente, la ha justificado con el veredicto de su sancion solemne.

Los tambores baten sus bélicos redobles á los cuatro vientos, llamando al pais á las armas. La república se ha convertido en un vasto campamento militar.

Treinta mil reclutas afilan sus sables en los

cimientos removidos de Cerro Leon; diez i siete mil practican sin descanso ejercicios militares en la Encarnacion; doce mil han reforzado el ejército veterano de Humaitá; cinco mil la guarnicion de la Asuncion i tres mil el departamento norte de Concepcion.

Las minas de hierro de Ibicuí i arsenales de la capital trabajan con actividad febril en el tala-dramiento de cañones i la fundicion de bombas i granadas de todo calibre. Las fábricas de polvora i cartuchos, como los talleres de equipos i vestuarios se multiplican, produciendo por millares diariamente

Las faenas ordinarias de la vida han sido abandonadas por el ciudadano, el comercio interrumpido, la agricultura descuidada; i nadie piensa ya sino en las próximas campañas, i la defensa del suelo de la patria.

* * *

El jeneral Lopez no se decidió á optar por la fatal resolucion sino despues de largas fluctuaciones.

Desde el 16 de octubre de 1862, en que fué in-

vestido con la presidencia de la república, se había seriamente preocupado de la posible guerra con el Brasil; mandando, á este objeto, construir en Europa tres acorazados, i encargar la adquisición de cincuenta cañones rayados.

Precipitó los acontecimientos el ultimátum del plenipotenciario brasilero consejero Saraiva, amenazando con represalias al pueblo oriental, que motivó del gobierno paraguayo la protesta del 30 de agosto de 1864.



El 10 de noviembre del mismo año, Lopez reunió en Cerro-Leon á los notables de la Asunción que le habían acompañado al campamento; i entre los que figuraba lo mas importante en el orden civil, militar i eclesiástico para someter á su deliberacion, por última vez, la grave cuestion del dia.

Escuchó de los labios de aquel autorizado senáculo, por la undécima ocasion, la afirmacion unánime de que la guerra era necesaria é indispensable.

Solo un hombre se habia mantenido reserva-

do i silencioso, sin pronunciar palabra, aun cuando en final se adhiriese á la opinion de la mayoría. Era este el ilustrado ciudadano José Berges, la personalidad de mas significacion, respeto i competencia en los negocios de estado; i que mayores consideraciones i prestigio se habia lejítimamente conquistado en el concepto público, por relevantes cualidades personales, su discrecion, bondad i saber.

Como el eminente Thiers ante la temeraria guerra franco-prusiana, tenia la certera vision del porvenir desastroso reservado á la nacionalidad paraguaya, despues de la gran catástrofe, en la que la bravura heróica de sus hijos no iba á servir sino para ahondar mas su desgracia.

Conocia perfectamente los elementos poderosos de que echaria mano el imperio, en cuya corte habia residido como ministro plenipotenciario, dado el caso de un conflicto internacional; i no pudiendo hacer otra cosa que callar, durante aquella sombría época de vértigos i estravios sangrientos, se entregaba resignado á su ingrato destino. Esa fuera la razon porque desempeñaba en el gabinete nacional el ministerio de relaciones exteriores.

* * *

Lopez fluctuante i preocupado se paseó hasta altas horas de la noche, completamente solo, en los corredores del cuartel jeneral. Su cabeza tenia convertida en candente espectróscopo, que desfilaba vertiginoso por sus recuerdos cuestiones i acontecimientos imponentes.

Podia considerarse un primer cónsul vitalicio, con facultad de elejir su sucesor, absoluto i omnimodo; pero palpitaba perenne en su memoria que Bonaparte poco satisfecho de ese híbrido título, aspiró i obtuvo algo mas. Le era tambien inolvidable que Napoleon Luis, principe presidente, tampoco se conformó; i á poca costa apoderóse del imperio frances.

Un poco de equidad en el fondo del alma, sin embargo, apoyado por la serena razon, luchaba desesperadamente con su ambicion i orgullo monstruosos.

El alba le sorprendió en reñida controversia con sus pensamientos. Apenas habia penetrado á sus habitaciones interiores, cuando el clarin de la mayoría resonó estridente, llevando su metálica voz el *alerta* al dormido campamento.

Inmediatamente contestaron diez, quince, veinte, treinta clarines: el bullicio i la agitacion sucedieron á aquel silencio profundo, llenando de aires marciales la atmósfera el redoble de los tambores.

Cincuenta jóvenes conscriptos, colocados en formacion delante de la casa presidencial, entonaron acompañados de bandas de música canciones guerreras; mientras el eco de los vítores usuales al jeneral Lopez, despues de la diana, recorria de division en division, de cuerpo en cuerpo, hasta las últimas líneas del dilatado ejército.

* * *

A las dos de la tarde del dia siguiente, en momentos que el presidente Lopez conferenciaba con el jeneral Robles i otros jefes superiores, recibió un telegrama de la Asuncion, en el que se le comunicaba que el vapor brasilero «Marqués de Olinda» levaba ancla para seguir viaje á Corumbá, llevando entre los pasajeros de su bordo al nuevo presidente del estado, Señor Carneiro Campos.

Media hora mas tarde, ordenábase por despacho telegráfico al ministro de marina que el vapor de guerra «Tacuaric» estuviese listo, con los fuegos prendidos, á la espera de un enviado que en tren espreso, salia de Cerro-Leon con pliego de instrucciones, que debia cumplir el comandante del

buque, teniente primero de navío Remijio Cabral.

El «Tacuaric» zarpó de su fondeadero como á las seis post-meridum en persecucion del «Marqués de Olinda», al que dió caza el 12 de noviembre, á doscientas millas aguas arriba, obligándolo á regresar al puerto de la Asuncion. El portador de la declaracion de guerra fué el sargento-mayor Lacú Estigarribia, edecan del presidente Lopez i uno de los jefes de su estimacion i completa confianza, destinado á desempeñar el poco envidiable papel de la rendicion de Uruguayana.

Con fecha del mismo dia 12, el ministro Berges dirijia una nota al plenipotenciario brasilero Viana de Lima, notificándole: «que á consecuencia de la ocupacion por fuerzas imperiales de la Villa de Melo, cabeza del departamento Oriental de Cerro-Largo—quedaban rotas las relaciones internacionales entre el gobierno paraguayo i el de su majestad el emperador;—debiendo en lo sucesivo ser permitida la navegacion del rio Paraguai para Matto Grosso, solo á la bandera mercante de las naciones amigas.»

La máxima política de Nicolas Maquiavelo—de que si la guerra ha de ser mañana, sea preferible inmediatamente—fué por esta vez interpretada

á satisfaccion de las reservas mentales del suspicaz pensador florentino.



El ocho de junio de 1865 á las seis i media de la tarde, el mariscal Lopez con su estado mayor se embarcó en el «Tacuaric» para Humaitá á objeto de ponerse al frente de los ejércitos, i dirigir personalmente las operaciones de la guerra.

Le acompañaban ocho vapores cargados con cinco mil soldados de línea.

La poblacion entera de la Asuncion habia desde temprano acudido al puerto, i las alturas inmediatas estaban coronadas de jente de diversas categorias sociales. La marinería se presentó formando en las jarcias i crucetas de los buques, mientras el himno nacional sucedia al estampido de los cañones.

Una vez á bordo Lopez apareció sobre el puente del vapor «Tacuaric» á despedirse de la Ciudad amada, donde, como en los sueños encantados de la maravillosa leyenda, disfrutara desde su infancia muchos dias felices.

Muilejos estaba de su imaginacion que aquella

fuese la última despedida; mas los hados tenían ya dispuesto que no volvería á ver jamás la soñada capital.

Entre la oficialidad de su comitiva se encontraba el jefe de policía, recientemente promovido al grado de sarjento-mayor, siendo á la vez comandante del célebre batallon 40, formado de la juventud dorada de la Asuncion; i que remontado constantemente alcanzó á tomar parte en todas las acciones principales de la guerra.



Un incidente ocurrido meses atras, entre el citado comandante i el presidente Lopez, nos va á presentar á lo vivo las condiciones i temple de su carácter, antes de pasar adelante i exhibir en detalle, la breve pero gloriosa existencia del futuro héroe de Curupaití.

En febrero e ese año recibió órden del supremo gobierno de movilizar un batallon de la guardia nacional de la capital; i procediendo con la actividad que le era peculiar, seleccionó mil cien ciudadanos de entre el comercio i lo mas distin-

guido del distrito, con los cuales organizó rápidamente el *cuarenta*.

Dedicó á su cometido todo el empeño é inteligencia de que era susceptible su apasionado espíritu; i consiguió ponerlo en corto tiempo bajo un pié de instruccion i disciplina, que sobrepasó á los que le eran mui anteriores en antigüedad.

Una tarde que el presidente de la república habia ido á visitar al nuevo batallon en su cuartel de «San Francisco», quedó altamente complacido al verlo evolucionar con admirable rapidez i precision táctica; i al retirarse invitó á su comandante á comer con él.

La conversacion en la mesa tuvo por tópico los asuntos de la guerra, el grado de instruccion de los numerosos batallones i, especialmente, la reciente y fácil campaña de Matto-Grosso. Se hallaban presentes el coronel Barrios, que comandó en jefe esa espedicion, el presidente del consejo de ministros Francisco Sanchez, Luis Caminos, el mayor Antonio L. Estigarribia i otros distinguidos oficiales.

Llegaban á los postres cuando el mariscal interpeló al capitan Diaz—si tenia meditado algun plan de guerra, i que lo espusiera.

—«Ninguno, señor, porque solo quiero conocer el que V. E. haya resuelto para ejecutarlo», contestó.

Lopez, dirijiendo una mirada á los oficiales, le observó—« que eran los futuros jenerales i los depositarios de su confianza; i que no obstante la estima que le merecia la modestia de sus amigos i servidores, escucharía con agrado su parecer franco i sincero. »

—« Entonces, señor, dijo Diaz irguiéndose en su asiento, i atrayendo sobre sí todas las miradas, el vehemente anhelo de mi vida seria recibir orden de V. E. para escojer siete mil hombres del ejército; i embarcándolos en los mejores vapores de nuestra escuadra, tomar sin pérdida de tiempo rumbo al atlántico, pasar por el Rio de la Plata, dejando de costado los buques brasileros surtos allí, que ni siquiera me sentirían; presentarme á la vista de Rio Janeiro el noveno dia, penetrar en su bahía á media noche por entre sus fuertes cuyos cañones no me harían daño; desembarcar en treinta minutos mediante las precauciones que habré tomado, cruzar la ciudad rápidamente, rodear i caer sobre el palacio de San Cristóbal; arrancar de cuajo á la familia imperial inclusive Don Pedro II, volverme á embarcar trayendo mis prisioneros; i veinte dias despues entregárselos á V. E. en esta capital donde le impondríamos la paz. »

Momentos de silencio, de verdadero asombro, sucedió al atrevido proyecto. Diaz habia conse-

guido transmitir á su auditorio la conviccion profunda que á él le dominaba.

El presidente Lopez visiblemente conmovido levantó la copa de champagne, que acababan de servir, i, saludando á su jefe de policia, brindó por el patriotismo paraguayo.



No podia ser mas transcendental el plan presentado por el comandante del batallon 40.º, ni mas apropiadamente digno de la sangrienta epopeya paraguaya.

Con la mitad de su jente que consiguiese desembarcar, no habia obstáculo humano que le impidiera llevar á término hasta el último detalle de su arriesgado cometido. Lo incontrastable de su voluntad, enerjía i entusiasmo, aparte de su indiscutible competencia—justificada ampliamente durante el trascurso de la guerra—auguraban presentimientos felices respecto al resultado del gigantesco pensamiento.

I, si se tiene presente la calidad de la tropa encargada de su ejecucion; que no existian todavía líneas telegráficas, red de torpedos, ni acorazados;

i que las baterías de Rio estaban artilladas con cañones del viejo sistema—aun admitiendo el caso de que prefriese forzar la bahía, al desembarque fácil i simple por la playa Vermelha, Copacabana ó Gavea—el éxito no podia ser dudoso.

Por lo demas, la esperiencia se ha encargado de comprobar nuestra afirmacion en época reciente —con ocasion del alzamiento del sarjento Silvino de Macedo, ocurrido el 29 de enero del año próximo pasado.

La fortaleza de Santa Cruz, considerada inespugnable, fué atacada, dominada i tomada á la bayoneta por cuatro compañías del sétimo i décimo batallon á las órdenes del comandante, teniente coronel Carlos Olympio Ferraz; i la isla de «Lage» levantó bandera de parlamento, rindiéndose á discrecion, al primer disparo de cañon de la escuadra.

Lopez, sin embargo, nunca se preocupó seriamente de la realizacion del proyecto de Diaz, ya sea porque le mereciesen poca confianza las combinaciones en que entraba como factor las complejas intuiciones de la imajinacion jenial, ó porque no aceptaba con facilidad los planes que no emanaban directamente de su voluntad, ó ya por-

que contrariara resoluciones ú órdenes, que una vez trasmitidas difícilmente las revocaba.

* * *

Llegado á Humaitá, el mayor Diaz, marchó en comision á la ciudad de Corrientes, i de allí á incorporarse al ejército de Robles, donde pocos meses despues conquistaba su grado de teniente-coronel, gracias á importantes i repetidas acciones de guerra, en las que comprobó siempre su bravura é impávida serenidad ante el peligro inminente; habiendo estado en una de ellas á punto de tomar prisionero al jeneral Cáceres, derrotado i perseguido por él.

El 31 de enero de 1866 se encontraba en el Paso de la Patria con el mariscal Lopez; i recibió orden de proteger la retirada de algunas compañías, que ese dia pasaron á la costa correntina para hostilizar á los aliados.

Cuatrocientos cuarenta i cinco hombres, de diversos cuerpos, á las órdenes de los tenientes José Tomas Echagüe i Saturnino Viveros habian desembarcado en el puerto de Corrales, i atacado inmediatamente á un destacamento de caballería

enemigo, en observacion cerca de la costa, que retrocedió tiroteándoles.

Echagüe avanzó, desplegando al frente ochenta i ocho hombres en guerrilla i el resto á retaguardia, repartido á los flancos, mayor número á la derecha, hasta trescientos metros al norte del arroyo San Juan—siete kilómetros tierra adentro—donde los esperaban emboscados la segunda division Buenos Aires, del ejército argentino, algunos escuadrones de caballería i una seccion de artillería al comando del coronel Conesa.

El encuentro fué encarnizado i sangriento, que los paraguayos sostuvieron en retirada, guardando orden apesar de la superioridad numérica, de fuerzas de las tres armas, de parte del enemigo.

Repasado el «Pehuajó» por Echagüe i Viveros, hicieron tomar posiciones á su jente en los montes de la *picada* de Corrales—donde sostuvieron cuatro horas de terrible fuego i asaltos de una i otra parte á la bayoneta—produciendo destrozos de consideracion entre las filas contrarias á costa de mui inferiores pérdidas.

Conesa pidió refuerzos, i fué enseguida apoyado por el jeneral Hornos con toda la caballería correntina á sus órdenes, en su calidad de jefe de vanguardia.

A las seis de la tarde, en circunstancias que el teniente Echagüe caia atravesado de una

bala ⁽¹⁾; i que la pequeña columna paraguaya contaba ciento noventa muertos, el comandante Diaz desembarcó de sus canoas con seis cientos soldados de refresco.

Veinte minutos mas tarde, el coronel Conesa amenazada su retaguardia por el flanco derecho, escaso de municiones, sus batallones 2º, 3º i 5º desorganizados; i retardando la llegada de la division del coronel Rivas, que venia en su proteccion, tocó retirada. Sus bajas ascendian á treinta i cinco oficiales, dos sarjentos mayores, tres tenientes-coroneles, un coronel i quinientos de tropa entre muertos i heridos.

Diaz, despues de picarle la retaguardia, pasó la noche sobre el campo, empleando parte de ella en atender i recoger heridos, que los embarcó i remitió todos al dia siguiente; i cuando hubo recorrido los bosques i lugares del combate, i enterrado los muertos, regresó á Paso de la Patria sin que nadie pretendiera impedirselo.

* * *

(1) El teniente Echagüe, tan modesto como bravo, dió muerte con sus propias manos á tres enemigos durante el combate; rota su espada apoderose de un fusil i peleó i sostuvo repetidas cargas á la bayoneta como simple soldado. Fué herido en la última que llevó, de una bala i un bayonetazo que le atravesaron el pecho. Murió al ser trasportado á las canoas, siendo enterrado en Paso de la Patria.

En abril de ese año el comandante Diaz mandó atacar por orden superior el «Banco Purutué», bautizado con este nombre por los paraguayos, desde la ocupacion brasilera.

La pequeña «Isla», distante de Itapirú unos mil trescientos metros, estaba defendida por cerca de dos mil hombres, que la fortificaron con parapetos i fosos, artillándola con ocho bocas de fuego entre cañones i obuses.

A las tres de la mañana del dia diez, cuatro compañías del batallon 9°, i un escuadron de caballería á pié armado de sable, al mando de los tenientes Pablo Cabrera i Leonardo Rivero—total cuatrocientas plazas—desembarcaron en ella, lanzándose sobre las trincheras á la bayoneta.

Transcurrido media hora, Diaz que dirijia la operacion desde el fuerte de Itapirú, despachó otros cuatrocientos hombres del batallon n° 3.° á las órdenes de los tenientes Mateo Morel i Ciriaco Vera, quienes llegaron oportunamente para ayudar á la primera division que se batia denodadamente con toda la guarnicion, i á cuyo auxilio empezaba á moverse la escuadra brasilera.

La artillería fué asaltada i tomada por la caballería á pié sable en mano, causando estragos al enemigo; pero fué recuperada, otra vez vuelta á ser tomada i nuavamente reconquistada.

Aquella lucha sorda á arma blanca, cuerpo á cuerpo, en medio de la oscuridad de la noche, rechinando el acero entre ayes de moribundo—iluminada á ratos por el rojo fognazo de los cañones—revestia un aspecto siniestramente aterrador que mas se parecia á combate de fantasmas ensangrentados que de seres humanos.

El teniente Rivero cayó con el brazo izquierdo deshecho por un casco de granada; i sin desconcertarse sacó su cuchillo, se cortó la mano colgante que le embarazaba, i continuó peleando hasta quedar exánime.

La retirada se efectuó protegida por el capitán Hermosa i mayor Alvarenga, enviados por Diaz á la playa próxima con doce cañones, que lanzaban nutridos i certeros tiros; fatalmente estaba ya amaneciendo, i los acorazados brasileros rodeaban ya la «Isla», barriendo con sus cañones á las *pobres* canoas paraguayas cargadas de heridos.

No obstante, i á despecho de tan poderosos inconvenientes, llegaron á tierra los tenientes Cabrera, Morel i Vera, el bravo alférez José D. Martinez i Bargas con trescientos treinta i dos hombres, casi todos heridos.

Las fuerzas brasileras, entre las que formaban el 7° batallon de voluntarios paulistas, el 14° de infantería de línea i el primer rejimiento de

artillería—que se condujeron valientemente bajo la intelijente direccion del distinguido jefe del «Banco Purutué» comandante Cabrita--tuvieron de baja segun Thompson, el doble de las paraguayas.

A las dos de la tarde habiendo llegado al fuerte el coronel Bruguez, le pidió Diaz hiciera algunos disparos con un cañon de calibre sesenta i ocho, recientemente montado, señalándole como blanco un gran lanchon fondeado al norte de la «Isla» próximo el vapor brasilero «Coronel Fidelis», al que habia observado se embarcaban varios oficiales. Bruguez apuntó é hizo fuego, atravesando en la línea de flotacion al primero, i echando á pique á ambos.

El teniente-coronel de Villagran Cabrita que con el mayor de artillería Fernandes de Sampaio escribian en ese momento á bordo el parte de la accion, fueron despedazados dentro del camarote, i el teniente Carneiro de Cunha i Luis Woolf, que los acompañaban, gravemente heridos.

Cabrita, como el coronel Porto Carrero, habian sido de los instructores que durante el gobierno de Carlos A. Lopez, fueron enviados á la Asuncion por el emperador Pedro II, para organizar i disciplinar el ejército paraguayo; llegando á ser su discípulo sobresaliente i amigo personal el

subteniente José María Bruguez, por cuya mano debía perecer.

* * *

El ejército aliado efectuó el pasaje del Paraná el 16 de abril del mismo año, desembarcando el general Ozorio con los primeros diez mil brasileros un kilómetro arriba de las Tres-Bocas sobre la costa izquierda del Rio Paraguai; i el comandante Diaz recibió orden de estar pronto para evacuar á Itapirú al regreso del destacamento del teniente coronel Basilio Benitez, que se encontraba frente al enemigo.

Esta fuerza se componia de los batallones 7°. 12° i 18°, los regimientos 20° i 29° al mando inmediato de sus respectivos jefes: mayor Luis Gonzalez, capitan Viveros i Antonio Venegas i tenientes Cardoso i Fortunato Montiel ⁽²⁾. El capitan Hermosa con dos pedreros del regimiento lijero del mayor Alvarenga i Venegas con parte del 18° de línea formaban la vanguardia, i hosti-

(2) Los nombres de los comandantes van colocados en el orden de las citas de los batallones i regimientos.

lizaron con éxito á los botes brasileros que practicaban el desembarque.

Al dia siguiente á las nueve de la mañana Benitez presentó batalla á la division de Ozorio, viéndose obligado á retirarse, despues de repetidos ataques i fuertes pérdidas de ambas partes ahogado por el número.

Diaz abandonó el fuerte de Itapirú la mañana del diez i ocho, llevándose el armamento i pertrechos, menos dos cañones mui pesados que dejó enterrados. La ante vispera, le habia rogado al mariscal Lopez, le permitiera ocupar i defender las trincheras del Paso de la Patria.

Lopez consideró demasiado distantes de Humaitá, i tal vez flanqueables por la laguna Píris; i resolvió su abandono definitivo.

Dice un cronista de la guerra del Paraguai el mas verídico i serio, que si Lopez consiente en su defensa, i los aliados le llevan el ataque, hubiesen perdido ocho á diez mil hombres sin conseguir tomarlas.

* * *

El presidente Lopez practicó á su retirada un prolijo reconocimiento de los terrenos pantanosos que median entre el Paso de la Patria i Humaitá, é hizo acampar su ejército al norte del brazo derecho del Estero-Bellaco, dejando su vanguardia al sud.

Trazó un cuadrilátero trapezoide, sobre la base del Rio Paraguai, que hizo cubrir en su perímetro terrestre de fuertes trincheras artilladas ventajosamente. Su frente al norte abarcaba desde la «Línea Negra», que arranca de los bosques del Sauce, el Paso Gomez i Rojas á Morinogucú; prolongando su izquierda hasta Humaitá por Espinillo, Puesto Yasíc i Tanimbú.

A su flanco derecho quedaban los carrizales de las lagunas Píris, Chichí i Mendez—cerrando el paso á orillas del rio las baterías de Curuzú i Curupaitic.

El primero de mayo promovió á Diaz al empleo de coronel, i le confió una expedicion de suma importancia, que llevaria á cabo á sus inmediatas órdenes contra los ejércitos aliados, que ocupaban el sud del segundo brazo del Bellaco.

A las doce meridiano del dia siguiente, se puso en marcha, atravesando los esteros por los pasos Carreta, Cidra i Píris, previa instruccion á sus divisiones de reunírsele sobre la vanguardia enemiga.

El coronel Diaz al frente de los batallones 13°, 24°, 36°, i 40° con sus comandantes: el sarjento-mayor Gimenez, tenientes Moreno i Zabala i el capitan Abalos ⁽³⁾, dirijióse por el paso Cidra— llevando á Gimenez como su segundo en la infantería. Le precedian el capitan José D. Pacz, con el rejimiento 21° de caballería i los escuadrones 3° i 4° del número cuatro á cargo del teniente de Jesús Martinez, que habian tomado por Píris, i llegaron oportunamente para formar la avanzada derecha del movimiento al mando del teniente coronel Fidel Valiente.

El comandante Basilio Benitez á la cabeza de los rejimientos 7° i 13°, con sus respectivos jefes los capitanes Blas Obando i José María Delgado, cruzó el Paso Carreta con la mision de atacar la derecha del enemigo, apoyado por dos compañías de infantería del teniente Genaro Escato, quien quedó guardando el paso.

La artillería compuesta de seis piezas fué colocada sobre el estero arriba del Paso Cidra, dirigida por el coronel Bruguez, quien inició la accion rompiendo sus fuegos simultáneamente con el movimiento de ataque de las columnas.

La vanguardia aliada al comando superior del jeneral Flores, constaba de la division orien-

(3) El batallon 40 entró en este combate mandado por el capitan Abalos.

tal: batallones Florida, Veinticuatro de Abril, Libertad é Independencia, seis bocas de fuego i la caballería del comandante Fortunato Flores—de la 12° brigada del coronel Persegueiro, perteneciente al primer cuerpo del ejército brasileiro, formada del 5° i 7° de infantería de línea i 3° i 16° de voluntarios—de la 5° batería del primer rejimiento de artillería—de los batallones 21° i 38° correspondientes á las brigadas de los coroneles Pereira Lobo i Evaristo Silva—de la 6ª division de Victorino Monteiro i del 4° rejimiento de caballería de voluntarios de Rodrigues de Olivera.

Diaz chocó contra estas fuerzas, las arrolló i dispersó, llevando todo por delante—siendo inútiles los esfuerzos desesperados de brasileiros i orientales por mantener sus posiciones; apoderándose del campamento, su artillería, tiendas de campaña, ropa i armas. La persona misma del jefe de vanguardia estuvo á punto de caer prisionera á manos del teniente Rojas, que estaba apenas unas varas de Flores, cuando un sarjento brasileiro se interpuso entre ambos, distrayendo al oficial paraguayo, i consiguiendo salvar á su jeneral á costa de su vida.

Fueron enviados á Lopez cuatro cañones rayados sistema *Lahitte* de la quinta batería del primer rejimiento brasileiro—una bandera orien-

tal tomada por el soldado Andres Yegros i otra brasilera por Eusebio Abalos—muchas armas de jefes i oficiales, los papeles, espada i revolver del jeneral Flores, bajo la custodia del teniente Bernadino Caballero, el cual dos años mas tarde, muerto ya el jeneral Diaz, debia sucederle en la confianza é intimidación del mariscal Lopez.

El comandante Benitez se incorporó á Diaz sobre el campo conquistado, no sin antes haber sorprendido i diezmado al primero de caballería argentino.

No podia ser mas completo el triunfo, ni á costa de menos sacrificios; pues no alcanzaban á trescientas las bajas del coronel Diaz, i tenia en su poder los otros seis cañones uruguayos con sus armones i dotación de municiones. Su equilibrado criterio le aconsejaba regresar, llevando sus numerosos trofeos i prisioneros; pero su espíritu batallador i el entusiasmo febril que constituian el fondo de su temperamento impaciente, le hicieron proseguir adelante prescindiendo de la inmensa desigualdad de elementos i jente, cuando avanzaba ya compacto el ejército entero brasilero i argentino.

La retirada le fué funesta, con su puñado de cuatro mil i tantos soldados que quedó reducido á la mitad—contra veinte mil que le llevaron la ofensiva—casi flanqueándole á consecuencia de

lo accidentado del terreno, i la estension que abarcaban las numerosas tropas enemigas. Las pérdidas aliadas, sin embargo de las ventajas consignadas, ascendieron á igual número de bajas que las paraguayas—aunque el valeroso coronel Pallejas asegura que no pasaron de mil quinientos hombres.

El comandante Valiente perdió su montado á dos pasos de la infantería brasilera; i el sarjento Agustin Gimenez corre i lo levanta rápido sobre el suyo, escurriéndose él entre los hacinados batallones que los perseguian—de donde escapa en ancas de un soldado de caballería, á quien rinde prisionero con su afilado sable.

Al sarjento-mayor Gimenez, en momentos que ejecutaba una órden, le lleva la cabeza de su segundo caballo una bala de cañon; i, tirándose sin escitacion á tierra, cumple á pié su comision.

Un soldado de diez i sies años cabo del 13° de caballería, portador de la bandera del rejimiento, que tambien queda desmontado, se vé rodeado por varios enemigos que le disputan su insignia; pero él animoso, valiente, embriagado de entusiasmo pátrio, arremete ágil contra ellos, hiriendo de muerte á dos con la moharra del asta, i ahuyentando á los demas.

Este cabo niño era el futuro coronel José Dolores Molas, que tomó parte en los asaltos á los aco-

razados brasileros, fué teniente primero en Lomas Valentinas, acompañó á Lopez como ayudante de campo hasta Rubio-Ñú; i, posteriormente, en el período constitucional de su país, selló con su sangre las doctrinas políticas del Partido Liberal.

Al coronel Diaz le levantó su kepís otra bala de cañon, i, durante la última carga que llevó personalmente, le cortó las bridas de su caballo i el tacon de su bota izquierda una descarga de fusilería.

Las fuerzas brasileras le seguian al través de los esteros, cuando encontró los batallones 1º, 19º i 42⁽⁴⁾, con algunos escuadrones de caballería á las órdenes del comandante Cabral, que avanzaban en su proteccion; i poniéndose inmediatamente á su cabeza, se precipitó sobre aquellas, las repelió i echó al otro lado del Bellaco.



En la gran batalla de Tuyutí le fué confiado el mando del centro.

(4) Los comandantes respectivos de estos batallones fueron los capitanes Orihuela i Sarza i el teniente Fernandez.

Dividió su jente en dos fracciones: la primera de cinco batallones i dos rejimientos de caballería, i la segunda de dos rejimientos i cuatro batallones de infantería ⁽⁵⁾.

Diaz lanzó sus columnas á la señal convenida ⁽⁶⁾, con el empuje que él sabia inspirar á sus soldados, sobre la vanguardia aliada — formada de los restos del ejército oriental, de brasileros de las tres armas i el rejimiento San Martin de caballería argentino—defendida por parapetos aunque provisorios, bien artillados.

Le cupo el grave inconveniente de tener que atravesar, bajo los fuegos del enemigo, un esterso i hondo pantano que daba á su tropa arriba de la cintura, i sin el apoyo de los cañones de Bruquez imposibilitado de hacer uso de ellos, por no permitir el terreno.

Pero el arrojo indómito de los paraguayos pudo mas que los cuarenta cañones del jeneral Flores ⁽⁷⁾, que vomitaban á quema-ropa granadas i metrallas diezmando horribilmente sus filas, que

(5) La primera columna iba á las órdenes inmediatas del sarjento mayor Manuel A. Gimenez i el comandante Fidel Valiente, i la segunda á la de los teniente-coroneles Hilario Marcó i José M. Aguiar.

(6) El tiro de un cohete á la *congrève*, que estaba encargado de disparar el jeneral Barrios, tan pronto saliese del monte i formara su division en Potrero Piris.

(7) La artillería del jefe de vanguardia constaba de veinticinco cañones rayados del primer rejimiento, de dos baterías del tercer batallon brasilerero i seis piezas orientales.

volvian ligeras á erguirse tras cada descarga, avanzando siempre impávidas sin disparar un tiro, con la bayoneta calada. Gimenez i Valiente hicieron correr su jente hacia la izquierda i centro del enemigo, i cayendo contra los batallones Libertad, Independencia i 41° de voluntarios da patria, deshicieron á arma blanca á los dos primeros, arrebataron la bandera al Libertad—matando á su jefe el teniente coronel Marcelino Castro—hirieron al comandante del segundo Francisco Elias, i dispersaron al cuarenta i uno brasilero.

La segunda columna desviando á la derecha cargó sobre el ejército argentino; envolvió i acuchilló al 3° de línea hasta dejarlo casi estinguido, con su segundo jefe el comandante Lindolfo Pagola muerto; i prosiguiendo adelante desorganizó otro batallon que venia en su auxilio ⁽⁸⁾.

El capitan de Jesús Martinez con tres escuadrones de su rejimiento, dragones de la escolta, abriéndose paso por entre mil obstáculos llegó á la artillería del primer cuerpo i haciendo triscar su corsel arriba de las baterías, golpeó su espada desnuda sobre los cañones enemigos — en señal de señorío i dominio — como aquel famoso Acbah lugar teniente del califato de Damasco, que habiendo

(8) El 5° de línea.

alcanzado el confín occidental del Africa, precipitó su caballo dentro de las embravecidas olas del mar, i levantando su alfanje al cielo exclamó: «¡Gran Dios! tu eres testigo que si no llevo mas allá mi conquista, es por que ya no hai mas tierra.»

La batalla del 24 de mayo fué de las mas sangrientas de toda la guerra ⁽⁹⁾; i su resultado un completo desastre. Cinco horas consecutivas de furiosa i desigual pelea casi esterminaron al ejército de Lopez, que tuvo cinco mil muertos i siete mil heridos—mientras las pérdidas aliadas llegaron apenas á la mitad.

Los jefes superiores de las tres divisiones paraguayas tenian mando independiente; pero el único que cumplió irreprochablemente con su deber, porque agotó los recursos desesperados de su actividad i enerjía, fué el coronel Diaz, que dirigió personalmente sus batallones, combatiendo al lado del último de sus soldados. El jeneral Resquin que mandaba el ala izquierda, se condujo cobardemente, desapareciendo desde el primer momento de la accion—sin impartir una sola orden—, i sin que los ayudantes de los comandantes de brigada que solicitaban instrucciones de él, consiguieran descubrir su paradero.

(9) *Estero Bellaco* segun los paraguayos—*Tuyutic* segun los aliados.

Lopez rugió de cólera al saberlo,—se lohizo así comprender en términos duros—i si no lo fusiló, fué sencillamente porque su cuñado el jeneral Barrios, merecia la misma pena, por la ineptitud supina con que se habia comportado en la derecha.

Por lo demas, el hecho de armas de «Tuyutíc» fué el mas grande error del mariscal Lopez.

Llevar el ataque con veintitres mil hombres escasos, armados á sable i fusiles de chispa contra cuarenta i cinco mil soldados regulares, perfectamente disciplinados: mandados por los mejores jenerales de la América, con armamento superior, cañones rayados *witworth*, *lahitte* i *krupp*, en su mismo campo, dentro de sus reductos, rodeados de pantanos i bosques impenetrables—continuará siendo en los anales de todos los tiempos, un atentado evidente contra el sentido comun.

Lopez sabia que los aliados pensaban atacarle de un dia á otro, en sus formidables atrinchera- mientos—en cuyo caso las circunstancias desven- tajosas cambiaban radicalmente á su favor—ase- gurándole la victoria; i, sin embargo, por incon- cebible prurito ó criminal vanidad, se anticipa á iniciar la ofensiva, sacrificando esterilmente mi- llares de vidas ⁽¹⁰⁾.

(10) A propósito de las ostentosas fiestas con que alguno de los jenerales argentinos suele celebrar anualmente las fechas de las batallas de la Triple- Alianza—nos decia dias pasados en

El capitán José D. Martínez, de la estimación del presidente, fué recojido cubierto de heridas, las entrañas vaciadas i una pierna de menos, efectos de una bala de cañon; y trasportado con todo el cuidado posible en una carreta á Rojas.

Por el camino un ayudante de campo que lo buscaba, se aproximó i le entregó, á nombre del mariscal, las presillas de sarjento-mayor.

Llegó al campamento moribundo, sin el uso ya de la palabra. Era un amontonamiento de huesos rotos, fragmentos de intestinos i pedazos triturados de carne humana.

nuestra casa un ministro paraguayo: que la República Argentina miraba mui á menos las cordiales i duraderas relaciones de la del Paraguai; pues esa insistencia por rememorar luctuosos aniversarios entre repúblicas hermanas, no practicaban ni la Oriental del Uruguai, ni los Estados Unidos del Brasil.

El juicio del personaje paraguayo tiene su importancia, no porque él haya sido emitido por un funcionario público de su carácter—que en los tiempos que corren, es suficiente titulo cierta dosis de desdoro ó imbecilidad para ocupar una poltrona ministerial en el gobierno de la Asuncion—sino porque ese caballero se llama José Segundo Decoud, de los poquisimos hombres importantes de aquel país.

Un abogado correntino concedor de la opinion del ministro Decoud, trasmitió la conversacion al señor Presidente de la República, contestándole el Majistrado Argentino:—«Al menos no es hidalgo, porque ellos fueron uno i nosotros tres.»

Consignamos el hecho únicamente para el pueblo Paraguayo, tan quisquilloso en asuntos que atañen la delicadeza nacional, á fin de que conozca, como piensan los hombres de estado de esta nacion. Porque en todas partes existen individuos que á falta de méritos reales que lo levanten en el concepto público i el aprecio de sus conciudadanos, buscan explotar la veta del *patrioterismo*, con propósitos meramente personales que no deben absolutamente preocupar la atencion de personas serias.

Su busto varonil i joven con el rostro sombreado de lijero vello, se destacaba hermoso de entre aquel conjunto repugnante de sangrientos despojos.

Vió cerca de sí al mariscal Lopez, le sonrió, i murió.

Conservaba su espada en la mano, fuertemente apretada, que no le pudieron arrancar al cadáver —siendo enterrado con ella.

Cuentan que de los ojos de Diaz se deslizó una gota de silenciosa lágrima al referir á Lopez el cruento desenlace de la accion. Su parte—que fué de amargo reproche contra sí mismo, por haber sido sin duda el obligado instrumento de la terrible fatalidad—la encerró en tres palabras profundas del mas puro guaraní, que á un consumado lingüista del habla indíjena, le hubiera sido difícil penetrar, netamente, su gráfico significado.

«Señor, dijo á Lopez, *aipèbù los cambape pero namboquic*» ⁽¹¹⁾.

* * *

(11) «He hecho roncha á los negros, pero no levanté la costra» —se aproxima á la traduccion literal—prescindiendo de la intencion de la frase.

El jeneral Diaz, que tuvo roce cotidiano con la alta sociedad

Consumada temerariamente la declaracion de guerra á la República Argentina, quedaban al presidente Lopez dos planes á seguir.

Reunir las divisiones dispersas de Estigarribia i Robles: agregarles diez mil guardias nacionales de Humaitá; i, obrando con rapidez, presentarse con cincuenta mil hombres sobre las riberas del Uruguay, en los lindes del Brasil i la Argentina, i dictar la lei á los aliados, que se hallaban desarmados i sin ejército—ó encerrarse, fortificarse i sostenerse dentro de su territorio, poniéndose estrictamente á la defensiva; i economizar la efusion de sangre, evitando los combates desiguales é inútiles, que no reportaban ningun resultado positivo.

A principios del año 1865 pudo Lopez haber llevado á cabo el primer plan holgadamente, porque tenia sobre las armas setenta mil soldados listos para entrar en campaña, mientras la República Argentina permanecia completamente desprovista de medios eficaces de defensa; i el Imperio no disponia sino de algunos buques de madera i unos cuantos batallones de continjentes, en estado de instruccion.

i hablaba correctamente el español, conocia igualmente con rara propiedad el idioma guarani; constándole tambien que el presidente Lopez lo poseia á la perfeccion. De ahí, i de la especial confianza que le dispensaba el mariscal, que acostumbrara hacer uso con él en circunstancias solemnes de la lengua indijena.

De su voluntad pendia golpear con el plectro su escudo de armas, para que las sombras de sus guerreros vivos envolviesen á Buenos Aires, i la obligaran á selemne neutralidad en la internacional contienda.

Pues, de resolverse por una *calaverada*—i dados los principios políticos, la educacion i doctrinas imperantes en la esfera oficial i la sociabilidad del país ⁽¹²⁾ — optar por la mas estupenda, que por lo inaudito de su atrevida magnitud imprima colorido medioeval, desorienté á los voceros de los ideólogos, acalle la moral meticulosa; i al disiparse el silencio angustioso que imponen los éxitos, deje esos recuerdos perdurables, que las imajinaciones populares acarician con asombro i admiracion. Pero, ponerse él en persona al frente de sus huestes, á fin de ser consecuente i lójico con sus actos, justificar la conciencia de su responsabilidad, hacerse merecedor del renombre, elevarse á la verdadera grandeza, i tenga el brillo de su gloria resonancia en la posteridad.

Y ¡cuan prodijioso fuera que seguido de sus lecciones, hubiese ido á derribar las puertas de la sede imperial de los Braganza!

Habriale cabido el singular privilejio de contemplar, durante una noche tenebrosa, la eflores-

(12) La República del Paraguai en 1864.

cente naturaleza de la maravillosa bahía, á la luz resplandeciente del incendio gigantesco de la ciudad de Rio; i rememorar estático la tragedia secular de aquel emperador artista, que entonaba cantos líricos en presencia del océano de llamas que devoraba la metrópoli del mundo; i si los gritos de devastacion i muerte de un pueblo exterminado á manos de sus seides, conseguian herir su acerado corazon—tal vez el presentimiento de la vária fortuna en los triunfos humanos—trajesen á sus labios los inmortales versos de Homero que Escipion Emiliano pronunciara ante la desgraciada capital de Dido, reducida á pavesas.

Esta empresa épica—que estaba á la altura de la viril pujanza de un pueblo delirante de entusiasmo i fanática locura,—hubiese sido la gigantomaquia con que la raza guaraní escribiera la primera pájina del edda americano.

Entonces su nombre se habria trasmitido de jeneracion en jeneracion como los *avatares* de la fabula veda, hasta que la historia particular de los estados del Plata i del Atlántico apoderándose de él, lo trasformara en un personaje mítico contradictorio i múltiple, á semejanza de aquel héroe-monstruo de la leyenda magiar, juzgado tan diversamente en las tradiciones germanas, hungaras i las naciones latinas. Ya seria considerado majestuoso i noble como Agamenon,

ora jeneroso i fuerte como Carlo-Magno, ya como un vulgar i sanguinario asesino—en tanto que su patria lo reputaria «Santo como David, sabio como Salomon, magnífico como Harun al Raschid» ¡i su estatua modelada artísticamente en purísimo metal, fruto de sus admirables conquistas, fuese saludada reverente por remotos siglos!

* * *

En los primeros dias de julio de 1866 el mariscal Lopez habia conseguido reorganizar su ejército, llenando los muchos claros de los casi estinguidos batallones con nuevas i laboriosas conscripciones; i resolvió provocar á los aliados, decidido á sacarlos de su prolongada inaccion.

Encomendó la operacion al jeneral Diaz, su gran favorito i hombre de confianza.

El diez á las cuatro de la tarde mandó Diaz al comandante Godoi ⁽¹³⁾, entonces capitán, que á la cabeza de un batallon practicara un reconocimiento sobre las islas de Yataiti-Corá, aproximándose al enemigo por el noreste.

(13) Ayudante de campo del mariscal Lopez.

Cerca del Paso-Leguizamon encontró al batallón catamarqueño, mandado por el mayor Matoso—que fué en seguida reforzado por los batallones Correntino i Lejion Militar bajo la direccion del jefe de la primera línea—con los que sostuvo un ligero tiroteo, causando catorce bajas al contrario, i dejando seis muertos de su parte.

Al dia siguiente despachó Diaz al Coronel Elizardo Aquino ⁽¹⁴⁾, con los batallones 13 ⁽¹⁵⁾ i 20, tres escuadrones de caballería i dos cohetas á la *congreve*, para que atacase francamente la izquierda argentina.

A las tres post-meridium Aquino cayó sobre el batallón Correntino de servicio en la vanguardia, al que persiguió en su retirada, cruzando tras él el Leguizamon, hasta encontrar la primera línea del primer cuerpo de ejército, que lo recibió á cañonazos.

Avanzaron en seguida contra él los coroneles Rivas i Arredondo, sucesivamente, con la primera, tercera i cuarta brigadas de la primera i segunda division del primer cuerpo, apoyados por la artillería del coronel Vedia i comandante

(14) Jefe de estado mayor de Humaitá.

(15) El comandante del trece era el teniente-coronel Gimenez pero «El Semanario» no menciona que hubiese tomado parte en este combate.

Federico Mitre, al mando del jeneral Paunero; retirándose Aquino en orden, despues de dos horas i media de vigoroso tiroteo en el propio campo del enemigo.

Vueltas las divisiones aliadas á entrar al campamento, el jeneralísimo Mitre dispuso se ocupa para la isla de Yataití, por el 3° de línea i *Lejion Militar* i una seccion de caballería. Mas apenas trascurrieron algunos minutos, cuando el coronel Aquino, reforzado con el batallon 8°, trajo un segundo i rápido ataque, que puso en movimiento todo el ejército argentino.

Salieron precipitadamente en proteccion del destacamento avanzado que retrocedia remolinado ante los paraguayos, los batallones 1°, 4°, 5° i 6° de línea *San Nicolás, Correntino, Riojano* i *Santafecino* i lejiones primera i segunda de voluntarios mandados por sus respectivos comandantes, i las divisiones de la segunda línea á las órdenes de los coroneles Esquivel i Susini.

A las nueve de la noche tocó retirada Aquino, dejando incendiado el campo con sus cohetes, i ciento diez cadaveres. El comandante del 8°, capitán Casimiro Báez, herido de gravedad, falleció al ser trasportado á las trincheras paraguayas.

Los argentinos contaron entre muertos i he-



ridos, tres jefes: los sarjentos mayores Echegarai i Valerga i el teniente-coronel Aldecoa, veintidos oficiales i trescientos i tantos de tropa.

* * *

Lopez determinó cambiar de táctica, abandonando las hostilidades á la derecha enemiga; i encargó al jeneral Diaz abrir trincheras entre *Punta Ñaro*, i la *Isla Carapá* i los montes del *Potrero-Píris*, para cañonear á los brasileros i orientales por el flanco i retaguardia con el fin, siempre, de obligarlos á traerle el ataque.

La noche del trece al catorce, Diaz previo reconocimiento prolijo de los lugares i bosques circunvecinos, se trasladó sobre el terreno con los batallones 6° i 7°, provistos de los útiles necesarios, é hizo delinear en su presencia á la luz de un farol, mil metros aproximadamente, por el sarjento-mayor de injenieros Jorje Thomson; i comenzar inmediatamente la escavacion de dos segmentos de zanjas de una vara de ancho por otra de profundidad.

A la una de la mañana, mientras proseguian con afanoso empeño aquella escavacion sorda,

casi fúnebre, hombres mudos que no articulaban palabra, cuyas siluetas sombrías percibíanse confusamente envueltas por las sombras de la noche—quedo de súbito el horizonte iluminado como de día claro—dejando á los trabajadores á la vista de los enemigos á quinientas yardas de sus baterías; i treinta segundos despues un horroso estampido que estremeció la tierra, hizo conocer la esplosion de uno de los grandes torpedos, que Lopez lanzaba en el rio Paraguai.

Los aliados, sin embargo, no se apercibieron de la nueva trinchera sino el catorce; rompiendo inmediatamente sobre ella un furioso bombardeo, que duró todo ese dia i el siguiente.

El quince á la noche el mariscal Polidoro, nuevo comandante en jefe del primer cuerpo del ejército brasilero, dió orden al general Guillermo Xavier, para que á la mañana siguiente desalojase á los paraguayos de las nuevas posiciones, apoderándose de estas.

A las cinco ante-meridium del dia diez i seis, Guillermo con su division de ocho batallones formada de las brigadas 11° i 13°, mandadas por el coronel Auto Guimaraes i el comandante Costa-Pereira; cuatro cañones i dos compañías de ingenieros, atacó por el este-sud á la trinchera—que cerraba el *Boqueron* entre los montes Píris i la isla Carapá—no terminada todavía.

El jeneral Mena Barreto formó la reserva con tres rejimientos de la segunda division de caballería, el 4° batallon de voluntarios, el 3° i 4° de línea de la quinta brigada del coronel Oliveira Bello en el Potrero-Píris, que habia ocupado desde la víspera, comunicándose interiormente con el jeneral Guillerme.

Los paraguayos sorprendidos en su dura tarea, cambiaron rápidamente las palas i picos por sus fusiles, i repelieron con enerjía á los asaltantes, rompiendo de una i otra parte nutrido fuego de fusilería; pero siendo mui inferiores en número, i no ofreciendo ninguna ventaja la zanja á medio cavar i sin parapeto, la abandonaron á las siete de la mañana; replegándose al costado sud de la Isla Carapá, i hácia el fondo del *Boqueron*, que describiendo una prolongada curva va á dar á retaguardia de la primera trinchera ⁽¹⁶⁾.

La lucha prosiguió con diversas alternativas, tenaz i despiadada, sin ninguna ventaja para los brasileros.

Reforzado Guillerme Xavier con los batallones 6° de infantería i 9° de voluntarios da patria de la brigada del teniente-coronel da Silva Paranhos i el 8° i 16° de línea i 46 de voluntarios, llevó con su vanguardia una carga combinada

(16) Entre Isla-Carapá i Punta-Naró

contra la batería entre Carapá i Punta-Ñaró, defendida por cuatro bocas de fuego. Mas, apesar de la bravura desplegada por el comandante de la cuarta division, no consiguieron aproximarse sino á cincuenta metros de la pequeña batería; siendo rechazados por el coronel Aquino, quien salió fuera de la trinchera, los persiguió al través de las selvas á la cabeza de sus tropas, peleando en su entusiasmo personalmente, á arma blanca, como simple soldado.

Su imprudente temeridad privó al Paraguai de uno de sus mejores jefes; pues promovido á jeneral sobre el campo de batalla por su heroica defensa, murió el cuarto dia de resultas de la herida que allí recibió, con gran sentimiento del presidente i sus compañeros de armas, de quienes era mui estimado i querido.

Cerca de medio dia el jeneral Guillerme i su jente fueron relevados por el jeneral Argollo con la primera division á sus órdenes, que la formaban la octava i décima brigadas del coronel Baltazar de Silveira i comandante Faria Rocha⁽¹⁷⁾; i la tercera division al mando interino del coronel Machado Bittencourt, con la quinta i séptima brigadas del coronel Oliveira Bello i el sargento mayor Oliveira Botelho, que desde cuatro

(17) La brigada brasilera se compone de cuatro batallones.

horas antes acampaban á su retaguardia, i habiale prestado parcialmente su apoyo.

El afamado teniente-coronel Manuel Antonio Gimenez ⁽¹⁸⁾, experimentado militar, sucedió en el mando de la batería; i su oportuna presencia restableció la pequeña confusion que hubo de producir la caída de Aquino.

La lucha prosiguió con creciente ardor por ambos beligerantes. A las nueve de la noche Argollo Ferrao con su tropa exhausta de fatiga, despues de cuatro furiosas é inútiles embestidas—protejidos por la artillería oriental i considerables refuerzos que solo contribuyeron á hacer mas sangrientas sus derrotas—fueron relevados por el jeneral Victorino Monteiro con siete batallones al mando de los comandantes de las brigadas 12° i 14° de la sesta division Coelho Kelly i Geronimo dos Reis, teniendo de reserva al coronel Conesa, que ya ocupaba con su brigada el norte del Potrero-Píris, sin perjuicio de otros auxilios que recibió posteriormente.

Lo récio de la accion cesó á las diez i treinta minutos p. m, continuando por intermitencias un fuego graneado de la infantería, de bombas i cohetes á la *congreve*. Durante las diez i siete horas de tan espantosa pelea, los estinguidos batallones paraguayos no descansaron un instante,

(18) Calaa.

ni recibieron alimento alguno. Solamente eran reemplazados los muertos!

El diez i ocho de julio por la mañana recomenzó el combate con acumulacion de poderosos elementos—entrando á tomar parte en él los tres ejércitos aliados.

Cumpliendo instrucciones el sarjento-mayor Marcelino Coronel, á cuyo cargo quedó la trinchera el diez i siete, sostuvo sus posiciones ante las primeras cargas, retirándose con sus cohetas á la batería que cerraba el *Potrero-Sauce*.

Entonces los aliados llevaron un ataque formidable por el frente i flanco derecho paraguay; pero fueron rechazados completamente, dejando el abra i los montes sembrados de cadáveres.

El jeneral Flores hizo reforzar sus divisiones con batallones de refresco, ordenando un segundo asalto, bajo la direccion del coronel Leon Pallejas; el cual avanzó con pujante denuedo por entre la lluvia incesante de proyectiles, llegando esta vez al pié de las trincheras, donde selló con la vida su ejemplar heroismo: legando una página luminosa á los anales guerreros de su patria adoptiva. Llevaba en sus venas la sangre de los Prim i Zumalacarregui.

Cuando esto sucedia los defensores de la batería del Sauce se hallaban reducidos á diminuto número, con la mayor parte de los cañones

desmontados i caldeados, i los artilleros todos muertos.

La bandera argentina clavada sobre la trinche-
ra por la tercera division del Coronel Cesario
Dominguez, permaneció apenas minutos; porque
llegó en ese momento el jeneral Diaz conduciendo
personalmente doscientos hombres de caballe-
ría desmontados del rejimiento número 21, i
desalojó con irresistible ímpetu sable en mano á
argentinos i orientales,—recuperando la posicion
perdida,—i causándoles crecidas bajas en la per-
secucion ⁽¹⁹⁾.

El jeneral Guillerme de Souza, quedaba toda-
vía dentro del monte, al oeste del Potrero-Sauce,
donde se habia dirigido con intencion de flan-
quear la posicion paraguaya; i el jeneral Emilio
Mitre dispuso una última carga, que confió al co-
ronel Luis María Agüero con las brigadas sétima
i octava de su mando, pertenecientes al segundo
cuerpo. El viejo veterano no consiguió otra co-
sa que caer gloriosamente con gran parte de sus
bravos soldados, en el ensangrentado callejon,
que se estendia de Punta-Ñaró al pié de la batería,
cubierto materialmente de muertos i heridos.

Diaz se abstuvo de nuevas operaciones ofen-
sivas, porque su mision estaba terminada—cual

(19) Esta, fué con la infantería, que ya se habia incorporado
á Diaz.

era: haber obligado al enemigo á llevarles el ataque ⁽²⁰⁾.

Los aliados perdieron, en los tres días de combate, cuatro mil novecientos treinta hombres, entre muertos i heridos—siendo oficiales, trescientos veintiuno, un jeneral i muchos comandantes de brigadas i batallones.

Las fuerzas paraguayas que tomaron parte en el combate fueron el 6°, 7° i 9° de línea i varias compañías entresacadas de los batallones 12°, 13°, 23°, 36° i 40°, dos escuadrones de caballería desmontados, tres coheteras i una batería de artillería del primer rejimiento á caballo mandados por sus respectivos comandantes ú oficiales: teniente-coroneles Gonzalez Francisco i Antonio Luis — mayores Marcelino Coronel i Saturnino Viveros—comandante Manuel Antonio Gimenez, capitán Bernardo Olmedo i Pablo Cabrera, sarjento-mayor José Duarte, tenientes Goiburú ⁽²¹⁾ i Cortina, alférez Gauto i

(20) En esta ocasion, los aliados, dominados por el vértigo, cayeron en los mismos errores del mariscal Lopez: haciendo matar estérilmente, sin razon ni propósito justificables, en ataques sin transcendencia, millares de sus soldados i mejores jefes.

(21) El coronel Matias Goiburú, conspicuo miembro del Partido Liberal, perteneciente á las principales familias de la Asuncion, i uno de los hombres mas valientes de su país—asesinado alevosamente en 1877 por órden del entonces ministro de la guerra, jeneral Patricio Escobar, su enemigo personal, durante el gobierno del tristemente célebre Hijinio Uriarte. Este mismo Es-

Francisco Roa. Sus bajas ascendieron á dos mil dos cientos en su mayor parte heridos ⁽²²⁾.

Los brasileros, en esta' jornada, por la tenacidad i arrojo con que se batieron—nada tuvieron que envidiar á sus arrogantes aliados,—i se hicieron con justicia acreedores al calificativo de insignes valientes.

El resultado de los combates del Boqueron i Sauce fué por su efecto moral, un triunfo de importancia para el mariscal Lopez; á la vez que levantó mui en alto la reputacion legendaria del brillante militar que dirijió en jefe.

Diaz, empero, no se mostró satisfecho de una victoria que consideraba demasiada onerosa al reducido ejército nacional. Confiaba vagamente en algo incognoscible, dentro aun del misterioso dominio del futuro, ya presentido por su fé ardiente—algo mas trascendental, mas definitivo, i sobre todo menos caro—que estuviera fuera del alcance de la controversia respecto á la ventaja real i el lustre inmarcesible que reportaria á las armas de la patria.

cobar es el que, con sus propias manos, propinó varios sablazos al desgraciado coronel Venancio Lopez, gravemente enfermo; i de cuyo bárbaro castigo murió horas despues, allá por los lóbregos desiertos de Iгатimi.

(22) El único jefe de importancia muerto fué el coronel Elizardo Aquino ascendido á jeneral de brigada.

El mariscal Lopez, que valoraba las cosas i el éxito de los sucesos bajo distinta faz se mostró satisfecho i contento, celebrando el triunfo con estrépito, i dirigiendo afectuosas frases á su jeneral i amigo.

* *
* *

Al pié de pintoresco cerro festoneado de fragante vejetacion—donde el naranjo, la palmera i el tamarindo, como los cipreces del monte Ida, guardan entre sus umbríos ramajes la doliente elejía de sus tradiciones—se levanta el pequeño i tranquilo pueblo de la Vírjen del Rosario de Pirayú.

A su vista, á pocas millas al norte cruza la agreste cordillera de Azcurra, á cuyas faldas se estiende la vasta planicie en que formó el dictador Lopez su famoso campamento de Cerro-Leon, á principio de 1863.

De su frente tambien arrancan los comienzos de la laguna conjurada, *Ipacarai* ⁽²³⁾, inmóvil

(23) Laguna bautizada.

Dice la tradicion que, en su orijen, no pasaba de una pequeña fuente de agua cristalina, rodeada de laboriosa poblacion dedica-

masa de agua que vá á morir al pié de las sierras de Altos, i desagua perezosamente en el rio Paraguai por el estrecho Salado.

Allí en medio de esa pacífica villa á sesenta kilómetros de la Asuncion, vió la luz José E. Diaz el 17 de Octubre de 1833, de ascendientes pobres pero honestos ⁽²⁴⁾.

Huerfano de padre en sus primeros años, creció recibiendo los rudimentos de su educacion, bajo la direccion i limitados esfuerzos de su cariñosa i buena madre, que le consagraba sus afanes i cuidados.

Habia apenas cumplido diez i ocho años cuando fué comprendido en uno de los reclutamientos, que periódicamente se sucedian en el país, para la renovacion constante del ejército permanente.

da á las faenas de la agricultura. Que un buen dia, por maldicion de un fraile mendicante, que al pasar por el lugar habia sido agraviado, comenzó á crecer súbitamente hasta dejar sumerjida la aldea con sus habitantes. I amenazaba inundar las villas vecinas, cuando fué avisado el célebre misionero franciscano Luis Bolaños, quien acudió i la conjuró á no traspasar el cauce que actualmente ocupa.

No faltan quienes sostienen todavia entre las viejas jeneraciones de la época de los Lopez, que en ciertos dias claros, se distinguan en el fondo de las aguas los vestijios de la antigua poblacion.

El nombre primitivo de esta laguna, dice Alcedo fué *Pirayú*— que en guarani significa: punto de cita ó reunion de peces— i no *Tapaicúá*, como afirma Molas.

(24) Fueron sus padres Don Juan Andrés Diaz i la Señora Dolores Vera.

En mayo del 52 sentó plaza en el cuartel de la Palma, pasando de ahí á engrosar la compañía de granaderos del primero de línea, teniendo por superior inmediato al capitan Hilario Marcó; el cual posteriormente, al ser nombrado jefe de policía de la capital lo llevó, ya con el grado de sarjento segundo, á formar parte del batallon del departamento.

En este cuerpo hizo Diaz su carrera.

El veintiseis de abril de 1860 ascendió á subteniente segundo, en diciembre del 61 á alfez primerero, en mayo de 1863 á teniente primerero i el año siguiente á capitan i encargado de la jefatura de la Policía en sustitucion del comandante Marcó.

En febrero del 65 fué comisionado para la organizacion del batallon 40°; i el diez i nueve de mayo del mismo año recibia su promocion al grado de sarjento-mayor.

Al llegar á Corrientes fué incorporado con su batallon á la Division del Sud; asistió en el Riachuelo con proteccion al teniente - coronel Bruguez, siendo despues nombrado instructor superior de infantería del ejército por el jeneral Resquin.

En setiembre de 1865 conquistó su grado de comandante i la medalla de oro de la órden nacional del mérito, en premio de las dos acciones

de Santa Lucía con las fuerzas del jeneral Cáceres.

Infatigable i emprendedor, se multiplicaba hasta escederse en el cumplimiento de sus recargadas obligaciones; distribuyendo su tiempo entre la instruccion i los ejercicios disciplinarios de los batallones, á los que dedicaba diez horas diarias, i las comisiones difíciles preñadas de peligro, que reclamaba para sí, i las desempeñaba con rapidez, intelijencia i fé, alentado por la ilimitada confianza en el valor i decision de sus tropas.

Exaltado su espíritu por ideales de gloria, jóven, ardoroso i abnegado, incubaba proyectos atrevidos i heróicos relativos á las operaciones de guerra, con la íntima conviccion de que estaba él destinado á ejecutarlos.

No apreciando los acontecimientos en lo porvenir, sino con el sentimiento de su levantado patriotismo, soñaba en empresas memorables que conquistaran nombradía á la nacionalidad querida; contrayéndose durante las breves horas del descanso al estudio de los conocimientos militares, empeñado por colocarse á la altura de la mision que le tocaba desempeñar; i consiguiendo sobresalir á fuerza de perseverante dedicacion entre los jefes mas preparados en instruccion táctica i el conocimiento de las ordenanzas españolas.

Pero cediendo al influjo del medio en que se habian desarrollado las tendencias de su educacion, i las naturales inclinaciones de un temperamento demasiado activo i viril, solia exajerar i confundir, tal vez, las atribuciones técnicas, científicas del jeneral en jefe sobre el campo de batalla, con el rol limitado i meramente físico del de clase inferior; pues consideraba desdoroso para el pundonor militar que el comandante superior á la cabeza de su ejército eludiera batirse personalmente á la par de sus soldados.

A fines de julio de 1865 encontrábase en la sala del ministro José Berges en la ciudad de Corrientes, por asuntos urjentes de servicio.

Un miembro del triunvirato ⁽²⁵⁾, persona culta i de ilustracion, que formaba parte de la decena de visitantes allí presentes tenia la palabra; i referia un pasaje de la historia Europea, pertinente á la guerra de los francos contra los ávaros i lombardos en el siglo ocho, interesando vivamente la atencion del auditorio con su espresiva narracion ⁽²⁶⁾.

(25) El gobierno de la provincia de Corrientes, bajo la dominacion paraguaya, estaba conchado á una junta de tres caracterizados ciudadanos argentinos.

(26) Este hombre público encontrábase emigrado en el Paraguai en la época que ocurrió el *casus belli* entre esta República i la Argentina; i no acordando ante sus convicciones políticas, otro carácter al sangriento conflicto, que el de una guerra civil —final complemento de las que en pró de la disparidad de doc-

«El rei Didier, al frente de su ejército, pregunta como reconocerá al emperador Cárlos».

«Otger le contesta: cuando veais las mieses en los campos ajitarse de terror, al sombrío Pó i al Tesino incharse, salir de madre é inundar los muros de las ciudades con olas ennegrecidas por el hierro; levantarse al poniente nubes de polvo que oscurezcan al sol en su carro de fuego — cubrirse los caminos i el horizonte de hombres con armaduras de hierro—estremecerse la tierra bajo los cascos de interminable caballería que avance rujiente cual huracan devastador; i al frente de un bosque de picas el espectro de un gigante sobre corcel con el color i la fuerza del hierro, blandiendo una lanza tambien de hierro, entonces podéis decir —ahí está Cárlos Magno. . . »

Al llegar el triunviro á este punto de su relacion, el comandante Diaz se puso de pié, como movido por un resorte, exclamando: ese sí que era jeneral, porque miraba al enemigo cara á cara!

I como á las palabras del comandante sucediera inusitado silencio, seguido de cierto malestar—
«Por lo ménos seria tanto como el mariscal

trinas ó sistemas de gobierno, esgrimidos por los partidos militantes, habian afijido á los pueblos del Plata—no escitó prestar su concurso en beneficio de sus propias ideas á la causa del mariscal Lopez.

Lopez», agregó el majistrado correntino, que habiase penetrado de lo que pasaba en los ánimos.

—«Sí, como el mariscal Lopez», se apresuró á repetir el auditorio. Berges movió discretamente la cabeza en señal de afirmacion, i el buen humor volvió á serenar los semblantes.

Se vivia en unos tiempos en que una frase, interpretada ambiguamente, podia costar la desgracia no solamente del que la pronunciara, sino tambien del que la hubiese escuchado.



La reputacion de Diaz comenzaba á tener particular resonancia.

Sus campañas i triunfos, evocados por el entusiasmo popular, repercutian en los ámbitos de la República.

No se sabia que admirar mas: si su talento militar, su pasmosa serenidad ó los hechos personales realizados por él delante del enemigo.

Las conversaciones familiares, que no tenian otro tópico que los accidentes de la guerra, se alimentaban sobre todo con las proezas maravillosas del fantástico Diaz.

Se comentaban de boca en boca los episodios de Corrales, del Banco i de Itatí. Se referia que el 19 de Febrero de 1866 con un batallon i algunas coheteras, habia desembarcado de los vapores «Igrei» i «25 de Mayo» en esta última aldea, i apoderádose de ella, obligando á desocuparla precipitadamente al ejército uruguayo.

Que las guerrillas despachadas en persecucion del enemigo, le gritaban continuamente:—¿«Donde están esos valientes? Por qué huyen los héroes de Yataí? &» Pero que el jeneral Suarez, encargado de la division oriental por ausencia del jeneral Flores, mui prudente en esta ocasion porque no se trataba de seis contra uno ó de prisioneros inermes como Leandro Gomez ⁽²⁷⁾, prefirió presenciar impasible de dos leguas de distancia el saqueo é incendio de su campamento, víveres i archivo—lo mismo que el del pueblo de Itatí, que se quemó hasta los cimientos.

Diaz, sin embargo, no puso de manifiesto sus relevantes cualidades, hasta que alcanzó el empleo de jeneral de brigada. Recien entonces reveló sus aptitudes en su brillante i múltiple faz de jefe de pensamiento, previsor i sagaz—de experimentado i competente administrador.

(27) El lejendario defensor de Paisandú en 1864, asesinado traidoramente por orden del citado jeneral Gregorio Suarez.

Porque tambien recien entonces se consideró con la suficiente libertad para intervenir, emitir i sostener sus ideas—observar ó rectificar las ajenas —i establecer la controversia franca i definida sobre planes ó combinaciones de importancia. Pues aunque siempre gozó de la completa privanza del presidente Lopez, la inferioridad de su rango con relacion á otros de mayor jerarquía en el órden militar ó civil, coartaba en su foro íntimo, tanto la manifestacion é iniciativa de sus juicios, cuanto sus resoluciones al asumir las pequeñas responsabilidades, que son inherentes, i ocurren frecuentemente en el terreno de los hechos.

Adorado por el soldado, respetado i querido del pueblo sin distincion de clases, era de entre los oficiales superiores la reputacion deslumbradora, cuyo fascinador i májico prestigio aclamaban frenéticos sus conciudadanos.

Su fama creció tanto que dejeneró en rapsodia; i pronto pasó á pertenecer al dominio de la leyenda.

La anciana madre cargada de achaques, que ha recorrido muchas leguas á pié, i ayudado con sus manos débiles á dar sepultura al cadáver del hijo, reconocido sobre el campo abandonado por el enemigo; la viuda aflijida que acaba de regresar de Paso Pucú al hogar desierto, en que llo-
ran de hambre sus pequeños niños, trayendo den-

tro de su despedazado corazón el último relato de la tremenda lid, recogido de los labios del moribundo joven esposo: reunían al rededor suya al toque del *Ave-María* en la campana del pueblo — hoi deshabitado, lóbrego i miserable, i pocos meses antes rebosante de alegría, animacion i felicidad—á los deudos i nietos huérfanos, para contarles, sin enjugar aun el llanto de los ojos i con el espíritu enlutado por desgracias espantosas—después del rezo cotidiano por el triunfo de las armas de la República, la bravura espartana con que murieron sus padres, abuelos i hermanos al mando de aquel hombre extraordinario, invulnerable á las balas i al fuego, extraño á las fatigas, al cansancio i al sueño é indiferente ante el peligro i la muerte.

I mientras el estruendo de las batallas hacia retremblar el suelo americano, i el estampido de los cañones ensordecia los aires, i se apilaban cinco i seis mil cadáveres tras de cada combate, el inválido de la primera hora—imposibilitado ya de morir por la patria—entonaba solitario allá por lejanos valles, en endechas llenas de sentimientos, las acciones prodijiosas del general Diaz, como el trovador antiguo cantara las hazañas inmortales de los héroes-dioses.

* * *

Cerca de media noche del doce de Setiembre de 1866 fué llamado Diaz con urgencia al cuartel jeneral.

Encontró al mariscal Lopez sentado frente á su escritorio, sombrío, solo i sumido en profunda meditacion.

Hacia tres horas que se hallaba allí, inmóvil ⁽²⁸⁾ ocupado en reconstituir en sus recuerdos los sucesos de la guerra i los antecedentes que le precedieron, con prolija anotacion de incidentes i detalles.

A estos, sobre todo, dada la suspicacia de aquel temperamento estraño, de rara idiosincracia, atribuia capital importancia para el gran proceso nacional, que en estado de gestacion, cruzó por su mente durante esas circunstancias amargas.

Tenia consignado, en una larga lista, á los principales personajes que le aconsejaron la declaracion de la guerra. En ella estaban incluidos sus dos hermanos i cuñados, de quienes hacia tiempo estaba quejoso. Berges, el eminente ciudadano—acaso el único gran caballero, segun la alta acepcion de esta palabra, que existia en aquella República—aunque fué secretamente contrario á la guerra, no habia opuesto ni insinua-

(28) Es sabido que el mariscal Lopez, cuando se sentaba, permanecia cuatro i cinco horas seguidas sin variar de posicion—lo mismo que cuando se paseaba.

do su opinion ostensiblemente, encerrándose en una absoluta reserva ⁽²⁹⁾. Su conducta bondadosa i circunspecta en Corrientes, tampoco fué apreciada satisfactoriamente; por eso figuraba tambien en la página negra ⁽³⁰⁾.

El mariscal Lopez á raiz de las impresiones recojidas en su entrevista con el generalísimo Mitre, habia inexorablemente formulado su última resolución: de sucumbir en la gigantezca demanda, defendiendo su causa i la integridad territorial de la patria, con la cruel enerjía que, en su concepto, requería la dignidad de la mision representada por él.

Es decir: morir, pero el último i con el último, cuando sus ejércitos, los habitantes en masa, hasta las mujeres i niños, arreados delante del resto de sus lejonas por páramos i desiertos nunca hollados por planta humana -- las ciudades, los pueblos i aldeas estuvieran reducidos á escombros -- cuando todo hubiera perecido; i abandonar su nombre á la historia, envuelto en luctuosas i dolorosísimas responsabilidades, destilando sangre jenerosa sobre la posteridad.

Diaz hizo el saludo de ordenanza, i permanció de pié á dos pasos de distancia, con el kepís en la mano.

(29) Su actitud, de escésiva prudencia, le fué fatal.

(30) Todos fueron procesados, condenados i fusilados dos años mas tarde.

Lopez levantó la vista hácia el considerado valido, el único á quien dejó alguna vez penetrar el enlutado velo que cubria el fondo de sus tenebrosos planes, mediante misteriosas i breves confidencias; i le dijo:

—«Nuestra causa, jeneral Diaz, ha sufrido hoi la prueba del fuego; i salido de ella ilesa. La guerra en lo sucesivo será de esterminio. No hai paz ni cabe ya arreglo posible.

« El jeneral Mitre—á cuyo respecto estaba yo inducido en error — ha entrado en acuerdo i pactos con el emperador del Brasil, con la premeditada intencion de cimentar sobre esas relaciones una política internacional durable, que impere sobre los destinos de las repúblicas del Rio de la Plata i las del Pacífico. Esto es de todo punto utópico é imposible; mas está decidido á ser consecuente con el Imperio, i nada nos queda que esperar de él. Lucharémos entonces hasta vencer ó sucumbir, inclusive la nacionalidad como estado soberano.

« Pronto daré un documento público, contrayendo el compromiso solemne ante el ejército i el pueblo de perecer con la patria. Lo que siento es que el presidente Mitre me haya privado de la gloria de llevar á término el gran pensamiento del Libertador Bolivar, arrojando al otro lado del Atlántico la única testa coronada

que mancilla la democracia americana, i que el jeneral Alvear no lo consiguió en la memorable accion de Ituzaingó.»

« Ahora bien, continuó, los aliados estimulados por la toma de Curuzú, nos van á traer un ataque decisivo por tierra en combinacion con su escuadra, antes que transcurra la semana próxima; así me lo ha anunciado el jeneral Mitre, i me consta que van á cumplirlo. Es necesario, pues, que las fortificaciones de Curupaitic estén para esa fecha terminadas; i que la victoria que obtengamos sea indiscutible i confesada por los adversarios, porque temo que mi humanitaria i espontánea iniciativa en pro de la conferencia de Yataití-Corá, haya sido interpretada como un acto de desfallecimiento.»

« Señor, contestó Diaz, las terminantes declaraciones que acabo de tener el honor de escuchar de los labios de V. E. duplican desde este momento mi fé por la sagrada causa que sostenemos. Combatiremos con el vigor i el patriotismo de que es capaz el paraguayó, hasta vencer ó morir. Las trincheras estarán listas en pocos dias mas; i nuestro triunfo será de tal magnitud que pesará sobre la conciencia de las jeneraciones argentinas mientras subsista esa nacion.»

* * *

A las tres de la madrugada del día siguiente, Diaz recostado en campo raso sobre la fría grama, humedecida por abundante rocío, estudiaba atentamente á la luz de una linterna un amplio plano de pergamino sobre el cual estaban trazadas en complicada aglomeración de polígonos i rectángulos, las proyectadas é históricas fortificaciones de Curupaitic.

A su rededor, por entre la profunda oscuridad, bullian sordamente enjambres de soldados que silenciosos i activos removian la tierra, arrastraban cañones i maderámenes, armaban casamatas i polvorines.

Hacia cuatro días que habia dado comienzo al laborioso trabajo, ocupando cinco mil hombres, que se turnaban cada ocho horas, por terceras partes, sin interrupción día i noche, espuestos al bombardeo, en la magna obra que estaba ya bastante adelantada.

El foso de dos varas i media de profundidad por cuatro de anchura, principiaba entre los impenetrables bosques que cubren el costado norte de la Laguna Mendez al sud-oeste de Paso-Pucú siguiendo el borde escarpado del carrizal, rumbo al oeste, durante dos kilómetros, hasta dar con el pequeño fuerte anteriormente construido sobre el río Paraguai; i formando en este punto ángulo

recto con las baterías que costean el río aguas arriba.

La llanura exterior del campo figuraba en el plano, cruzada de paralelógramos rombos, cortados por líneas diagonales. Sobre estas figuras hacia acostar Diaz los batallones por compañías, á razon de dos personas por cada radio, quienes simultáneamente cavaban con las manos en los vértices i centros, pequeños i hondos agujeros, hasta donde era posible alcanzar enterrando el brazo.

En los ángulos se plantaban sólidamente los *abatíces*, formados de troncos de madera dura terminados en triples i cuádruples horquillas; i los agujeros del centro mas profundos—llevando al fondo estacas puntiagudas—cubiertos con grama cortada sostenida por lijera palizada, servian de pozos de lobo.

Sobre la orilla interior de la barranca se levantaron las trincheras suficientemente anchas i sólidas, con declive de once grados el glacis, resguardando treinta i seis plataformas para cañones i nueve para coheteras, distribuidas segun la accesibilidad topográfica de la planicie, ligados por parapetos de tierra i palo á pique para infantería.

De los cañones: cuatro eran de ocho pulgadas, cuatro de calibre nueve, trece de treinta i seis

i quince de doce — todos lisos de antiguo sistema — esceptuando los de á nueve, que fueron los *Lahitte*, rayados, tomados á Flores el 2 de Mayo.

El 21 del mismo mes—á la una de la tarde, hizo anunciar á Lopez el general Diaz que las trincheras estaban terminadas i prontas para recibir al enemigo.

El mariscal-presidente hizo llamar al coman-Thompson, del cuerpo de ingenieros, i le ordenó hiciera una inspeccion prolija de las fortificaciones, i le comunicase en el dia su opinion respecto á su importancia.

A las cinco llegó Diaz, i le dijo á Lopez: «que si el ejército aliado todo, le trajera el ataque, el ejército aliado entero quedaria al pié de las trincheras».

Thompson regresó, i ratificó las palabras del general Diaz, con lo que Lopez quedó sumamente satisfecho. Hacia varios dias que, un tanto quebrantado física i moralmente, guardaba cama, i se mostraba preocupado i taciturno; pero despues que escuchó las buenas noticias se reanimó i dejó la hamaca.

Pasó en seguida á dar las instrucciones precisas para el combate, que creia seria al otro dia, segun declaracion de un cabo brasilero se-

cuestrado esa mañana en las avanzadas de Curuzú.

Estas fortificaciones, aunque inferiores á las de Paso-Gomez, estaban construidas con arreglo al arte i la ciencia de la guerra; i fueron obra esclusiva del jeneral José Diaz, que con los conocimientos adquiridos al lado de los ingenieros militares, habia aprendido en breve tiempo cálculos de nivelacion i medicion de ángulos por medio del teodolito.

* * *

Al dia siguiente 22 de setiembre, á las doce meridiano, los clarines aliados anunciaron el asalto.

Cinco acorazados i trece cañoneras de la escuadra, poderosamente artillados, lo habian previamente preparado con cinco horas consecutivas de horroroso bombardeo.

El ataque lo llevaron en cuatro columnas paralelas: dos brasileras i dos argentinas, á las superiores órdenes del jeneral en jefe.

La primera, ó sea la mas occidental, al mando del coronel Augusto Francisco Caldas, for-

mada de los batallones 5°, 8°, 11°, 12°, 18°, 32° i 36° de infantería de la segunda i tercera brigadas—los escuadrones 4°, 5°, 7°, 8°, 9°; 10°, 13°, 14°, 15°, i la octava brigada, de cuatro batallones, de la division tercera de caballerías á pié, armados á carabina i lanza; i la segunda columna de las brigadas primera, cuarta ⁽³¹⁾ i la auxiliar de infantería mandadas por el jeneral Alejandro Manuel Albino de Carvalho.

La brigada auxiliar, ó sea la del comandante Antonio da Silva Paranhos, constaba de cinco batallones: el 6° de línea i el 10°, 11°, 20° i 46° de voluntarios da patria.

Ambas marchaban protegidas por los fuegos de una batería brasilera servida por un cuerpo de artillería á caballo con ocho piezas rayadas, el 4° batallon de artillería á pié con cuatro obuses i un cañon de catorce tambien rayado, varias coheteras á la *congreve* i una seccion de zapadores

La columna argentina del centro conducida

(31) La brigada brasilera constaba de cuatro i cinco batallones, i estos de quinientas á seicentas i mas plazas.

Las 1°, 2°, 3°, i 4° brigadas de infantería, que tomaron parte en el asalto, estaban comandadas por los teniente-coroneles Alejandro Freire, Maia Bittencourt, Barros é Vasconcellos, Landolfo da Rocha Medrado, i Agustin Maria Piquet; las de caballeria á pié 6° i 7° por Vasco Alves i Albino J. Pereira i las brigadas lijeras i 8° de la division tercera por el coronel Lucas de Lima.

inmediatamente por el coronel Ignacio Rivas, bajo la direccion del jeneral Paunero, se componia de la primera i cuarta division del primer cuerpo del ejército, seguidas por el 4° i 6° de línea i los guardias nacionales Riojano i Primera de voluntarios de la segunda, con su jefe titular el coronel José Miguel Arredondo, i los batallones Catamarqueño, Rosario, Tucumano, i Correntino del mando del coronel José R. Esquivel de la tercera division.

El jeneral Emilio Mitre, jefe del segundo cuerpo de ejército argentino, mandaba la última columna compuesta de ocho brigadas, de las divisiones una i cuatro; apoyadas á su vez en esta ala por una batería de doce bocas de fuego, dirigida por el coronel Julio de Vedia.

Brasileros i argentinos moviéndose de sus puestos, desplegaron sus vanguardias, escalonaron sus reservas, rompiendo marchas al compas de bandas de música en perfecta regularidad i orden. Aquellos sesenta i cuatro batallones espléndidamente uniformados, cubiertos de dorados i vistosos trajes, evolucionando al travez de vasta planicie, á los claros rayos de un sol de primavera, por sobre obstáculos casi insuperables, esgrimiendo sus robustos brazos las insignias de la patria; i dentro de sus varoniles pechos la conciencia del deber sagrado, de sostener el lustre

inmaculado del honor nacional, á costa de su sangre, presentaban un espectáculo verdaderamente imponente.

Las columnas cerradas avanzaban con entereza, sostenidas por las descargas combinadas de sus respectivas baterías i de la escuadra, que arrojaban incesantemente proyectiles i bombas de grueso calibre sobre las trincheras de Curupaitic.

En tanto, los cinco mil paraguayos que desde el amanecer ocupaban en formacion sus puestos, armas al brazo, miraban indiferentes—bajo aquella lluvia de fuego—tan pasmoso cuadro; esperando impasibles la órden de su superior. Solo las baterías de flanco contestaban á la escuadra, poniéndola á raya con sus balas esféricas de á treinta i dos.

Algunos mas impacientes buscaban con la vista á su jeneral; pero no se hallaba aun presente, sino el segundo jefe, teniente-coronel Antonio Luis Gonzalez.

De pronto apareció rodeado de su estado-mayor; venia montado sobre brioso alazan, de la extrema izquierda de la trinchera. Recorrió al galope la línea, i al pasar por el centro, gritó á sus soldados: «Muchachos, firmes, que hoi es el dia de la victoria».

Llegó al ángulo, i vió de allí á los brasileros

que se aproximaban rápidamente, costeano el pequeño monte que bordea el río.

Las improvisadas baterías exteriores ocupadas días antes con algunas piezas ligeras, á objeto de defender las escavaciones i colocacion de *abatices*. habian sido abandonadas á las diez de la mañana, retirandose los cañones dentro de las trincheras; así fué que los asaltantes no encontraban hasta entonces fuegos que contestar.

A quinientos metros de distancia, el jeneral Diaz habia hecho cavar un segundo segmento de zanjas ⁽³²⁾, que circunvalaba las obras de fortificacion, de la barranca del río á un brazo profundo de la Laguna Mendez. Al llegar á esa línea la columna del coronel Caldas, ordenó Diaz al teniente segundo de marina Domingo Antonio Ortiz iniciara el combate por tierra con dos cañones de sesenta i ocho, colocados en el ángulo próximo al río.

En seguida rompió los fuegos el de igual graduacion i arma Pedro Gill, que estaba en la derecha; siendo secundado por el capitan Saguier del centro i el mayor Pedro Hermosa, que mandaba la izquierda.

Pronto el combate se hizo jeneral.

(32) Este segundo foso carecia de importancia; tenia una vara de ancho por otra de profundidad.

Las tremendas descargas de enfilada abrian profundas grietas en las columnas asaltantes, que se ajitaban i desgranaban por centenas cual frágiles espigas azotadas por formidable huracan; pero, casi instantáneamente volvian á cerrarse los claros i continuaban avanzando con brio marcial.

El jeneral Paunero pidió refuerzo, i le fué enviado por el jeneralísimo Mitre— que se vió obligado á modificar sobre el terreno su plan primitivo de ataque, á consecuencia de imprevistos accidentes del terreno ⁽³³⁾ — los batallones 1°, 9° i 12° de línea i dos de guardias nacionales de las sétima i octava brigadas de la cuarta division, á las órdenes del coronel Mateo J. Martinez.

Cuando se hallaron al alcance de los fuegos cruzados i concéntricos la carniceria no tuvo límites. Las bandas de música enmudecieron. Ya no se escuchaban sino las continuadas i no interrumpidas descargas de cañones i fusilería, que semejaban el pavoroso estallido de cien volcanes en incesante actividad, arrojando toneladas de lava incandescente.

Lo que sucedió en seguida es indescriptible.

Los cohetes á la *congreve*, las bombas i la metralla arrojados á quema-ropa de las trincheras

(33) Esta circunstancia impidió que llegara á las trincheras la cuarta columna.

de Curupaitic, barrian los batallones aliados por compañías enteras con jefes i oficiales, desparramando por los aires fragmentos triturados de cuerpo humano. La atmósfera impregnada en vapores de sangre; el horizonte cubierto de humo, cieno i fuego; los combatientes, el campo i las fortificaciones envueltos en sofocante i cálida niebla; la opaca i densa oscuridad que no dejaba percibir á dos pasos los objetos, unidos á estremecimientos ciclópeos: imprimian á la fúnebre escena los revestimientos de espantoso caos, dominado de tiempo en tiempo por la gritería estentórea de los paraguayos, que auguraban la victoria; i á cuyo potente acento contestaban ayes de dolor i desesperacion de enemigos, que caian para no levantarse jamas, víctimas de su decision y arrojó.

Dos horas mas tarde, de todas aquellas legiones de relucientes armas, organizadas de la juventud selecta argentina, ya no restaban sino algunos jirones de seres vivientes; porque la mayor parte yacian entre los charcos segando con sus miembros despedazados i palpitantes los zanjones i pantanos, ó mutilados, cubiertos de lodo, sin aliento para arrastrarse, divorciados de toda esperanza, de dar el adios de despedida á la opulenta Buenos Aires — espiraban sofocados bajo el peso de otro i otros cuerpos exánimes,

que se amontonaban sobre ellos—dedicando el postrer pensamiento á la capital europea, emporio de confort, civilizacion i cultura, donde abandonaban por siempre las personas caras á su corazon.

Tanto brasileros como argentinos llegaron por entre la metralla i el plomo hirviente hasta los fosos principales; pero fueron allí esterminados por los fusiles de chispa de las huestes de Diaz, cayendo sus cadáveres al pié de las escarpas.

Despues de dos horas i media de horrorosa matanza, i dos sucesivas i heróicas embestidas—dos terribles cargas, en las que el oficial i el soldado se disputaron á porfia el privilejio de ocupar los puestos avanzados i de peligro—haciendose ostentacion i lujo de valor i desprecio de la vida—los sobrevivientes de los ejércitos aliados se replegaron pesadamente, llevando sus heridos, hácia el campamento de Curuzú.

Cuando la espesa humareda se hubo disipado, apareció el jeneral José Diaz sobre una de las plataformas de cañon, donde habia hecho saltar su corcel de guerra, á la vista de su entusiasmada jente, contemplando el luctuoso teatro de accion. Allí como en los campos cataláunicos, la sangre humana se veia correr, formando cascadas en el lecho de los arroyos.

Un hurra inmenso se prolongó de un extremo al otro de las filas paraguayas, saludando delirante al héroe vencedor.

El habría lanzádose al otro lado de la trinchera á la cabeza de la caballería que tenia disponible, i habia permanecido inactiva durante el combate, en persecucion del enemigo, si una órden terminante del presidente Lopez no le hubiese impedido.

A una señal de su espada resonaron las diapas militares, á las que sucedió el himno del mariscal Lopez, cuyas notas armoniosas i solemnes apagaron momentáneamente los quejidos lastimeros que se alzaban de millares de labios de moribun dos enemigos.

Cuadro sin nombre aquel! que por la esterilidad del sacrificio, vivirá indeleble i fatídico en las pájinas de las dolorosas pruebas porque el destino—en horas de desolacion— quiso someter el sentimiento público de una nacion cristiana.

Los aliados dejaron sobre el terreno cerca de cinco mil cadáveres, fuera de algunos pocos heridos prisioneros i seis mil armas entre fusiles, carabinas á la *minié* i lanzas, muchas espadas, un porta estandarte de la Lejion Militar argentina, la bandera del segundo rejimiento de caballería

á pié de Rio Grande do Sul, nueve cajas de guerra, cornetas é instrumentos de música ⁽³⁴⁾.

Del lado paraguayo hubieron únicamente diez i nueve soldados muertos, tres oficiales i el comandante Albertano Sayas, que habia sido anteriormente degradado á simple sarjento, i era jefe de las baterías de flanco, i sesenta i dos de tropa i siete oficiales heridos.

Diaz anunció á Lopez el resultado de la accion en un parte breve i sumamente modesto.

Le decia en el último párrafo: «Que aun cuando la victoria obtenida era indiscutible, sentia en el alma no fuera todavía la definitiva, para haberle cabido la señalada honra de poner á los piés de S. E. un triunfo que hubiera considerado digno de la persona del gran mariscal.»

Fué en verdad, la victoria de Curupaitic de trascendental importancia, por el resultado inmediato, como por sus consecuencias posteriores; i no conocemos en las guerras modernas,

(34) Es un punto mui controvertido entre los ex-aliados, el número de muertos i heridos en este combate. Los partes oficiales no dan mas de 163 entre oficiales i jefes i 1919 de tropa, argentinos—i 201 oficiales brasileros i 1760 de clase, sin incluir las bajas de la escuadra i las de los batallones que ocupaban la derecha del rio en el Chaco. Por nuestra parte creemos haber dado la cifra apróximativamente exacta (escepcion hecha de los heridos que no mencionamos) i que nos ha costado pacientes investigaciones, controlada por diversos actores principales en la gran accion—siendo uno de ellos el capitan Ortiz, que mandaba las baterias de flanco desde el ángulo—i fué uno de los comisionados para el recuento de los cadáveres i la recoleccion de las armas.

nada análogo que le sea comparable, á no ser la famosa batalla de Heliópolis, ganada por Kleber con once mil franceses contra cien mil turcos, mandada directamente por el gran visir, i que segun la opinion de un eminente historiador valió tanto como la mas reputada de Napoleon.

A las siete de la noche fué Diaz á dar la relacion verbal de los detalles á Lopez, quien le obsequió con un gran banquete, al que asistieron las personalidades civiles i los comandantes i oficiales superiores del ejército.

El mariscal-presidente se mostró altamente complacido; pronunció brindis i habló mucho durante la comida.

Al levantar la copa de espumante champagne, resumió en estensa alocucion—improvisada con brillo i elocuencia---las contrariedades i dificultades sin cuento vencidas mediante la tenacidad, constancia i austera disciplina del soldado paraguayo, en la gloriosa cruzada sustentada contra tres naciones aliadas, fuertes por los recursos i elementos fácilmente acumulados, gracias á la posicion jeográfica de sus ciudades, á parte de otras ventajas i medios de que disponian; pues que contaban con diez millones de habitantes, quinientas mil leguas cuadradas de territorio i no menos de cincuenta millones de pesos fuertes de

renta al año; mientras que el Paraguai no alcanzaba á tener treinta mil leguas de superficie territorial— su poblacion era apenas de setecientas cincuenta mil almas—i sus rentas de tres i medio millones anuales. Pero que á pesar de tan inverosímil desigualdad, era poderoso é invencible por la virtud cívica i el patriotismo santo de sus buenos hijos.

Recordó que un 16 de octubre habia él tomado posesion del gobierno supremo de la República con las mas leales i nobles intenciones, decidido á sacrificar su bienestar personal en aras del bien público i los caros intereses de la nacion; i que la solemnidad del momento le traia á la memoria que el jeneral Bonaparte á su vuelta de Ejipto— despues de las memorables batallas de las Pirámides, del Monte-Tabor i de Abukir—habia tambien penetrado en Paris, hacia 67 años, un 16 de octubre; asumiendo el consulado supremo, consiguiendo dominar la anarquía, salvar á su amada Francia, i sojuzgar por el espacio de quince años á todos sus enemigos.

Por lo demas, prosiguió, esperaba no moriria como el corso coronado, de penosa i lenta agonía, presenciando villanas injurias de indignos carceleros; porque tenia la firme resolucion de no ser prisionero jamas, en el caso de que la fortuna le fuera adversa, sino por el contrario sucumbir en-

tre las ruinas del pueblo paraguayo, con el último de sus defensores, á semejanza de Constantino Paleólogo al caer Bizancio abatido bajo los jinetes árabes de Mahomet segundo.

Terminó su discurso refiriéndose al jeneral Diaz, á quien dijo: «Que de hoi en adelante tenia adquirido lejítimo título como los paladines antiguos de la tierra prodijiosa que habia evocado, de dirigirse al ser que dispensa la vida i la gloria á los humanos—para pedirle un puesto en la rejion de la inmortalidad, de la misma manera que sus conciudadanos le reservarian en sus corazones un lugar, donde guardar perdurable su nombre, por haber merecido en ese dia bien de la patria ⁽³⁵⁾».



El jeneral José E. Diaz era alto — un metro setenta i ocho centímetros—de arrogante i hermosa presencia, complexion robusta i fuerte, de

(35) Unica vez que Lopez dirijió un elogio público á uno de sus jenerales.

En cuanto á la victoria de Curupaitic, no acordó un solo ascenso, ni decretó recompensas, ni dispuso nada que conmemorase el gran acontecimiento.

formas amplias i esculturales, un físico bien proporcionado sin ser grueso, exuberante de vida, salud i enerjía.

Tenia los hombres anchos i grandemente desarrollados, de la misma manera que el pecho mui levantado, formando perfecta curva, que contrastaban con su cintura de niña, sumamente delgada ⁽³⁶⁾.

Su cabeza se alzaba enhiesta, airosa, soberbia, formando un busto varonil de admirable conjunto, que hubiera servido de modelo acabado á la estatuaria. De clasificacion braquicéfalo—diez i siete centímetros de diámetro transverso máximo parietal sobre la sutura sajital, por diez i nueve i cinco milímetros de lonjitud, equivalente al n° 5 i $\frac{1}{4}$ de la medida ordinaria—de líneas correctas i puras, formaban una cúpula de regularidad matemática los huesos coronal i temporales; abarcando en notable desarrollo las secciones cranianas locales de las facultades afectivas é intelectuales: el amor á la patria, la abnegación la firmeza, la decision por la lucha, la lealtad, la estima de sí mismo, la inclinacion natural á la justicia, el sentimiento de la gloria—calidades inseparables de un jeneral ilustre ó de un héroe.

(36) Se decia *sotto roce* que usaba corsé; pero nada mas incierto, ni contrario á la austeridad de sus costumbres.

Su lozana i vigorosa fisonomía iluminaban dos ojos rasgados, negros, escudriñadores i penetrantes, cuya dureza de espresion, teñida de relámpagos, les comunicaba los vívidos brillos del bruñido acero, denunciando en su rara movilidad los apasionamientos impetuosos de su alma de fuego.

Del óvalo de la cara, de entre finas i pobladas cejas, sobresalía una nariz un tanto abultada, acentuadamente aguileña, que imprimía á su fisonomía i persona el tinte característico del militar de raza, nacido para engrandecerse en la carrera de las armas i el ejercicio del mando.

Sobre su frente tersa, espaciosa i ancha reflejábanse los vuelos de ambiciones nobles, de anhelos vehementes de renombre, de íntimos propósitos i afanes de singularizarse, mediante servicios eminentes al país i su gobierno. Estaba ajitado de presentimientos vagos de fama i lustre americanos, esos delirios anímicos de mero dominio de la fantasía, que escapan al cálculo de las ideas positivas, i que las imajinaciones meridionales i ricas en ilusiones, son capaces de revelar á una alma soñadora i viril por misteriosa sujection psíquica en las nebulosas lontananzas del futuro.

La blancura europea de su tez habia resistido á las intemperies del clima i los calores encendidos del trópico. Tenia el pelo lacio i negro, el

pescuezo lijeramente corto, las estremidades pequeñas, lindas i cuidadas manos, la voz sonora, vibrante, argentina; usaba bigote i pera que le sentaban mui bien. Vestia con esmero i aseo aunque sin lujo, i, á ser rico, hubiera sido amigo del fausto i la ostentacion.

Poseia una intelijencia lúcida i asimiladora, unida á un temperamento sencillo i sério, conducta sistemática que gobernaba los procedimientos de su vida; era ordenado, estudioso, investigador por instinto de curiosidad, pundonoso, delicado i culto.

Un corazon grande é impresionable, injenuo á la vez que sensible á todo lo que era levantado i jeneroso — espontáneamente predispuesto á la induljencia i el perdon en concordante armonía con su vasto i templado espíritu—complementaba las condiciones de carácter del eximio varon.

Mui lejos, sin embargo, de nuestra mente la negacion de que influenciado por el espectáculo de la injusticia i la sofocante atmósfera de anti-humanas abdicaciones que fluian á su rededor, no hubiera muchas veces escuchado jemidos desgarradores—ó presenciado sin inmutarse—desprenderse de mas de una mejilla dolorida, gotas amargas, que convertianse luego en lágrimas de sangre.

Pero al fin él, mas afortunado que otros, su

crímen no pasó de haber sido espectador indiferente de suplicios inquisitoriales, porque sus manos no se tiñeron en sangre inocente. Su luminosa frente no estaba manchada con el estigma de *verdugo*.

Bondadoso, tolerante, hasta cariñoso con el soldado, era exigente i severo con el oficial, irreprochable con su superior, é inexorable respecto á la disciplina i la observancia de las ordenanzas militares.

No disculpaba en otros, lo que no se dispensaba á sí mismo.

Profesaba gran respeto por la intelijencia i las personas decentes, con quienes observaba atenciosas consideraciones. Comprobó largamente esta conducta durante el importante período que desempeñó la jefatura de policía de la capital; i no la desmintió en los tiempos posteriores, ni aun en épocas i situaciones bien difíciles.

Su desden por el enemigo, á quien consideraba inferior en el terreno de la accion, no reconocia límites; i su especial preocupacion consistia en uniformar el espíritu de su tropa dentro de esta arraigada conviccion.

No desconocia, por eso, la superioridad del armamento i los poderosos medios de que disponian los aliados. Le causaba admiracion i asombro que en propio territorio paraguayó poseyeran



mejores caballadas; pero á pesar de todo conceptuaba esas ventajas mui por debajo de la resolucion viril de un pueblo heróico, que habia jurado morir como un solo hombre en aras de la patria.

Tal era el hombre, el lugar-teniente, el confidente predilecto que habia merecido la confianza absoluta del mariscal Lopez; i á haber tenido mayor graduacion jerárjica en los momentos de la declaracion de la guerra, mui superiores destinos hubiese desempeñado.

Habria sido él, sin discusion ni duda, el jeneral en jefe de la Division del Sud. La desgraciada columna de Estigarribia jamas caia en la peregrina *capitulacion* de Uruguayana; i los planes de campaña, el desenvolvimiento de los sucesos i la marcha de la guerra hubieran sido mui distintos.

En Paso-Pucú llegó á ser el árbitro—ejerciendo de hecho la superintendencia jeneral de los ejércitos. Estaba arriba del jefe de estado mayor, quien nunca conoció la cifra exacta de que constaban las fuerzas efectivas, mientras que Diaz á la par de Lopez i el coronel Aveiro poseia esos secretos. ⁽³⁷⁾

(37) Ellos tres eran los únicos conocedores de la verdad; i cualquier otro de sus jenerales que hubiese cometido la indiscrecion de pretender averiguarla, habria sido inmediatamente fusilado.



Se veía cuotidianamente con el mariscal, por lo ordinario á horas avanzadas de la noche, en que le traía el parte oficial de las últimas novedades omitidas en las trasmisiones telegráficas; despues de haber recorrido el perímetro de las trincheras, cuarteles i puestos de guardia avanzadas, i cerciorádose personalmente de la tranquilidad i completa seguridad del campamento.

Penetraba sin ninguna formalidad, sin previo anuncio, apenas descendia del caballo, con sus armas al cinto, grandes espolines, i su chicote de plata pendiente de la muñeca; llegando así á la cama de Lopez, si es que ya se habia recojido. ⁽³⁸⁾

Mas era el único que gozaba de semejante prerogativa—como era tambien el único que solia conversar con él sobre los asuntos de la guerra, i el único que en algunas ocasiones se atrevió á emitir observaciones en su presencia.



(38) El mariscal Lopez durante la guerra dormia siempre en hamaca.

Han corrido cuatro meses desde el memorable combate de Curupaitic, sin que los beligerantes den señales de iniciar nuevas acciones de guerra.

Ambos campos continuan envueltos en la monotonía del silencio; empleando el tiempo, por esta parte en atrincherarse fuertemente dentro de Curuzú i Tuyutic, i por aquella en ahondar los fosos de Curupaitic, Potrero-Sauce i Paso-Gomez.

Los aliados severamente aleccionados con el descalabro del 22 de setiembre—que habia tenido dolorosa i honda repercucion en los pueblos del Plata—estaban decididos á no abocar lijeramente otra calaverada; entregándose prudentemente al estudio de planes de campaña mas seguros en resultados; hasta que transcurridos catorce meses, i haciendose indefinida la inaccion, Lopez fué á sacarlos de la apatía con la sorpresa é incendio de sus campamentos de Tuyutic.

La escuadra brasilera, sin embargo, continuaba sus interminables i furiosos bombardeos—habiendo dias que arrojaron cuatro mil i tantos proyectiles sobre las fortificaciones paraguayas.

Diaz contestaba poco á estos lujos inútiles del enemigo, distrayendo las horas muertas de tan penosa expectativa en pascarse por entre los cascotes inflamados, que llovian sobre el suelo como granizo candente en muchas cuadras á la

redonda, sin que apenas le ocasionaran un leve rasguño.

Otras veces hacia colocar sillas en los puntos espuestos de la trinchera, i allí sentado descuidadamente, rodeado de compañeros i amigos escuchaba con el mejor humor del mundo á un famoso payador del batallon 40 ⁽³⁹⁾, que entonaba con doliente eco aires nacionales—anatemas contra el traidor Estigarribia—episodios de la guerra en muchos de los cuales figuraba él mismo como protagonista.

De entre sus convidados no todos eran militares, pues habian personas civiles importantes, que frecuentemente venian á visitarle del cuartel-jeneral; i acostumbraban tomar parte en esas fiestas al aire libre, sirviendo de blanco á los cañones brasileros.

Celebraba ruidosamente cuando alguna de las bombas, que pasaban próximas á la concurrencia, recibia el *saludo* involuntario i obligado de sus visitantes — circunstancia que provocaba en coro estrepitosas carcajadas. Solia entonces burlarse Diaz, de la puerilidad de temerlas, porque decia eran inofensivas; que en cuanto á él, nunca habia conseguido tenerlas, siquiera al al-

(39) Tomás Carapeguá,

cance de la mano, para poder encender su cigarro en sus opacas i mal prendidas mechas.

* * *

El 26 de enero del 67, á las nueve de la mañana, se embarcó acompañado del teniente Alvarez i otros de sus ayudantes en una canoa de tabla, dirijiendose á pescar en el Rio Paraguai, á cierta distancia de las baterías i bastante inmediato á la escuadra, que estaba bombardeando á Curupaytí.

Casi en el instante de fondear, i mientras se disponia á largar las liñadas al agua, le dispararon de uno de los acorazados próximos una bomba de ciento cincuenta.

El pesado proyectil picó á treinta metros adelante de la embarcacion, i explotó de rebote sobre la canoa misma, á la que dejó sumerjida; hiriendo gravemente á dos de los oficiales ayudantes, i arrojando á Diaz con un muslo destrozado en medio de la corriente.

El sarjento José ⁽⁴⁰⁾, que gobernaba la canoa

(40) El sarjento José de sobrenombre *Cuti*, pertenecia á la indijena raza payaguá, i habia recibido el agua del bautismo bajo los auspicios del jeneral Diaz, que fué su padrino de pila i le dió

i habia salido ileso, se largó tal como se encontraba vestido de uniforme i ceñido el sable tras de su jeneral, á quien lo levantó del agua i lo llevó rápidamente á la costa i de ahí sobre la barranca.

En seguida fué transportado á su tienda, de donde escribió de su propia letra un telegrama al mariscal, diciendole—que un accidente imprevisto le habia ocasionado una herida, que si bien no reputaba de gravedad, tal vez llegara á privarle del uso de una de las piernas; que no obstante mantenía la firme confianza en su pronto restablecimiento, para poder continuar desempeñando sus caras obligaciones.

Lopez mandó inmediatamente al doctor Skinner, el mejor cirujano del país, para que le reconociera i practicara, en último caso, la amputación con el cuidado i las precauciones necesarias.

La pierna derecha con mas de la mitad del muslo estaban casi separados del cuerpo; así fué que la operación se hizo indispensable.

su nombre. Era valiente, leal, humilde i sumiso como todos los de su tribu, i profesaba gran cariño por su protector, el cual le dispensaba su confianza.

De estos mansos i abnegados indios, Lopez sacó excelentes soldados, sobre todo en el arma de la artillería; i tenían la ventaja sobre los paraguayos, de que no existe ejemplo, se hubiese producido en sus filas una sola defección, un solo pasado al enemigo. Sufrían pacientemente las privaciones i miserias inimaginables, i morían abandonados, cargados de heridas sin dejar escapar una queja.

Skinner sin pérdida de momento, ayudado de otros cirujanos procedió á la amputacion. Al interrogarle si no aceptaria el cloroformo, Diaz le interrumpió desdeñosamente, diciéndole con voz entera, al mismo tiempo que le indicaba con el jesto la pierna mutilada: «Corte sin temor ni miramientos; lo que deseo es que termine pronto». Le hizo en seguida indicaciones sobre la manera de disecar la pierna separada, que él queria conservarla íntegra en su poder.

Hácia la tarde fué trasladado en carruaje por Mrs. Lynch personalmente al cuartel-jeneral en Paso-Pucú, donde fué alojado en los departamentos del jeneral Barrios. Allí estuvo atendido con esmero especial, á la vista del mariscal Lopez, que pasaba horas enteras á la cabecera de su cama.

* * *

Llegamos fatalmente al sangriento desenlace, que dió por resultado la estincion de vida tan preciada como irremplazable.

Lamentable i trájico accidente! que llenó de estremecimiento á la esforzada nacion, harto per-

seguida por dolorosas pesadumbres, cuyos destinos futuros dejaba flotantes entre las angustias de la incertidumbre i el luto perdurable.

El jeneral Diaz era el adalid, que por fervorosa i simpática intuicion reunia en su persona los venturosos dias de la República i del pueblo paraguayo, que le acompañaba en todos los instantes con sus votos, su fé i sus esperanzas.

La cruel certidumbre de su prematura muerte en el vigor de su juventud, apenas en los pródromos de la realizacion de sus gloriosos proyectos, nos trae á la memoria los sentidos versos de los *Tristes* de Ovidio:

*Si licet exemplis in parvo grandibus uti
Hæc facies Troiæ, cum caperetur, erat*

I, ante la emocion que embarga nuestro espíritu, al trazar estas líneas veintiseis años despues del penoso suceso, invocamos el derecho consagrado por el poeta latino en testimonio de la sinceridad de su duelo al recibir el rescripto del César, que lo condenaba á eterno ostracismo.

No nos proponemos revivir los lineamientos de una comparacion apropiada; sino, sencillamente rememorar aquel singular acontecimiento, que en edad remota, gravitó sobre el mundo interesándolo poderosamente; de la misma manera

que ha sido llorado el héroe paraguayo, dentro de los estrechos límites de su patria adorada.

Vamos á trasportarnos por algunos minutos á los hoy desiertos valles del extremo Oriente, en otrora el centro de actividad de todas las razas, para presenciar el mas estupendo drama humano que haya en los siglos apasionado á los hombres.

El tiene lugar en medio de los esplendores de ciudad inmensa—vuelta á la hejemonia de la vida política como capital del orbe, por la omnipotencia de jenio exelso—asentada sobre ruinas de mil teogonías muertas i los dispersos tronos de cien jeneraciones de emperadores i reyes, con palacios de pensiles colgantes que alimentaban arboles seculares; i en cuyos silenciosos i vastos salones estaban guardados los tesoros del arte conocido, que remontaban á la noche de los tiempos, por colosales toros alados.

* * *

Nos hallamos en la olimpiada ciento catorce, durante el arcontado ateniense de Hegesías, segun la efeméridografia helénica.

Mientras el conquistador del Asia esperaba la terminacion de los trirremes mandados construir, para dirigirse á Tápsaca, i de alli bajar el Eufrates hasta el golfo Pérsico, terminar el deslinde de la via marítima entre las desembocaduras del Indo i el Nilo—dar la vuelta á la Arabia, costear la Etiopía, la Libia, la Numidia i el Monte Atlas—pasar por las columnas de Hércules, penetrar á Gades i volver al Mediterraneo: emprendia grandes obras en el lago Palacopas, empleando diez mil obreros por espacio de tres meses, con objeto de dar aplicacion útil á sus aguas.

Navegando una tarde cerca del sitio donde se hallaban las tumbas de los antiguos reyes asiáticos, el viento le arrebató la cáusia i su diadema, yendo esta á dar entre los matorrales que crecian al rededor de los sepulcros.

Uno de los guardias se arrojó prontamente á la laguna, la recojió á nado, regresó al bajel real i la colocó nuevamente sobre la cabeza del soberano. El hecho fué juzgado por los sacerdotes caldeos de fúnebre presajio; i se resolvió la ejecucion del soldado.

Dias despues, recibió aviso de que en Babilonia le esperaban embajadores de los estados mas apartados de la tierra, entre ellos los representantes de Grecia, que venian á depositar coronas

de oro á sus plantas, i á tributarle honores divinos.

Alejandro volvió á entrar en la populosa ciudad, i celebró en ella las cortes jenerales del universo.

Durante esas épicas circunstancias se le declaró una fiebre maligna, que tuvo su oríjen en los excesos de prolongado banquete.

El mal, al que en un principio no se atribuyó importancia, se acentuó de manera alarmante i rápida.

Alejandro indiferente ante la muerte, que se acercaba inexorable: encontraba consoladora distraccion en el relato del almirante Nearco, que sentado á su lado, le referia sus recientes viajes por los mares de la India.

Aun, mui avanzada la enfermedad, no descansaba, ni descuidaba la administracion del poderoso imperio.

Se hacia conducir en litera á ofrecer los sacrificios de costumbre; convocaba á sus ministros, i les ordenaba tener lo necesario á la espedicion naval; disponia los detalles é indicaba el itinerario.

Hácia el sétimo dia, ya en gravísimo estado, se escucharon inusitados gritos i lamentos prorumpidos al exterior del palacio por el ejército macedónico, que exijia desesperadamente ver

á su jeneral i rei, cuya muerte suponía le era ocultada.

Alejandro haciendo enérgico esfuerzo, se incorporó sobre el lecho i mandó abrir la gran portada del alcázar, quedando á la vista de sus fieles i queridos soldados, que desfilaron cabizbajos i abatidos por delante de él. I, como le fuese ya difícil articular palabra, se concretó á saludarlos afectuosamente con la mirada i las manos, manteniéndose en esa posición todo el tiempo de la revista.

Cuando se hubieron cerrado las puertas, i se dejó caer sobre los almohadones, quedó anonadado i sin aliento, á consecuencia de la violenta postura sostenida tan largo rato.

La fiebre llegó á sus últimos límites, desapareciendo toda esperanza de salvación.

Corrió anticipadamente la noticia de su fallecimiento, i las habitaciones inmediatas se llenaron de sus jenerales, que enjugaban entristecidos inconsolables lágrimas.

El undécimo día se irguió de improviso, consiguiendo sentarse en el lecho. Serenó el semblante, que se había contraído algunos momentos bajo el peso de sufrimientos atroces. Su portentosa voluntad se sobrepuso á los terribles padecimientos físicos. Los rigores imponderables de una fiebre abrasadora i perniciosa fueron im-

tentes á quebrantar su sereno i alto juicio. Un silencio imponente dominó el escenario: el gran capitán, el héroe olímpico, cuyas hazañas prodigiosas no serian superadas por ningun jeneral ni conquistador posteriores, va á hablar por última vez.

Arrancóse del dedo el anillo de la autoridad suprema. Cincuenta brazos se estendieron para recogerlo; pero él paralizó todas las ambiciones, esclamando al dejarlo caer en manos de Pérdicas: «Al mas digno».

Este le interrogó:—cuando querria se le hicieran honores divinos—«Cuando seais felices», contestó, cerrando los ojos para siempre.

Profunda i sabia respuesta—cuando seais felices!—es decir, nunca.

Las falanjes macedónicas invadieron la sala del consejo, haciendo resonar sus quejidos i gritos de dolor á la vista del trono vacío, donde estaban depositados la corona, el manto real i la armadura del conquistador.

«¿Quién podria imaginarse que el dios sucumbiria tan pronto en la fuerza de la edad i las concepciones?»

« Su muerte hizo enmudecer al mundo de estupor».

* * *

El jeneral Diaz vió agitarse por varios dias el espectro de la muerte, ya alejándose engañosamente, ó precipitándose en busca de su presa, con tranquila i fria indiferencia. Nadie conocia mejor que él mismo lo irreparable de su mal; á pesar del silencio que guardaba ante los comentarios i diagnósticos de médicos i personajes, que se renovaban á su rededor.

Se sucedieron dos semanas de expectativa entre la esperanza i la duda; estinguiéndose lentamente con su entero conocimiento.

El siete de febrero de 1867, á las dos post-meridum, pidió le dejaran solo. Dióse vuelta hácia el sarjento Cutí, que no se habia separado de su lado desde el dia de la funesta herida, i le ordenó le cambiase la ropa, i le pusiera su traje de jeneral.

El fiel asistente procedió á una ablucion prolija con agua tibia aromatizada; vistiéndolo en seguida esmeradamente.

Diaz le dió instrucciones que debia cumplir despues de su muerte. Le reiteró especialmente no olvidase colocarle, antes de ser depositado en el ataud, la pierna amputada, que convenientemente embalsamada estaba dentro de un cajoncito de palo santo trabajado expofeso, sobre una mesa del cuarto ⁽⁴¹⁾.

(41) Hizo encargo terminante que una vez muerto se le volviese á colocar á su cuerpo, tal como la habia llevado antes de ser herido—calzada de botas—para ser depositado con las dos piernas en el cajon fúnebre.

Como Ignacio de Loyola fué estremo en el cuidado exterior de su persona; i como César necesitó disponer de sus últimos instantes, á fin de presentar su cadáver con altiva apostura á la doliente despedida de sus invictos batallones.

A las cuatro de la tarde mandó prevenir al mariscal-presidente que deseaba hablar con él. Lopez se presentó inmediatamente, i quedó sorprendido al encontrarle en traje de gala, recostado contra la cabecera de la cama.

— « ¿Se siente mejor? » le dijo aproximándosele.

— « Por el contrario, Señor, contestó Diaz, me siento morir; i he querido despedirme de V. E. en estos pocos momentos de vida que me quedan. »

Diaz volvió á tomar la palabra.

— « Esta espada, señor, continuó mostrándole la de él, que mantenía en la mano el sarjento Cutí, es la prenda que mas estimé en mi vida— regalo de V. E. despues de la batalla de Corrales—i que la he llevado el 2 i 24 de mayo, en Sauce i Curupaitic; tiene instrucciones José, para que terminado mi entierro, entregue á manos de V. E., como homenaje á la sincera i leal amistad que le he profesado ».

Lopez le interrogó si tenia algun encargo que hacerle.

— «Nada, Señor, todo lo he sacrificado á la patria, prosiguió Diaz, consagrándome en absoluto al servicio de V. E. ⁽⁴²⁾. Por lo demas, he vivido siempre como hombre de bien, i no tengo de que acusarme ante mi conciencia; si siento morir, es solamente porque dejo á V. E. frente á poderosos enemigos—pudiendo aun serle útil » ⁽⁴³⁾.

Transcurrieron veinte minutos—El mariscal Lopez queriendo todavía buscar algun indicio engañoso que desmintiera los presentimientos que le dominaban, fijó la vista sobre su pálido semblante; i observó desconcertado, que de aquellas pupilas tan llenas de animacion é injeniería, ya no manaban sino lánguidos i apagados rayos impregnados de vaporosa i opaca niebla.

(42) El jeneral Diaz siendo capitán i jefe de policía de la capital visitaba á una distinguida señorita argentina, con quien pensaba unirse en casamiento. En esas circunstancias tuvo lugar la ruptura de relaciones internacionales con el Imperio del Brasil; i constándole á él que la guerra con la República Argentina era tambien inevitable, aplazó su enlace, retirándose de la casa de su novia.

Entre las consideraciones que determinaron su resolución estaba la de poder consagrarse por completo i sin ninguna clase de reatos al servicio de su país,—i la de no estrechar vinculos indisolubles con una niña, á cuya patria iba á declarar guerra á muerte.

Diaz era uno de esos hombres, para quienes la mágica palabra patria primaba sobre todo otro asunto ó conveniencia humana. Ante sus altos intereses desaparecían el mundo, sus leyes i la vida.

(43) Apuntes íntimos de Mrs. Lynch.

Pasó por su imaginacion la desastrosa muerte del duque de Frioul, gran mariscal del palacio del Emperador i de su particular aprecio, ocurrida á raiz de la victoria de Bautzen en Maquersdorf; á quien queriendo immortalizar Napoleon, mandó conducir sus restos á Paris i celebrarles en la iglesia de los Inválidos reijos funerales.

Acaso reconstituia en su memoria el luctuoso episodio de Duroc, segun los partes de «El Monitor» frances que los sabia de memoria, cuando el jeneral Diaz dirijiéndole intensa mirada, le estiró la mano derecha que Lopez estrechó largo rato—constatando en fujitivo i leve estremecimiento, seguido de fria crispacion en los dedos, la fatal muerte del malogrado servidor i amigo.

El obispo diocesano Palacios, que entraba en esas circunstancias, se apresuró á darle la bendicion episcopal; i oró angustiado cerca del lecho.

José, el humilde ordenanza, escuálido i sombrío como aparicion de ultra-tumba, tendió la espada envainada al costado izquierdo del cuerpo de su jeneral, poniéndole la mano sobre la empuñadura; levantó el brazo derecho que dobló suavemente á la altura del pecho; tomó la caja con la pierna tronchada i la colocó junto á la cama.

El mariscal abstraído por la emocion, perma-

neció aun contemplando fijamente el cuerpo inanimado de su favorito, que salvo la palidez transparente de su fisonomía, parecía dormir tranquilo sueño.

Si Lopez hubiese sido hombre de verter lágrimas en presencia de los padecimientos humanos, la hubiera seguramente derramado sobre la tumba del general Diaz; mas él había nacido á prueba de este género de sensibilidades, que en su concepto no pasaba de reprochable debilidad, indigno de un espíritu fuerte. No la tuvo para la muerte de su propio padre, ni las aflicciones i sollozos de sus hermanas, ni ante la sentencia capital de sus hermanos i cuñados, ni la desesperacion de la que le dió el ser, ni el esterminio de la patria, ni el sacrificio de sus hijos. Su corazon desafiaba en insensible dureza al temple del pulido diamante.

El vencedor de Curupaitic murió de inanicion á consecuencia del esceso de hemorragia producido por la ruptura de la arteria femoral, al recibir la herida en el muslo, i la irremediable demora que precedió á la amputacion.

Su intencion íntima fué despedirse del ejército —con el que tan heróicas tradiciones le vinculaban— desfilando este por delante de él, en su catre de campaña en la apostura que habia escogido moribundo.

El presidente Lopez contrarió esta póstuma voluntad, pretendiendo acaso ocultar la muerte del prestigioso guerrero ⁽⁴⁴⁾. A las dos de la mañana se trajo un solido cajon de cedro con otro interior de plomo; i se trasportó el cadáver á hombro á Humaitá, escoltado por una guardia del batallon 40°. Allí penetró entre hachones encendidos, envuelto en la bandera nacional, con las armas á la funerala i al compas de enlutado tambor; depositándose en la hermosa iglesia (destinada á ser demolida por las bombas brasileras) donde fué velado, mientras llegaba el «Olimpo», i se arreglaba á bordo una capilla ardiente.

Partió el vapor el dia siguiente, con la bandera á media asta, llevando en la comitiva á varios jefes i oficiales, que formaban parte de la guardia de honor.

En la mañana del 10 de febrero fondeó en el puerto de la Asuncion, que estaba cubierto de apiñado jentío. La poblacion en masa de la capital i los distritos inmediatos, avisados por el telégrafo, esperaba desde mui temprano la llegada de los restos del glorioso caudillo.

(44) En el ejército de Lopez nadie comunicaba (sin escepcion de persona), ni osaba interrogar al amigo de mayor confianza respecto á lo que ocurría en el campamento. Solo así se explica que acontecimientos de importancia no se hicieran públicos i, sobre todo, no llegaron á noticia del enemigo, sino mucho tiempo despues.

Cerca de las tres de la tarde fueron desembarcados en medio de los sollozos de la conternada muchedumbre, colocándose en soberbia carroza fúnebre—tirada por cinco troncos de escojidos caballos negros, conducidos de las bridas por oficiales vestidos de gala—rodeada de inmenso pueblo, i lo mas selecto i distinguido de la alta sociedad ⁽⁴⁵⁾.

El batallon 47° de línea, un rejimiento de caballería i otro de artillería les discernieron los honores de ordenanza.

Una vez en el cementerio de la Recoleta se abrió el cajon, á objeto de la autentificacion i entrega del cadáver, por parte de la comision encargada de su custodia á las autoridades de la Asuncion, representadas por el mayor de plaza, ministro de gobierno i vice-presidente de la República ⁽⁴⁶⁾. Muchas matronas se despojaron en este acto de sus joyas de valor i depositaron dentro del féretro—el cual cerrado definitivamente

(45) Fueron los mas grandes é imponentes funerales que se hayan celebrado en el país, superiores á los del dictador Francia i los del presidente Cárlos Antonio Lopez.

(46) Formaba parte de la comision que venia de Paso-Pucú el alférez primero del rejimiento nº 10 Eduardo Vera, muerto como un valiente el 18 de Octubre de 1891—durante el asalto i toma de los cuarteles de la Asuncion por los revolucionarios.

—ocupó su sitio en el panteon que le fué erijido por la Nacion ⁽⁴⁷⁾.

* * *

La atrevida grandiosidad de los pensamientos del jeneral Diaz sobrevivió cierto tiempo en el corazon de sus antiguos tenientes; así vemos que los coroneles Valois Rivarola, Montiel i Caballero consiguen llevar á cabo, ese mismo año, la famosa sorpresa del 3 de noviembre á Tuyutí. No obstante—la falta de su presencia i disposicio-

(47) A mediados del año 1869 visitamos el cementerio de la Recoleta, i quedamos pasmados ante el repugnante espectáculo que presentaba aquel recinto. Los aliados vencedores del Paraguai, habian estendido el ignominioso saqueo de la ciudad de la Asuncion hasta el valle santo, donde descansan los muertos; demoliendo los nichos, deshaciendo los ataúdes i cajones fúnebres, violando los cadáveres, en busca de alhajas. El único sepulcro que al parecer habia sido respetado era el del jeneral Diaz, cuyo obelisco ostentando, armaduras i cascos romanos, emblemas del poder i la victoria, se alzaba amenazador en medio de amontonamientos de esqueletos humanos, cráneos hollados i deshechos, costillas i tibias rotas arrojadas por doquier, mezclados con pedazos de tablas, jirones de paño negro, coronas sucias, cascoses i basura.

Posteriormente sin embargo, ese mismo mausoleo respetado por los imperialistas, fué mancillado por el gobierno de Cándido Bareiro, que lo hizo abrir, i depositar al lado de los restos del jeneral, los del sicofanta Francisco Lino Cabriza.

nes en esta accion es notoria, por las sombras que empañaron el brillante éxito de la jornada.

Diaz poseia la autoridad para corregir ó variar una órden equívoca del mariscal Lopez. Hubiese él evitado que sus soldados fueran ultimados vergonzosamente sobre las barricas de azúcar en las tiendas i almacenes de los vivanderos; porque no habria permitido la dispersion de sus filas, para entregarse al saqueo vil. Por otra parte—hubiera revestido de importancia á la empresa, llevando mayor número de fuerzas, é imprimiéndole el carácter de estrategia de que carecia; realizándola bajo un plan militar fecundo en resultados.

Es evidente que con la desaparicion del ínclito soldado la guerra se achicó, se oscureció, decayó i perdió bajo su punto de mira científico lo que tenia de serio i respetable. Ya no le acompañaron á Lopez sino entidades sujetivas, valientes si se quiere personalmente; pero suficientemente ignorantes i sin iniciativa, que nunca debieron pasar de su papel meramente secundario i físico. ⁽⁴⁸⁾

Si el jeneral Diaz llega á mandar los combates de Itororó i Avaic (que probablemente no tenían

(48) No incluimos entre estos al distinguido jeneral Briguez ni al inteligente coronel Alen, quienes poco tiempo despues de la muerte de Diaz cayeron en desgracia i fueron fusilados.

lugar) ⁽⁴⁹⁾ hubiera desplegado recursos i medios defensivos no conocidos, ni empleados por otro. Entonces la lucha continuara en sus proporciones gigantescas; i la Europa cuya atencion pendia de la gran contienda Sud-Americana, habria tenido ocasion de enriquecer su repertorio técnico del arte de la guerra.

El mariscal Lopez era el único, que por la omnipotencia de su nombre i sus mismos conocimientos militares, pudo suplir la presencia de Diaz frente al enemigo; pero desgraciadamente él, que pretendia rastrear las luminosas huellas de Napoleon, de quien conocia la vida en detalle, no llegó jamás á aprender las tres altas cualidades del capitán del siglo: mandar personalmente las batallas, ofrecer la paz al vencido despues de las victorias, i abdicar el mando supremo, siempre que los vitales intereses de la patria lo exijiesen.

De donde vino á resultar que en las postrimerías de la existencia política dictatorial, le tocó mandar i perder Itororó i Avaic á la *sombra* del jeneral Diaz, es decir: á Bernardino Caballero, el jeneral de las eternas derrotas! El talento de este curioso personaje, consistia en colocarse á prudente distancia del lugar de la pelea; i per-

(49) No hemos dicho la última palabra sobre el jeneral Diaz. En otra oportunidad espondrémos cual ha sido su verdadero plan de defensa del territorio paraguayo.

manecer mudo é impasible hasta que haya perecido el último de sus soldados, para librar su salvacion á la ajilidad de su caballo. ⁽⁵⁰⁾

En las cajas de José E. Diaz se encontraron segun el acta-inventario levantado con motivo de su muerte: cinco piezas fraccionarias de oro, diez i siete pesos papel moneda, algunas mudas de ropa blanca, dos trajes usados de cachemir i tres frascos de extracto, que constituian todo su haber testamentario, pues carecia de bien alguno de fortuna.

Tales fueron los hombres de esa jeneracion que consagraban su vida entera al servicio de su país —vivan por la patria i para la patria—alentados por los esplendorosos dias de su prosperidad i

(50) El jeneral Escobar, entonces teniente-coronel i ayudante de campo del mariscal, nos ha referido que el jeneral Caballero en el combate de Avaic, despues que hizo matar toda su jente esterilmente, le lloró á lágrima viva—no por la derrota sufrida, ni el sacrificio consumado—sino por el temor de que informado Lopez por él, desaprobara su reprochable conducta. I nos agregaba: «*A mi me debe la vida*, pues gracias á mi compañero el teniente Molas, que se interesó i pidió por aquel hombre (Caballero) que á costa de tan cruel mesquindad queria conservar su existencia, yo lo salvé con mi silencio».

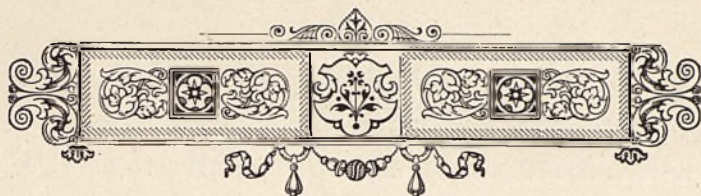
Aunque, el doctor Guillermo Stewart—médico i persona que vivia en la intimidad del mariscal Lopez—nos ha dicho, á su vez, del ayudante Escobar que *casi nunca podia trasmistir* los partes á causa de su estremada ignorancia i no saber esplicarse, ni hablar ningun idioma, inclusive el guarani. Que constando esto á Lopez, no lo ocupaba casi nunca, hasta los últimos tiempos, cuando ya no lo quedaron oficiales.

grandeza, muriendo sobre los campos de batalla en defensa de la integridad territorial de su suelo, sin tener dos sueldos que legar á sus familias; i cuya raza se estinguió con el último tiro de cañon en los desiertos campos de Aquidaban.

Buenos Aires, Enero 31 de 1893.







LOPEZ I MITRE

CONFERENCIA DE YATAITIC-CORÁ

PARALELO



Sobre las movibles sábanas de los esteros de Ñembucú levantan altivos sus penachos de fuego, por sobre bosques de aromas i palmeras, los vivacs de los ejércitos belijerantes que en duelo mortal, mudos i amenazadores—se aprestan, se observan, se estrechan i se miden—arrojándose reciprocamente retos de muerte.

Ambos valientes é incontrastables, i por su fuerza numérica los mas poderosos, que la América haya visto desfilar en contienda internacional. Son las huestes aguerridas de tres naciones aliadas frente á las lejiones nunca rendidas

del Paraguai, mandadas respectivamente por el mariscal-dictador Francisco Solano Lopez i el jeneralísimo presidente argentino Bartolomé Mitre, empeñados en una lucha de gigantes!

El cañon truena de dia i de noche, balas de ciento cincuenta se cruzan sin cesar á todas direcciones—en doce horas se desploman cuatro mil bombas sobre el campamento paraguayo—el cielo de noche aparece incendiado por la trayectoria ardiente de los proyectiles; el ejército aliado es sorprendido en sus vanguardias, arrebatados sus depósitos; saqueadas sus tiendas i asaltados sus reductos—simples chatas de madera artilladas de un solo cañon, se baten dias enteros con toda la escuadra brasilera—los acorazados son abordados en canoas de junco por hombres armados á sable; el suelo se estremece i el horizonte se ilumina á diez i quince leguas de perímetro con la esplosion de torpedos de mil quinientas libras de pólvora—batallas sangrientas i terribles, en que mueren muchos miles de hombres, se suceden—soldados mutilados i cubiertos de heridas se arrastran por entre los fangales, despues de tres i cinco dias de atroces padecimientos, para volver á sus campos; en fin, los hechos de armas inauditos, proezas inverosímiles, actos de heroicidad singular constituyen el estado normal de la tremenda lid.

Cuando dos décadas mas tarde, la nueva generación consigne en las páginas de la historia lo que niños recojieron sobre las rodillas de sus abuelos en las veladas íntimas del hogar, entonces un sentimiento de respeto profundo i admiracion nos hará poner de pié, para rendir cumplido homenaje á la memoria de los ilustres bravos, que tomaron parte en la gran guerra; i cuyos hechos prodijiosos eclipsaron por siempre las hazañas clásicas de las dos Troyas.

* * *

El mariscal Lopez, mas preocupado que de ordinario, se pasea á largos pasos al pié de estenso naranjal en su cuartel jeneral de Paso-Pucú.

Varias filas de ayudantes de campo, parados é inmóviles como estatuas inanimadas, no permiten que nadie se aproxime á cincuenta metros de distancia.

Por un esfuerzo de voluntad se habia sustraído, durante algunos momentos á la existencia de vértigo, de ficciones i engaños falaces, en que una corte viciada de aduladores sin corazon le hacia

ver los acontecimientos al través de espejismos fantasmagóricos, que lo alejaban del punto de mira de la verdad, de donde tan solo pudiera medir la terrible pendiente de su situación, en su faz positiva i real.

Un presentimiento lúgubre trabajaba su espíritu, logrando así la acción de armas del 3 de setiembre de los aliados, lo que la pérdida de sus doce mil veteranos en manos de Estigarribia i el mayor Duarte, la desaparición de su escuadra en el combate naval del Riachuelo i la ruina casi total de su ejército en la batalla campal del 24 de mayo, no habían conseguido: iluminar con un rayo de reflexión su amortiguada conciencia.

Ciertamente—el asalto i toma de Curuzú por el valeroso barón de Porto-Alegre, fué el triunfo de mayor trascendencia, después del pasaje del Paraná, que los aliados hayan obtenido en aquella memorable campaña; i si el jeneral brasilero animado de mayor audacia hubiese proseguido adelante con las fuerzas que le quedaban, habría tomado al dictador por retaguardia, dominado todas sus fortificaciones, i abreviado en mucho sino terminado la guerra.

Lopez se dió exacta cuenta del peligro que corriera, i que siete dias mas tarde aun no habia desaparecido.

Ante tales circunstancias resolvió provocar

una conferencia con el jeneral en jefe del enemigo, á objeto de proponerle un arreglo.

Llegó á creer de buena fé en la posibilidad de la paz, continuando él en el gobierno de la República.

Pero, para el caso de que no fuera esto viable, acariciaba la idea de poder arribar en otras condiciones á un acuerdo con el presidente Mitre, á fin de que se retirara con el ejército argentino del teatro de la guerra, dando por rota de hecho la Triple-Alianza.

Esta solucion le halagaba intimamente; mas, si tampoco fuera viable, se conformaria con haber ganado unos dias de tregua, mientras se terminaban las fortificaciones de Curupaitic.



Despues de prolongada meditacion, detuvo Lopez su paseo; i llamó al entonces capitán Martinez, uno de sus ayudantes favoritos, á quien entregó un pliego cerrado, dirijido al jeneralísimo Bartolomé Mitre, que bajo parlamento de guerra debia llevar al campo de los aliados.

En la contestacion que no se hizo esperar le

decía al presidente paraguayo: «Que tenía el honor de aceptar la conferencia á que había sido invitado, fijandola para el diasiguiente nueve de la mañana en el paraje denominado Yataitíc-Corá, entre las guardias avanzadas de los dos ejércitos».

Lopez quedó bastante satisfecho, i estuvo esa noche expansivo i alegre, durante la comida, con los jenerales i jefes á quienes había invitado á su mesa, para anunciarles la próxima entrevista.

Les refirió, entre otras cosas, la desastrosa campaña de Creso en la Parthia. Su habitual elocuencia revistió de prestigio—dió relieve i vida á su relato—con pasajes interesantes i patéticos que llenaron de admiracion á su auditorio; pero al llegar á la trájica muerte del célebre triunviro en la conferencia con Surena, una lijera sombra nubló su límpida frente, que disimuló agregando con viveza: «Es verdad que el jeneral romano nunca hubiera perecido, si sus propios soldados no lo entregaban á manos de los partos ⁽¹⁾.



(1) Apuntes íntimos de Mrs. Linch.

El 12 de setiembre de 1866 á las siete de la mañana el presidente Lopez subió en su carruaje para dirijirse á la cita, acompañado de veinticinco hombres de caballería de su escolta i un numeroso estado mayor de jefes i oficiales.

En el Paso-Gomez montó su caballo blanco de batalla—que le recordaba constantemente aquel otro caballo blanco—que recorrió mas territorio que los de César i Carlo magno, bebió las aguas del Tajo, del Nilo i del Niémen, pastó en los valles misticos del Jordan, i descansó á la sombra de las pirámides faraónicas; que habia sentido bajo sus cascos en las cuadras del Kremlin los estremecimientos mortales de la poderosa Rusia i de la Europa esclavizada, i acompañado posteriormente al hombre armipotente, que gobernara sus bridas, sobre la árida roca estraviada entre las olas del océano.

Tenia tan profundamente Lopez arraigado en sí el hábito de mando absoluto que al trasponer la línea divisoria de sus dominios, se sintió sofocado, i detuvo su corcel.

Tomó el anteojo i dirijió la vista hácia el sureste; i solo se repuso, continuando la marcha, cuando hubo percibido el brillo de los rayos solares sobre el bruñido cañon de los fusiles de los rifles, acostados entre el pastizal á dos kiló-

metros de allí, prontos á obedecer la consigna recibida.

En efecto—mil soldados entresacados del cuerpo selecto del ejército i provistos de cien tiros cada uno, á media noche habian sido colocados sijilosamente en lugar estratéjico, próximo al sitio donde tendria lugar la entrevista, con la órden de proceder á una señal convenida.

Estos mil hombres eran mui capaces de producir cualquier milagro, estando como estaban impacientes i ansiosos por percibir la consigna, i despedazarse en presencia del mariscal Lopez, el ídolo adorado i respetado como un Dios.

La persona del jeneral Mitre, pues, estuvo durante cinco horas completamente á merced del dictador-presidente.

A sesenta pasos de distancia ambas comitivas hicieron alto, avanzando solos los dos jenerales, que al encontrarse echaron pié á tierra, i se estrecharon cordialmente la mano.

* * *

Despues de algunas presentaciones de órden el jeneralísimo Mitre hizo llamar al goberna-

dor uruguayo, quien concurrió inmediatamente —recibiendo de parte de Lopez la acusacion de haber aceptado el concurso del extranjero, á objeto de invadir el territorio de su patria i derrocar el gobierno legal—i que, siendo en consecuencia ese hecho la causa orijinaria de la guerra i de la Triple Alianza, él era el responsable de la sangre derramada i de la que aun podia correr.

El jeneral Flores no se sintió con caudal para abocar la discusion i se retiró en seguida

El mariscal Lopez fijó su atencion en un destacamento argentino, que hacia ejercicios militares no lejos de allí; discurrendo en su foro interno que el *caudillo porteño* tambien se habia tomado sus precauciones, bajo esa forma indirecta.

Mitre lo notó—i le dijo que el jefe que evolucionaba aquel batallon era un antiguo conocido: el sarjento-mayor Lucio V. Mansilla.

Lopez, que profesaba alto aprecio por su padre, el héroe del célebre combate de Obligado, manifestó deseos de verlo; i se dió orden de que se le llamara.

Fué recibido afectuosamente—conversando durante un cuarto de hora, indistintamente, en frances, inglés i español—i despidiéndose con frases de afectuosa civilidad.

Una vez solos, dieron comienzo á la conferencia, que versó principalmente sobre los puntos que el mariscal Lopez llevaba anotados.

Jamas la providencia habia aproximado dos destinos menos armónicos, dos caracteres mas en pugna—de educacion, tendencias, doctrinas, sentimientos i costumbres diametralmente opuestos—en momentos tan cruelmente solemnes, para departir sobre la vida ó la muerte de una república americana.

* * *

El jeneral Mitre, salido de las filas del pueblo, sin herencia de renombre ni proteccion estraña, labró su pedestal lentamente, venciendo con abnegacion contrariedades i obstáculos—esponiendo su vida á cada instante—por laborioso i esclusivo esfuerzo propio.

Le cupo épocas aciagas, de dura prueba para la república, i él sin fluctuaciones, dedicó el contingente de su persona i servicios á la causa del derecho i la justicia.

Mui jóven, sentó plaza dentro de los muros de Montevideo—en el famoso sitio—baluarte

entonces de las libertades públicas del Rio de la Plata. Allí se hizo conocer por su bravura i pericia en el arma de artillería; i recibió sus primeros grados militares sobre los campos de batalla, peleando dia á dia i hora por hora al lado de héroes como Garibaldi, el jeneral Paz, Pacheco i Obes, Florencio Varela, Andrés Lamas, Agüero i otros esclarecidos patricios.

Posteriormente recorrió las repúblicas del Pacífico i el Alto-Perú; i siempre i doquier le reclamasen, puso jenerosamente su espada en defensa de las instituciones democráticas.

Mas tarde pasó á engrosar las filas de los emigrados argentinos en Chile: Sarmiento, Alberdi, Vicente Fidel Lopez, Tejedor, Gomez, Frías... donde tomó á su cargo la redaccion de «El Mercurio» de Valparaiso, dejando sentada definitivamente su fama de escritor i periodista de primer orden.

En 1852 corrió á ocupar su puesto en la artillería oriental—tomó parte activa en la batalla de Monte Caseros contra el tirano Rosas—siendo elegido despues del triunfo diputado á la lejislatura de su provincia natal.

Treinta i un año contaba entonces el jeneral Mitre, é investia el empleo de teniente-coronel. De allí data la columna miliaria de que arranca el periodo brillante de su fecunda carrera; pues el

mismo año era nombrado comandante de las milicias de Buenos Aires, ministro de la guerra en el siguiente—prosiguiendo sin interrupcion hasta alcanzar los mas altos cargos públicos de su país.

Pero ¡cuánta lucha, cuánta perseverancia, cuántos sufrimientos i sacrificios anónimos! que serian tal vez—quien sabe por qué número de años—los únicos compañeros del proscrito i del soldado, en su vida errante por playas extranjeras, ó en las noches frias i lluviosas frente al enemigo; soportando pacientemente á nombre de un ideal acariciado, impuesto como deber ineludible, por el mas puro i noble patriotismo.



El mariscal Lopez no ha tenido que experimentar, ni necesitado conocer estas iniciaciones irritantes.

Mimado i adulado desde sus primeros años, criado en el mando i para el mando—á los diez i ocho años era jeneral de brigada i mandaba un ejército de siete mil hombres en 1846 á las superiores órdenes del jeneral Paz.

Investido el 53 con la plenipotencia extraordinaria ante las cortes europeas, recorrió acompañado de numeroso séquito, disponiendo de recursos ilimitados, las principales capitales del viejo mundo.

Paris fué la ciudad de su predileccion, porque satisfacía ámpliamente sus gustos é inclinaciones las espléndidas i aparatosas fiestas de la corte, que le dispensaba afectuosa acogida en los imperiales salones de las Tullerías.

Pasó una mañana dos horas bajo la cúpula dorada de los Inválidos, contemplando el pórvido granítico que cubre los restos de Napoleon el grande, cuyo sueño guardan sibilas aladas, entre las tumbas de Luis XIV, Vauban i Turena.

Allí, entregado á profunda meditacion, su ajitado espíritu creyó percibir choques de acero i el estruendo de los cañones—reviviendo batallas fabulosas ante nuevas delineaciones de vastos imperios con la espada del Capitan del siglo. Masticó planes de poderío i grandeza futuros, que su enferma imaginacion le hacia realizables, sobre el suelo libre de la América republicana.

* * *

El jeneral Mitre obtuvo el gobierno argentino por el sufragio espontáneo i unánime del pueblo, como lejítima compensacion á sus eminentes servicios á la patria—como prueba de reconocimiento de sus conciudadanos á sus altos méritos, elevados sentimientos i vasta preparacion en los negocios de estado—como manifestacion elocuente de la confianza de la nacion en su gran sentido moral i rectitud de juicios; su seriedad i nunca sospechada honorabilidad, sus virtudes públicas é ilustracion singular.

Lopez recojió el mando supremo por disposicion testamentaria en artículo de muerte de su padre Carlos Antonio, que habia ejercido el poder discrecional durante veinte años.

Era indudablemente él, la persona mas inteligente é ilustrada de la república, despues de Berges; pero el Paraguai, en esa época, carecia de centros de educacion superior i establecimientos universitarios—no poseia sino escuelas primarias i un seminario conciliar.

El país en masa yacia postrado en completa ignorancia; i solo puede prestarnos vaga idea de su inconcebible atraso, la circunstancia de no contar entre sus hijos: un abogado, un médico, un ingeniero, ni ningun hombre de ciencia con títulos universitarios.

La autoridad ejercida por el presidente Mi-

tre era restrictiva, controlada por las prescripciones de la constitucion; i habria sido mas fácil que el sol variase de carrera, ó la tierra dejara de recorrer su órbita elíptica—antes que él pensara siquiera—atentar contra el sistema institucional de su país.

Washington no ha dado á la democracia ejemplos mas elocuentes de civismo i honorabilidad republicana, en el lapso de su virtuosa vida pública, que los precedentes legados por Bartolomé Mitre á sus contemporaneos.

Los pueblos del Plata lo tienen reconocido i le rinden ardoroso culto; i es por eso que depositaron en sus manos los poderes de la guerra i de la paz, confiándole tres naciones poderosas sus destinos, i sus esperanzas.

El mariscal Lopez es un autócrata, que gobierna sin parlamento, corte de justicia ni tribunales, como el Czar de las Rusias ó el sultan de Turquía; pero todavía con mas poder, puesto que él nada tiene que temer de las conjuraciones secretas del serrallo, ni de sijilosos nihilistas, que no serian capaces en el pensamiento de conspirar contra su vida.

Reune en su persona todas las fuerzas vivas del Paraguai: su confianza ciega i su cariño sin limite; es dueño á placer de vidas i haciendas, de la fortuna pública i privada, del tesoro de la re-

pública i de los bienes de cada ciudadano, de las tierras del estado i de las propiedades particulares.

Los habitantes todos estan pendientes de sus labios, dispuestos á sacrificios sin nombre; i no desean sino penetrar su oculto pensamiento, para correr á la muerte, con la impávida i serena voluntad del estóico.



El jeneral Mitre ha levantado, como el inmortal romano, el templo de su gloria sobre el respeto inviolable á la lei—elevado por él á la categoria de un culto religioso—en donde todo buen repúblico i patriota sincero, debe buscar la única salvaguarda que garante permanentemente el derecho, la libertad i la justicia.

De allí, el secreto de su prestigio siempre creciente, el cariño inmenso i verdadero que le profesan sus compatriotas, la confianza absoluta que en él deposita el pueblo argentino, i el respeto profundo que le tributan la América i la Europa.

La autoridad de que está investido es tempo-

ral, por brevísimo plazo; mas él sin violentarse, con la sincera lealtad que ha recibido el baston del mando, devolverá, descendiendo simple ciudadano á confundirse con el pueblo.

En la direccion superior de los ejércitos de la alianza, sus poderes tambien estan espresamente definidos; i no podria proceder fuera de sus atribuciones, determinadas claramente i limitadas por la lei.

Los jefes i oficiales que le acompañan, son entidades perfectamente libres de accion i pensamiento; pueden hasta pedir sus bajas i retirarse de la guerra, no estando circunscritas sus responsabilidades morales, sino á los deberes individuales del militar de honor.

La reputacion, el prestigio i cariño del mariscal Lopez en la nacionalidad paraguaya, están vinculados al credo de tres jeneraciones, que se han sucedido hereditariamente en la sumision incondicional de sus mandatarios.

Sus poderes autocráticos fueron consagrados, há medio siglo, por la voluntad omnipotente del dictador Francia, i ni el pueblo, ni la nacion, ni Dios están antes que él. Nada tiene que ver con las convenciones humanas. Está arriba de los códigos mismos; su voluntad omnimoda, anunciada en forma de decretos, queda *ipso-facto* promulgada con valor i fuerza de lei.

El es todo poderoso--El sacerdote católico en los cuarenta templos esparcidos de un confín á otro de la república, hace resonar diariamente su nombre en el momento del sacrificio de la misa—á semejanza del sacerdote de Jupiter, que rogaba á los dioses del paganismo por la eternidad de los césares—pidiendo á la Divina providencia, gracias perdurables, honores, felicidad i prolongada i venturosa existencia.

Sus ejércitos guardaban marcada analogía con las leiones de Carlos XII de Suecia, que invadian los lindes propios i ajenos, sin invocar otras razones de guerra que las fuerzas de la bayoneta i su espíritu batallador; ó participaban del carácter de las de aquellos autoritarios sufetas púnicos—potentados irresponsables que castigaban á los prisioneros con la implacable servidumbre, i hacian espíar las menores faltas con mutilaciones cruentas i la muerte en la cruz.



El jeneral Mitre ha escrito la «Historia del jeneral Belgrano»—una de las glorias mas puras de la independencia—á quien tomó por modelo, i siguió sus huellas, llegando á alcanzarlo sino

superarlo. Su libro es de largo aliento, calcado sobre el metodo moderno de los grandes historiadores; i un monumento literario en las letras argentinas.

Tal vez, es el jeneral Mitre la primera personalidad americana de su tiempo, como hombre político i hombre de estado, como hombre equilibrado de alto juicio i privilegiado criterio, como hombre multiple en las aptitudes i ramos del saber humano; i como hombre que mas ha gobernado su vida, subordinando sus actos á los dictados de su razon, antes que á las impresiones pasajeras del corazon.

El lo es todo: orador, poeta, periodista, militar, matemático, guerrero, estratégico, eminente literato, historiador, político, bibliófilo, publicista, erudito, sabio, filósofo, profundo pensador.

Se podia sintetizar en tres personas la fundacion i organizacion de la República Argentina. En el jeneral San Martin, que con su espada victoriosa selló su independencia nacional—en Bernardino Rivadavia, que estatuyó su administracion pública—i en el jeneral Mitre que con su pensamiento i accion fundó su unidad dentro de la constitucion federal; i á cuyo amparo está llamado á desenvolver su grandioso destino.

El mariscal Lopez no tenia escrito ningun

libro, porque tampoco aspiraba á este jenero de gloria.

No carecia sin embargo de talento natural; i aunque su caudal de ilustracion era mas bien el resultado de sus viajes i el manejo cuotidiano de los negocios públicos — que de estudios serios i universitarios — tenia la preparacion necesaria para dictar facilmente, en los asuntos de la cancillería diplomática, á dos i tres escribientes á la vez.

Era un espíritu fuerte i severo, de apostura marcial i hermosa, maneras distinguidas i correctas, irresistible para ejercer influencia en su interlocutor ó auditorio; grave, intelijente i enérgico, de elocuencia oratoria, conversacion amena i persuasiva, palabra fácil i dominadora. Asi es que reunia condiciones descollantes que lo colocaban á la altura de las necesidades de su pais, que es lo que constituye el hombre de estado.

No le cupo la fortuna como al jeneral Mitre de ser el rejenerador de las instituciones de su patria, pudiendo tan facilmente haberlo sido; i en cuyo concepto i felices auspicios fué saluado por la nacion paraguaya su advenimiento al poder.

Aunque hombre civilizado i de cultura social, su educacion obedecia á otro órden de princi-

pios, que habia impreso en su conciencia i su carácter ideas que no respondian á las corrientes predominantes del siglo en que estaba llamado á actuar.

Los sentimientos de jenerosidad, lealtad i humanidad indispensables en el mandatario, tenian apenas repercusion en su corazon, lo que fatalmente debia viciar su sentido moral, que es el gran resorte de donde irradian los fallos de la equidad i la razon, reguladores del criterio de verdad para discernir en las cuestiones internacionales la justicia de una causa.

Lopez desconfiaba de la palabra empeñada, acordaba poca importancia á la fé pública, dificilmente comprendia el honor del caballero, i el menor respeto le merecia la lealtad militar; por eso nunca daba colocacion ú ocupacion á los extranjeros en suejército.

Mandaba los primeros soldados del mundo por su sobriedad, adhesion, obediencia, heroismo i valor; pero carecia de disciplina táctica, de oficiales i jefes técnicos. En la Asuncion sin embargo vivian los coroneles Telmo Lopez, Francisco Laguna i otros jefes de valer, sin que sus servicios hubieran sido aceptados, por que pertenecian á la nacionalidad argentina ú oriental.

Entre los presos que vejetaban miserablemente en los cepos de lazo del campamento, figuraba



el joven sarjento-mayor baron Von Versen, uno de los instructores i tácticos distinguidos del ejército prusiano; que mas tarde, escapado casualmente en Lomas Valentinias prisionero de los aliados, figuró en primera línea en la guerra franco-prusiana — siendo actualmente teniente-jeneral del imperio aleman i ayudante-mayor del emperador Guillermo II.

¿Cuál habria sido el desenlace de la guerra, si el presidente Lopez hubiera investido con el rango de jeneral al militar prusiano, i confiádole la organizacion i direccion de su ejército?

De detalles secundarios i al parecer insignificantes ha dependido muchas veces la suerte de los imperios.

Un día, sin saberse de donde, desembarca un desconocido en la costa de Africa, en el instante mismo que iba á sucumbir la opulenta patria de Anibal i Sofonisba. Aclamado inmediatamente jeneralísimo de los ejércitos de la república, libra contra los romanos la gran batalla de Tunez; los vence, toma prisionero al triunfante Régulo, i retarda un siglo la destruccion de Cartago.



El presidente argentino valiente i hábil jeneral, con la sencillez de Kosiouzko i la modestia de Sucre— con la pericia i el jenio militar del vencedor de Maipo—él personalmente manda los ejércitos de la alianza, se pone al frente de los batallones i de simples compañías, para penetrar en el fragor de la pelea; arriesgando su vida cien i cien veces, á fin de asegurar la victoria.

En el órden de la accion personal nada tenia que envidiar á Flores, Ozorio, ni Pallejas.

I este majistrado i soldado de títulos tan relevantes i méritos indisputables es, antes que todo, caballero, ciudadano i hombre de honor; i en las evoluciones vibrantes de su ajitada carrera política, ora en el pináculo de los cargos oficiales, ora en la vida privada, ha procedido siempre con cordura i prudencia sumas.

Sus órdenes como las penas i castigos, ajustadas á la ordenanza militar, no dejaban en sus subordinados odios ni rencores envenenados, porque jamas humillaba la dignidad en el hombre.

El mariscal Lopez carecia del valor guerrero de su terrible adversario — al menos no lo demostró—mas, poseia en alto grado el valor cívico i una enerjía incontrastable.

Es verdad que él, siendo el representante único de la tremenda causa que sostenia, mui bien tuviera que haber cuidado su persona de los peli-

gros de la guerra, i fuese esta la razon de que las fuerzas paraguayas no entraran en combate bajo sus inmediatas órdenes.

Efectivamente—el presidente Lopez que reunia en su persona todos los poderes é ideales de la nacion, i era el símbolo viviente del gobierno, el derecho, la justicia i la patria misma—desaparecido del teatro de los sucesos, todo quedaba terminado.

Tampoco estaba adornado con las virtudes exímias del jefe de los aliados; pero, como este, era un gran carácter i una voluntad poderosa.

Conocia profundamente á sus soldados i al pueblo que gobernaba; i era capaz de realizar con ellos actos de heroicidad sin ejemplo. Tenia hábitos de mando i el don de hacerse obedecer hasta la exajeracion.

Con una mirada comunicaba intelijencia, intrepidez, audacia, i hacia acreedor á honores, distinciones i dignidades á cualquier oscuro conscripto; á la vez que con un jesto hundia, de la cima al abismo, á sus mas prestigiosos i reputados jenerales.

Hace comparecer un dia á su presencia al teniente Elizardo Aquino, i le intima aprender la injeniería á fin de levantar i nivelar terraplenes i colocar rieles; i algunos meses despues, la loco-

motora recorria la via férrea trabajada por el improvisado ingeniero.

Mas tarde, siendo ya sarjento-mayor, recibe el encargo de trasladarse á las minas de hierro de Ibicuí á aprender balística, para fundir bombas i cañones rayados. Aquino vivió tiempos dentro de la incandescente atmósfera de las casamatas, durmiendo sin dejar su baston de la mano ⁽²⁾ — apenas dos ó tres horas de las veinticuatro que constituyen el dia natural—siendo los cañones enviados por él, de gran utilidad i los que mejores servicios prestaron á la guerra.

Posteriormente es llamado de nuevo, i se le comunica que S. E. el mariscal-presidente queria fuese un buen jeneral. Su grado de coronel lo conquistó sobre el campo de batalla; i el 16 de julio en el Boqueron peleando cuerpo á cuerpo á la par de sus soldados, fué herido gravemente—recibiendo su grado de jeneral tres dias antes de morir.

El 20 de julio de 1865 Lopez ordena á uno de sus jenerales irse á Corrientes; reducir á prision

(2) Al acostarse por algunos momentos sobre dura tabla, mantenía á guisa de balancin un baston en la mano; i al ruido que este producía al caer al suelo con el menor movimiento,—lanzábase inmediatamente sobre las hornallas incandescentes, donde de dia i noche hervían el bronce i el acero líquidos, sin acordarse ya del lecho improvisado, ni tener para nada en cuenta el sueño que le agobiaba.

Prodijios del mariscal Lopez!

al jefe superior de la Division del Sud, i remitirselo bajo segura custodia.

— «¿Qué fuerzas llevó, señor?» interrogó el enviado.

— «Uno ó dos de sus ayudantes, i la órden por escrito que Vd. le presentará,» contesto el mariscal alcanzándole una hoja de papel doblada i lacrada.

Cuando el comisionado se hubo guardado el misterioso pliego—que para él simbolizaba la trompeta maravillosa de la leyenda, que soplándola precipitaba sobre la tierra millares de divisiones i cuerpos de ejército armados de punta en blanco—sintió retemplado su espíritu, se irguió transfigurado; i no le cupo la menor duda de que seria obedecido. Corrió á bordo del vapor «Igu-rei», i levó anclas con direccion á su destino.

Horas despues, desembarcaba en el puerto del Empedrado, seguido de un oficial subalterno.

Al llegar á la tienda del jeneral en jefe, este se adelantó á recibirlo tendiéndole cariñosamente la mano. «Alto ahí, le dijo Barrios, rechazándolo con un ademan, yo no doi la mano á traidores: de órden suprema queda Vd. preso»; i le pasó el pliego cerrado.

El jeneral Robles lo abrió i leyó tranquilamente. Estaba en medio de treinta mil hombres disciplinados por él, de quienes era respetado i

obedecido incondicionalmente—como que no habian conocido otra autoridad ni superior inmediato, desde la formacion del campamento de Cerro-Leon, hacia tres años;—se desprendió no obstante sin hesitacion su espada, i entregó sin pronunciar palabra.

Al dia siguiente llegó con centinela de vista á Humaitá, fué sometido á un consejo de guerra, i fusilado por la espalda, acusado de alta traicion á la patria.

La mañana del 12 de agosto del 68 estando escribiendo el mariscal Lopez en San Fernando, se presentó el ministro de guerra i marina; se cuadró, saludó cortesmente i esperó á dos pasos de distancia.

Transcurridos quince minutos, Lopez que no habia contestado al saludo de su hermano político el jeneral de division Vicente Barrios, levanta la cabeza; i dirijiéndole una de esas espantosas miradas con que solia culminar en sus malos momentos las personalidades mas encumbradas:

—«Le he hecho depositario de mi confianza, creyéndolo un leal servidor, le dice; pero estoi persuadido de que es Vd. indigno de ella. Retírese de mi presencia».

El jeneral i ministro, el hombre mas importante por esa época en el ejército, tembló de piés á

cabeza, con dificultad pudo dar con la puerta, despues de haberse llevado el muro por delante, salió á fuera caminando como un ébrio aturdido é inconsciente; llegó á su casa, la sujetó de las abultadas trenzas á su esposa (que era hermana del presidente Lopez) la arrastró por el suelo con fuera herculea, la pisoteó i ensangrentó bajo los tacones de sus botas; tomó en seguida una navaja de afeitar i se cortó el pescuezo.

* * *

La conferencia se prolongó durante cinco horas consecutivas.

Lopez estaba vestido de rigurosa etiqueta: casaca bordada de mariscal, su kepís correspondiente, botas de charol con espolines, espada con empuñadura cincelada de oro i cinto del mismo metal. ⁽³⁾

El jeneral Mitre tenia puesta una levita militar sin galones; sombrero de fieltro i una espada sencilla, pendiente de tiros de hilo de plata i seda, formando los colores nacionales.

(3) Sobre este traje llevaba un poncho de seda tricolor forrado de finísima vicuña i ricamente bordado en oro.

Creyó por un momento el presidente Lopez, dominado por sugestiones idiosincrásicas ver preponderante la primera de sus proposiciones—referente á la paz con la República Argentina—al encontrar cerca de sí, en el protagonista famoso de la alianza, un hombre jóven, amable, casi humilde, de mirada apacible i dulce, velada por lijera tristeza, de simpática i distinguida presencia.

Pronto, sin embargo, se desvanecieron sus confianzas ante la esposicion clara i firme hecha por el jeneral Mitre de los sucesos producidos, desde el punto de partida de la protesta del 30 de agosto de 1864; estableciendo el derecho positivo de cada uno de los estados beligerantes, i las ofensas, agravios i provocaciones, que mediaron de una i otra parte; á la vez que los actos de irregularidad, que habian violado el derecho de jentes i las leyes de la guerra, que fatalmente motivaron el tratado de la Triple Alianza. Pacto solemne, garantido por la fé pública de las naciones concurrentes i signatarias, que en manera alguna podria romperse, sin previo i comun acuerdo.

El mariscal Lopez le espresó al jeneral Mitre lo mucho que habia estrañado que en documentos oficiales de la cancillería argentina, se hubiesen afirmado que no habia precedido de-

claracion de guerra en forma correcta de parte del Paraguai, antes de comenzar las hostilidades.

«Afirmacion jenuinamente falsa» dijo, pues que la nota correspondiente que contenia ese requisito internacional, habiase remitido en el mes de marzo del sesente i cinco por intermedio del subteniente Cipriano Ayala ⁽⁴⁾ al ajente de negocios de la república en Buenos Aires, con la prevencion de que inmediatamente pusiera en manos del superior gobierno; i el apresamiento de los buques de guerra «25 de Mayo» i el «Rio Gualeguai», tenia lugar recien el 13 de abril.

Mitre esplicó que nunca tuvo conocimiento de esa comunicacion hasta el 3 de mayo, es decir, veinte dias despues de consumado el asalto al puerto de Corrientes ⁽⁵⁾.

Agregó Lopez que, tanto el ajente paragua-

(4) Era hijo del respetable ciudadano Isidro Ayala, ex-diputado al Congreso de los doscientos que declaró la guerra á la República Argentina, ex-comandante militar del departamento de la Villa del Pilar i ex-director general de correos de la nacion.

(5) La nota declaracion de la referencia llegó oportunamente á mano del ajente de negocios del Paraguai; pero este la detuvo en su poder, mientras realizaba importantes operaciones á la *baja* en la bolsa de Comercio en esta Ciudad.

Ineludible inconveniente de las tiranias! que no ocupando, por lo ordinario, á personas de honor ni caballeros, en los asuntos de estado: sus servidores solo hacen gala de celo i fidelidad, hasta tanto permanecen al alcance del látigo del amo; é inmediatamente que un accidente ó circunstacia cualquiera los libra á su propia suerte, falsean su deber, i traicionan la causa de ese mismo mandatorio, ante quien estaban acostumbrados á prosternarse como servirles instrumentos.

yo Felix Egusquiza, como el citado oficial Ayala habian sido tomados, i creia permanecian todavía presos en las cárceles de la capital argentina. A lo que replicó el jeralísimo que dichas medidas, de mera precaucion, obedecian á causas diversas.

Durante el curso de la contraversia el presidente Mitre concretó una proposicion de arreglo, bajo la base de la separacion definitiva del gobierno i el abandono del Paraguai por el mariscal Lopez.

— «Eso me lo impondrán, contestó este rápidamente, sobre mi última trinchera en los confines del Paraguai».

La conversacion jiró sobre otros tópicos; i Lopez que observaba atentamente á su interlocutor, i se habia penetrado de sus verdaderas condiciones de carácter, variando notablemente el juicio erróneo que tenia formado á su respecto— resultado de las informaciones apasionadas de oríjen *federal* le dijo:

— «Siento jeneral haberle conocido tan tarde».

— «Ya me habia tratado el año 59, cuando me hizo el honor de visitarme en Buenos Aires », espuso Mitre.

— «Sí; pero en aquella ocasion V. E. no me habló de política, sino de libros guaranies, replicó Lopez con viveza.

Conversaron con este motivo de bibliografía, comunicándole al jeneral Mitre que conservaba sus dos ediciones del Belgrano. Lo felicitó tambien por la importante biblioteca americana que poseia, i de la que hacia tiempo tenia noticias, lo mismo que de la del Doctor Andrés Lamas.

Citó entre otras obras la « Historia jeneral de la independenciam de Chile » por Don Diego Barros Arana, la que mucho elojió; haciendo merecida justicia al eminente historiador.

Resolvieron consignar en un *memorandum* las conclusiones del noble objetivo que motivó la conferencia. Lopez llamó entonces á uno de los oficiales de su séquito, i se aproximó de un salto el coronel Alem, persona competente é intelijentísima, antiguo jefe de la secretaría del mariscal: sacó papel i tinta, dobló una rodilla en tierra i escribió sobre la otra lo que el presidente paraguayo le dictaba⁽⁶⁾.

Se trajeron mesa i sillas i se pusieron en limpio dos copias iguales, que fueron firmadas respectivamente por ambos presidentes, guardándose una cada parte, para los efectos acordados.

Antes de separarse brindaron con esquisito

(6) El mariscal Lopez invitó al jeneral Miire á que fuera de su dictado el *memorandum*; mas este se escusó, pidiéndole lo hiciera él.

rum, de la bodega del mariscal Lopez por la próxima terminacion de la guerra; cambiándose los látigos de uso en recuerdo del memorable acontecimiento.

* * *

El dia siguiente de la espléndida victoria de Curupaitic, el mariscal Lopez perdió la última oportunidad en que pudo haber librado de la ruina i el esterminio á su desgraciada patria, por medio de una paz decorosa, dentro de las bases estipuladas por el jeneral Mitre en Yataitic-Corá.

El presidente Lopez no hizo la paz, porque no se resignó á despojarse de su poder omnimodo no tuvo la abnegacion cívica de abandonar el gobierno, i retirarse como simple ciudadano á vivir á Europa.

Prefirió seguir los azares de una lucha cruenta i desigual bajo augurios siniestros, en cuya suerte incierta jugó con la cruel indeferencia de un hijo sin entrañas la vida de su país, para ir al fin á perder la suya propia en las ardientes soledades del Aquidaban.

La última preocupacion que le acompañó al sepulcro fué el no haber reducido á cenizas, por falta de tiempo, la capital i aldeas de la República como Rosptopschino la Rusia en 1812

Su muerte, consentida i autorizada por el jeneral Camara, fué una aleve cobardía, indisculpable en ningun concepto; i el abandono de su cadáver, á guisa de botin, á las profanaciones de infame soldadesca, una indignidad que arroja desdorosa sombra sobre los blasones de la Triple Alianza; recayendo inmediatamente la criminal i odiosa responsabilidad en el ejército imperial de Pedro II de Braganza.

En este sentido, i asumiendo ella las proporciones de una inmolacion—enalteció i honró su causa—aunque no justificara ni la usurpacion vitalicia del poder público, ni las escenas de sangre con que manchó su administracion durante la formidable lucha.

* * *

Los restos del mariscal Lopez á semejanza de aquellos reyes eipcios, que ocultaban sus momias deuto de criptas i piramides fúnebres en leja-

nos arenales, yacen resguardados de montañas de granito—levantadas por mano de la naturaleza—en desiertos ignotos; pero donde seguramente podrá aun ser turbado su eterno sueño, por el fallo severo de la historia.

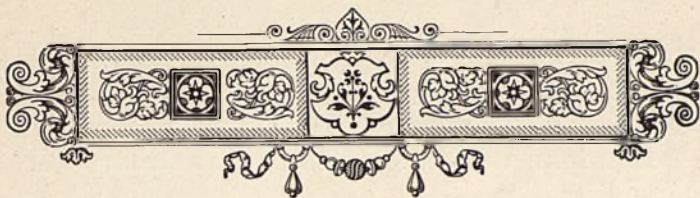
Su patria renacerá al progreso i la civilizacion: será otra vez rica y fuerte; pero las jeneraciones se renovarán en el olvido i la indiferencia de su nombre!

Mientras, sobre las orillas del Plata esculpida en bloques de marmol y bronce—la mas grande del continente americano—se elevará la estátua monumental del jeneral Bartolomé Mitre, para contemplar á su querida Buenos Aires, cuando su incesante y pasmosa prosperidad—despues de acumular la sávia de todos los climas y las razas del mundo entero, al amparo de la libertad legada con sus virtudes políticas—llegue á ser la primera capital del universo; en tanto que su memoria á la par de la de Washington, viva perennemente en el corazon de sus conciudadanos.

Buenos Aires, Mayo 14 1890.







DR. JOSÉ M. SIENRA CARRANZA ⁽¹⁾



LUYEN á nuestro rededor rumores vagos, presentimientos misteriosos, semejantes á los que se experimentan ante la vasta inmensidad del océano ó el miraje de las montañas andinas con sus conos plateados perdidos entre las brumas del espacio.

Algo como un estremecimiento fibrilar, indefi-

(1) La lectura de este trabajo en la conferencia literaria del Centro Paraguayo, fué precedida de las siguientes líneas:

Debo una palabra de esplicacion á los señores socios del Centro Paraguayo, respecto al motivo que ha determinado el asunto del trabajo literario que voi á tener el honor de leer ante esta asamblea i la distinguida concurrencia que solemniza con su presencia la celebracion de la fecha histórica.

Como indica el programa, mi *estudio* es la semblanza de un pensador i estadista uruguayo. La eleccion de su nombre no ha sido de mera casualidad; lejos de ello, es deliberada i consciente.

No se trata de un desconocido para nuestro país, pues él ha

nible, envuelve i ajita nuestro espíritu, i lo arrastra hácia temores supersticiosos.

Dominan nuestros sentidos sujestiones estrañas, enervadoras.

Sentimos miedo!

Es que hemos invadido los lindes de pertenencias ajenas.

Penetramos dentro del maravilloso arte de la *literatura pura*, como clasificamos esa seccion de las letras humanas—que haciendo caso omiso de los atavíos científicos—busca tan solo su pres-

concurrido con su voluntad i su accion individual á la fundacion i organizacion de su foro en la primera hora, cuando se sentaban los nuevos cimientos de la nacionalidad paraguaya en su era de libertad; i posteriormente en sus transcendentales cuestiones internacionales como ministro plenipotenciario.

Existe otra circunstancia primordial: la personalidad de quien me ocupo es un amigo jeneroso, constante i leal de nuestra patria.

I aqui es el caso de que se me permita una lijera digresion á propósito del punto que acabo de invocar.

La República del Paraguai ha tenido decididos partidarios, fervorosos aliados, ilustres amistades en tiempos que era una potencia militar americana, cuando disponia de injentes i poderosos recursos, i podia movilizar cien mil hombres i lanzarlos con las armas en la mano sobre el campo de batalla para vencer ó morir. Pero esas amistades han durado, lo que duró el poderio de la nacion caida.

Un ejemplo: el justamente reputado literato, periodista i poeta Olegario Andrade, sostuvo brillante i valerosamente la causa del Paraguai durante la guerra, fundando con ese único i esclusivo objeto, asociado á otros publicistas de no menor nombradia, un diario famoso en los fastos del periodismo argentino; i quince años mas tarde escribe su inmortal *Atlántida*, en donde pasa en revista los estados i pueblos americanos, sin mencionar siquiera á la nacion paraguaya.

Ni el heroismo incontrastable de sus hijos, ni sus desgracias

tijio en la elocuencia i brillo del estilo. Es la mas difícil, i sin duda la mas preciada donde no se reputan títulos de admision la voluntad ni el esfuerzo mismo; i únicamente tienen libre acceso á sus dominios, aquellos que viniendo al mundo recojieron su ventura de las valquirias aladas, heraldos de la fama.

Esta es la alta literatura, dispensadora de la suprema gloria, á la que deben su eternidad Atenas i Roma — sublime heredad, perpetuada i ennoblecida por los mas insignes jenios,

inauditas no superadas en los anales de las cruentas guerras, ni lo jigantesco de la contienda merecieron ya la atencion del poeta.

No pareciera sino que al desaparecer el brazo poderoso del mariscal Lopez, que sostuvo vigoroso, amenazador é implacable el estandarte paraguayo, la bandera tricolor hubiera perdido la virtud, que le hacia acreedor al respeto, las consideraciones i el cariño de sus viejas amistades!

El distinguido hombre público de quien me ocupo, pertenece á la pléyade de los escojidos, en cuyas altivas almas priman la caballerosidad i la nobleza contra las veleidades del oportunismo, sosteniendo siempre i en toda circunstancia una doctrina, una idea, i una moral inmutable.

Estos, ejercen el apostolado de la verdad, del derecho i la justicia con prescindencia de todo pensamiento utilitario—es decir—practican la virtud por la virtud misma, porque consideran hidalgo, porque consideran jeneroso, porque no tienen sino una palabra, porque no reconocen sino una sola conciencia, i se llaman José Sierra Carranza, Carlos Guido i Spano, Máximo Lira, Antonio Lussich....

Mi semblanza leida en la fiesta del catorce de mayo de 1891, aniversario de la independenciam de nuestra patria querida, es pálido testimonio de reconocimiento á la leal amistad de los nobles corazones i las almas viriles.

desde Demóstenes al Dante, hasta Chateaubriand i Byron.

El varon altivo de quien vamos á ocuparnos— delineando lijero esbozo de su carácter, virtudes i singulares cualidades — ha tiempo i desde la adolescencia, tiene tomada posesion dentro del sagrado palenque, por aclamacion unánime de los que juzgaron sus diplomas de suficiencia, declarados auténticos i de la mejor lei.

Reconocemos nuestra imperdonable osadía, doblemente comprometida, al acometer sin la correspondiente *vénia* nuestra árdua empresa; mas no por eso cejarémos— pues que estamos decididos á llegar hasta el fin, aun cuando tuviéramos que resignarnos á los justos enojos de los *inmortales*. ⁽²⁾

* * *

(2) Se refiere el autor á los directores de *conciencia* del señor Lagomaggiore, que le aconsejaron no publicar en su «América Literaria» las producciones de *ningun paraguayo*. Esto no es, en manera alguna, un cargo contra el Dr. Oyuela ni el señor Fregeiro; sino mas bien la espresion de un sentimiento de extrañeza, porque los encargados de *csas recopilaciones* sean desgraciadamente jente poco menos que inalfabeta, i por consiguiente desposeida de criterio literario — que necesita *solicitar* los juicios ajenos— para el desempeño de su cometido.

Si con alguien fuera lícito repetir la espiritual ficción de la duquesa de Orleans sobre su hijo el rejente de Francia—aplicada al nacimiento de Byron — lo sería ciertamente con el Dr. Sierra Carranza, al rededor de cuya cuna las hadas soñadoras, abandonando sus grutas azules, también se dieron cita, para colmarle de sus dones. Una le otorgó elevadísimo ingenio, brillante i fecunda imaginación; otra talento sobresaliente, potencia intelectual de primer orden; aquella corazón jeneroso i viril, altísimo carácter; esta distinción extrema en la persona, sensibilidad exquisita, i la última, queriendo sobrepasar á las demas, caballerosidad cumplida i medioeval.

La evocación del nombre «del inglés mas célebre del siglo XIX» en el presente caso, no es completamente desposeída de oportunidad; porque de entre todos los poetas americanos, tal vez sea el ilustre uruguayo á quien mayor similitud de circunstancias características lo vincule al cantor de *Childe Harold*, en sus preocupaciones melancólicas, su temperamento propio i esclusivo, sus quimeras é ideales estupendos, que tantos anhelos merecieron de él, i tan activamente influyeron sobre su vida i su muerte.

Hai analogías marcadas de temperamento idiosincrásico, refinamientos de gusto, ideas de privilegiado vuelo, sentimientos estéticos, delicadezas

de gran señor, aficiones de aventuras vagabundas, que como atavismos del jenio los aproximan i estrechan en comunidad de destinos.

Si hubieran nacido contemporáneos, se habrían conocido i encontrádose sobre el suelo envejecido de la Grecia, para mezclar sus esperanzas i sus sueños en renombradas acciones, en brillantes certámenes, en luchas i lances de guerra donde se jueguen la vida; pero donde se tronchen cadenas de esclavos ó de pueblos oprimidos, i, con jigante ruido, interesen al mundo, arrancando aplausos á la civilizacion; i no teniendo herederos á quienes legar su inmensa gloria, abandonar fragmentos de hazañas, para que el rapsoda los haga perdurables con sus cantares de ciudad en ciudad, de tienda en tienda, por las dilatadas rejiones del Oriente.

* * *

En el amplio escenario intelectual moderno, el Dr. Sienra Carranza ocupa lugar culminante entre las eminencias literarias i políticas del Rio de la Plata. Su vasta i sólida preparacion, su profunda esperiencia de las cosas i los hombres

de su país, la prudencia i seguridad de sus vistas, la inquebrantable austeridad de su vida, la seriedad i honradez de sus procederés, su breve pero intachable carrera diplomática, su sorprendente prevision de los acontecimientos, dan relieve á su personalidad como estadista distinguido.

La nombradía por él conquistada, sin embargo, ha sido mas bien bajo la faz literaria: de estilista irreprochable, de poeta inspirado—cuanto que sus conocimientos en las ciencias positivas, sus estudios administrativos i constitucionales, su calidad de jurisconsulto sobresaliente, su vocacion i especiales disposiciones, le inclinan decididamente á la accion fecunda de la política.

Allí está el verdadero centro de irradiacion para sus brillantes aptitudes, en el que diera desenvolvimiento apropiado i aplicacion feliz á las nobles i vehementes pasiones de su espíritu, á sus jenerosas i reivindicadoras doctrinas que al realizar los ideales de su patriotismo aquilatado, dejáran precedentes dignos de ser recojidos por la posteridad del pueblo oriental.

La incongruente contradiccion reconoce por oríjen su propia actitud desdeñosa i prescindente de los cargos oficiales, que en su ardoroso culto por la moral i pureza de los principios—dentro del aprecio estremo que profesa por la dignidad de su decoro personal, estremeciéndose ante

la menor sombra de contaminacion—lejos de pretenderlos, su intencion inmaculada lo aleja de ellos con invencible obstinacion.

I es fuera de cuestion que para fundar base de espectabilidad política ó reputacion de hombre de estado, será siempre uno de los medios eficaces la actuacion constante en diversas funciones públicas.

La fatalidad de su destino consiste en haber nacido en el reducido perímetro de un estado americano, cuya existencia normal, salvo breves intermitencias, constituyen la anarquia perenne i el desgobierno. Le falta escenario i público, porque su obligado auditorio pocas veces ha sabido mantener las altivas prerogativas inherentes á la ciudadanía uruguaya; acostumbrándose con el trascurso del tiempo á mirar indiferente, i soportar en silencio, la pacífica servidumbre de villanas dictaduras de cuartel, que se alzaban insolentes sobre el pavés, arrastrando en jirones la soberania de la nacion.

* * *

En 1863, estudiante de diez i siete años, pero ya considerado una inteligencia superior, entró el doctor Sienra á ocupar el empleo de oficial primero en el ministerio de relaciones esterores, bajo la presidencia del eminente ciudadano don Bernardo Berro; siendo enviado á fines del mismo año á desempeñar, en sustitucion del señor Juan María Perez, la secretaria del enviado confidencial en Buenos Aires, doctor Andrés Lamas, cerca del jeneral Mitre.

El majistrado argentino en el vigor de su juventud entonces, sostenido por inmenso prestigio i cariño popular, en el apojeio de su prodijiosa carrera, con la frente circundada todavía con los resplandores de la victoria de Pavon, donde acababa apenas de sellar la unidad de la república, era árbitro en aquellos momentos históricos de la suerte futura de dos naciones americanas: el Estado Oriental i el Paraguai.

La mision confidencial traia el propósito de obtener de él un acuerdo amistoso, mediante el cual se neutralizara la proteccion eficiente que dispensaba al jeneral Flores, quien á la cabeza de fuerzas revolucionarias habia invadido el territorio uruguayo —comprometiendo seriamente la tranquilidad interior i la paz pública.

El señor enviado confidencial suscribió el veinte de octubre de 1863 un protocolo con el

doctor Rufino de Elizalde encargado de la cartera de relaciones exteriores, cuyo art. 3º. consignaba: Que las ulteriores diverjencias que ocurrieren entre ambos gobiernos, se diferirían á la decision de S. M. Don Pedro II del Brasil.

Cuando el señor Lamas entregó al doctor Sienna Carranza los pliegos con el tratado celebrado, para que fuese portador de ellos á Montevideo, le dijo al despedirse: *Guarde bien esos papeles no se vayan á estraviar, que en ellos van los destinos futuros del Rio de la Plata.*

El ministro brasilero, señor Alves Loureiro, lo acompañó hasta el muelle de pasajeros; i al separarse le observó con vivo interés—que debia felicitarse de ser á su edad conductor de los documentos mas importantes que se hayan firmado en la América del Sur.

* * *

Aunque al jóven secretario no le merecia ninguna simpatia el acuerdo *ad referendum*, confiado á su discrecion, guardó prudente reserva, limitándose á ponerlo en manos del ministro de relaciones exteriores, doctor Juan José de Herrera.

Pero al dia siguiente fué llamado al despacho presidencial; i don Bernardo Berro, repúblico de corte antiguo i severísimo concepto, lo recibió de pié, i con adusto ceño, ahorrando palabras inútiles le interrogó:—*¿Está loco el señor Lamas? ¿De cuándo acá pretende erijir al emperador del Brasil en tribunal supremo para los asuntos internacionales de la nacion Oriental?*

Al senador romano se le habian enrojecido las mejillas, creyendo percibir en el art 3º. del protocolo Elizalde una conminacion del consejo áulico de Cartago; i demasiado celoso por la dignidad de los patrios lares, comprometió irrevocablemente el restablecimiento de las buenas relaciones con la república vecina.

La contestacion fué directamente del ministro de relaciones exteriores uruguayo al argentino—modificando lo referente al árbitro obligado: en que indistintamente pudieran serlo S. M. el Emperador ó el presidente Lopez del Paraguai —i en último caso, la admision simple en principio, del arbitraje—lo que importaba un rechazo positivo del espresado acuerdo, dada la escitacion de ánimos predominante en Buenos Aires.



Al inaugurarse la dictadura del general Flores, bajo los auspicios del Imperio que habia abatido las armas de la república, el doctor Sienna se refugió á su estudio de abogado, en cuya profesion, ejercida con gran competencia, justificó su reputacion de jurisconsulto de raza i hábil abogado. ⁽⁴⁾

Vióse obligado despues á emigrar á Buenos Aires primero, i mas tarde al Paraguai—hasta que en 1873 el gobierno constitucional del doctor Ellauri le nombró ministro plenipotenciario ante esta última república, i con una mision confidencial ante la Argentina.

Cuando el nuevo ministro arribó á la ciudad de la Asuncion los asuntos paraguayos pasaban por trastornos i complicaciones graves. El Brasil habia ya firmado sus tratados definitivos con esa nacion, arrancándole todas las ventajas imaginables por monstruosas que fueren, sin mas esfuerzos que el formularlas; i declarádose á renglon seguido su protector ardoroso—decidido á contrariar, en los arreglos de límites, las exigencias de sus aliados de ayer.

Tan irregular i pérfida conducta fué el resultado lójico de la censurable huida del enviado extraordinario argentino, doctor Quintana, de

(4) El doctor Sienna es sobrino del eminente codificador argentino doctor Velez Sarsfield.

las conferencias diplomáticas, el día mismo de su inauguración; dejando al barón de Cotegipe en plena libertad de proceder como mejor le pluguiese, desde el momento que faltó la presencia del único representante que pudo haber servido de control á las inmoderadas pretensiones del Imperio. ⁽⁵⁾

Con todo—á pesar de lo anormal de las circunstancias; i que en esos días una revolución triunfante derrocó el ministerio del presidente Jovellanos, el plenipotenciario oriental manejándose con su habitual circunspección i tino, llevó á término su misión satisfactoriamente, suscribiendo los tratados definitivos de paz, estradicción i comercio entre ambos países, destinados en lo futuro á vincular sobre la base de una política leal i jenerosa sus cordiales i duraderas relaciones.

Si el ministro doctor Sienra no consignó entonces en sus tratados la liberación de la deuda de guerra, que el Paraguai tenía pendiente con

(5) El doctor Manuel Quintana, pulido personaje, perteneciente al gremio de la *high-life*—la nota más alta de la elegancia i el buen tono porteños—cargado de títulos i consideraciones que le granjeaba su cultura social; fecundo en recursos para injeniarse maneras nuevas de calzar un guante *Jouvin* ó lucir airoso un traje á la *pompadour*, era á pesar de tan recomendables prendas personales,—un detestable diplomático, que ocasionó con su injustificada deserción serios inconvenientes á su patria, que hubieron de arrastrarla á una guerra extranjera, i daños irreparables á la despedazada República del Paraguai.

la República Uruguaya, fué simplemente porque no creyó llegada la oportunidad. Tenia él la mejor disposicion, interpretando los nobles móviles que animaban al pueblo oriental—de prestarles su asentimiento, siempre que el acto llegara á surgir de un pensamiento homojéneo, al que estuviesen dispuestos á concurrir con el mismo desprendimiento los representantes argentino i brasilero.

Proceder de otra manera, es decir, por separado, creia firmemente que lejos de consultar los verdaderos intereses de la nacion vencida, empeoraba su situacion; pues que privada del derecho de intervencion á su favor, con voz i voto, á un gobierno definitivamente amigo, para dejarla librada á las exorbitantes pretensiones de dos potencias limítrofes.

* * *

El criminal atentado del 15 de enero de 1875, consumado por oscuro motin de cuartel, le obligó por segunda vez á abandonar el escenario político, para buscar en el estudio tranquilo de

la vida privada, un refugio á sus inquebrantables convicciones contra la corrupcion i el vicio.

Tan abnegada i heróica resolucion no dejó de crearle—por la honorabilidad misma del propósito—sorda i mal disimulada animadversion de parte del elemento situacionista, harto ensoberbecido con los halagos sensuales que proporcionan los éxitos impúdicos de la traicion i la alevosía.

No transcurrió mucho tiempo en que á propósito de un desgraciado incidente social—á cuyo trágico desenlace era él perfectamente ajeno—consideraran los hombres del poder ocasion propicia para dar libre escape á sus enconos mal comprimidos; esparciendo amenazas i calumnias torpes, que transparentaron menos su envenado despecho que la estulta ignorancia que les agobiaba.

En presencia de tales circunstancias, la distinguida sociedad uruguaya quiso dar al doctor Sienna una prueba evidente de la alta estimacion que profesaba por su incontestable carácter i cívicas virtudes—invistiéndole la sala de doctores con el elevado cargo de rector de la Universidad mayor de la República. La designacion no podia ser mas elocuente ni mas honrosa; pero fatalmente, requisitos de forma inherentes á la toma de posesion del empleo, incompatibles con

los principios que gobiernan i dignifican los actos de su vida, imposibilitaron su aceptacion.

Su renuncia, que no se hizo esperar, i que reunió las condiciones de un reto mortal á la dictadura pavorosa del coronel Latorre, registraba este notable párrafo: «Me es sensible manifestar á Vd. que no obstante el agradecimiento íntimo á que me obliga aquella distincion de mis compañeros de la sala de doctores, me es imposible aceptar el cargo con que se me honra, para cuyo actual ejercicio me veria forzado á quebrar con principios i convicciones de cuya observancia no me es dado separarme ⁽⁶⁾.»

Se referia al acto de concurrir al despacho del ministro de gobierno, á prestar el juramento de estilo, en manos de S. E., que para él significaba un acatamiento esplicito de la usurpacion, ante cuya autoridad era una burla sangrienta la invocacion de la Constitucion i las leyes.

(6) «El Siglo de Montevideo correspondiente al 21 de julio de 1875.



Tres nombres arrebatados en alas de la fama, despues de trasponer las fronteras de la patria, habian llegado hasta nosotros hace veinte años, como la representacion elevada i gloriosa del intelecto uruguayo: los doctores Cárlos María Ramirez; José Sienna Carranza i Julio Herrera i Obes.

Los dos primeros han mantenido incólume el lustre de la reputacion lejítimamente conquistada. En cuanto al tercero, actualmente sobre el pináculo, presencia abstraído el momento solemne de la prueba; i dados los pasos vacilantes é inciertos que caracterizan la marcha jeneral de su administracion, seria aventurado emitir juicio sobre el fallo que la historia le depara.

Sus equívocas fluctuaciones de dias i meses enteros, que mantienen palpitantes la escitacion i ansiedad del pueblo con anuncios i presentimientos de risueñas esperanzas, cuyas fugaces perspectivas se disipan i renuevan con la rapidez que el voluble majistrado anula ó modifica sus improvisados prospectos de gabinete: han concluido por acentuar neurosis reaccionaria en contra del credo político sostenido valientemente durante una vida de sacrificios.

¿De qué otra manera se esplica ese empecinamiento por llevar á la constitucion de su ministerio inservibles *arrastra sables*, individuos

recargados de tintes oscuros i sombras desdoro-
rosas—que en las horas del recojimiento ven
poblados sus sueños de espectros i aparecidos
cubiertos de sangre i mutilaciones horribles, re-
clamándoles amenazadores de atentados i críme-
nes sin nombre?

I de este estado de latente sonambulismo no
consiguen sustraerle, ni el derrumbe estrepitoso
de las acciones i títulos de renta que forman la
riqueza pública i privada, ni el hundimiento
irreparable de empresas é industrias nacionales,
ni la inconversion bancaria que amaga con el
calamitoso curso forzoso, ni la tremenda crisis
que agobia despiadada al país, ni aquel aconte-
cimiento tristísimo de la inesperada muerte del
prócer Manuel Herrera i Obes—esclarecido pa-
tricio i último de los unitarios.

¿No le parecería al señor presidente Herrera
que agrupar en rededor suyo á sus viejos compa-
ñeros de apostolado, á la juventud oriental ilus-
trada i honesta, para compartir con ellos las
tareas del gobierno, i dejar en paz al militarismo,
cuyos jefes con lamentable frecuencia han des-
honrado la noble carrera de las armas—convir-
tiéndose en asesinos de cárceles, de indefensos
ciudadanos—á que aprendan la severa moral de
la república, que enseña el sometimiento de la
fuerza armada al elemento civil,—seria un pro-

grama mas en armonía con los antecedentes patrióticos del antiguo deportado de la barca Puig?

Podria afirmarse sin falsear la verdad que en cerca de un año que lleva ejercido el mando supremo, el único hecho de trascendencia que ha dado á luz, es el nombramiento de ministro plenipotenciario cerca del gobierno argentino; recaído en la persona del Dr. Ernesto Frias, quien á pesar de sus vinculaciones anteriores con el *incondicionalismo* uruguayo, posee aptitudes evolucionistas que satisficieron cumplidamente al doctor Herrera i Obes. ⁽⁷⁾

* * *

El doctor Sierra Carranza es eminentemente culto i sociable, de elegante, amena, é ilustrada conversacion, maneras pulcras i correctísimas, de modesta, tranquila i bondadosa índole; i penetrado de rigurosa é irreprochable buena crianza

(7) La opinion, empero, está bastante dividida sobre este punto; pues muchos sostienen que el plenipotenciario oriental en la Asuncion del Paraguai, Señor Garcia, es tan competente i conspicuo diplomático como el de Buenos Aires.

—ejerce dominio absoluto sobre sí mismo, consiguiendo imprimir á su carácter un temperamento de uniformidad invariable—incapaz en ninguna circunstancia, ni aun con sus amigos íntimos, de permitirse libertades fuera de los límites estrictos de las conveniencias.

Pertenece físicamente á la estatura poco menos que mediana, cuya pléyade, segun Michelet, ha producido el mayor número de celebrados injenios: Laménais, Thiers, Blanc, Avellaneda, Vicente Fidel Lopez.... Hai, sin embargo, en su persona algo mas bien del órden moral, que lo presenta enaltecido, radiante de superioridad—como acontecia con el jigante corso— i hace de su figura una entidad característica, no fácil de confundir con la jeneralidad de los hombres.

Bastará que se incorpore á una asamblea ó círculo cualquiera de personas, i pronuncie la primera palabra terciando en la discusion, para que inmediatamente determine expectativa, avive el interés, imprima novedad é importancia á la discusion, ejerza influencia sobre el auditorio, se atraiga la simpatia i el respeto jeneral, i quede tácitamente considerado á la cabeza del debate. Son prerogativas naturales de la jente de condicion, de intelijencias privilegiadas que revelan su equilibrio en la argumentacion irresistible, la locucion brillante i avasalladora.

Pero, donde sobre todo eleva su vuelo vigoroso á alturas vertiginosas, es en el juicio literario. Su fecunda imaginacion enriquecida por gusto esquisito de delicadeza, un espíritu profundo á la vez que sagaz, en extremo sutil i penetrante, un tanto contajado de burlona i escéptica sonrisa, impregnado de cáustico aticismo — posee la esencia intuitiva, el don de la clarovidencia, de acertar á primera ojeada con la parte vulnerable de aquello que es sometido al escarpelo de su crítica de hombre de letras.

La línea incorrecta, la arcilla grosera, la pincelada falsa, la frase banal, lo pueril ó lo vulgar es presentado i exhibido en relieve instantáneamente, con evidente verdad é implacable maestría, ya se trate del libro, del sujeto ó la maravilla artística.

Sus principales producciones en este órden son: *Los escritos del doctor Avellaneda*, *Divagaciones á propósito de un viaje*, *Impresiones de un drama*, *El libro de don Diógenes Decoud*, *El nuevo libro de Sarmiento* — En estos estudios, obra acabada de la alta crítica literaria, cuya estructura, carácter i poder de espresion denuncian el juicio superior del pensador, del humanista i del sabio — hai talento, hai esplendor, hai grandeza, no tan solo por el jiro selecto de la frase, reluciente, sonora, concluida á cincel, como las piezas metá-

licas de Cellini—ni por la intensidad, perfeccion i flexibilidad del período—ni la correccion i pureza de la dición, sino por el concepto apropiado, exacto, luminoso, profundo.



El doctor Sienna corresponde á la seleccion de los megalocéfalos, no por el volúmen craneiano que no es mayor que el del autor de *Manfredo*, sino en proporción á la densidad i peso del cerebro en complejidad convolucional i calidad específica de la materia gris. ⁽⁸⁾

Una línea recta que arranca perpendicular de la última vértebra cervical hasta la altura superior de la bóveda cefálica deprime i anula casi por completo los atributos afectivos: fenómeno poco propicio á las dulzuras i tranquila felicidad del hogar.

. I si á esto se agregase el desarrollo exuberante de la idealidad, la continuatividad i el aprecio

(8) Su cabeza mide diez i ocho centímetros setenta i cinco milímetros de lonjitud por quince i ochenta milímetros de diámetro, equivalente al número cuatro i medio ordinario. El peso de su cerebro es mas de cincuenta i dos onzas i media.

propio: facultades impulsivas i creadoras del afan olímpico de las empresas extraordinarias, del carácter inquebrantable, persistente i tenaz que raya en fiereza, de la confianza consciente i supersticiosa por su accion individual—del lejítimo é intenso deseo de predominio i gloria—habria reunido las condiciones inmortales del héroe; i los héroes son insensibles á las caricias domésticas, por cuanto no alcanzan estas á satisfacer los ensueños delirantes de su imaginacion, ni menos llenar el vacío inmenso de su alma.

*
* *

Poeta del estro de Andrade, pensador i académico como Encina, tiene una obra magna entre manos, que si llega á terminarla será la produccion de mayor aliento, que en su jénero, se haya llevado á cabo. Es el poema de la América, en el que ha estudiado i modelado bajo faz i forma nuevas las mil circunstancias de su descubrimiento, cruentas guerras de la conquista, civilizacion cristiana i precolombiana, fabulosos progresos demográficos, desarrollos de sus ciencias i sus artes, los diversos ciclos recorridos hasta

llegar á su presente cultura etnológica; coronando esas majistrales descripciones, cantadas con alta inspiracion i saber científico, la gran epopeya de la independencia i el desfile de sus grandes jenerales, estadistas i libertadores.

Visitando las vastas destrucciones del Paraguai á la luz clarísima de sus lunas subtropicales, sintió manar de esos valles desolados ecos dolientes de jeneraciones mártires sacrificadas en guerra fratricida, confundidos al murmurio de apagados gritos, cuyo timbre poderoso aun parecia escucharse por sobre el fragor de la pelea como sangrientos retos al enemigo invasor, traídos por ráfagas de viento de entre agrietadas tumbas, derruidas fortalezas, hacinamientos de huesos humanos; i el pensador i vate uruguayo contristado ante tan luctuosos recuerdos describió, por fidelidad caballeresca, en admirables i sentidos versos la leyenda desgarradora de la nacion caida.

Simbolizó en la «Paraguaya»—que errante, sin hogar, huérfana i sin amparo, el semblante lacerado por crueles padecimientos, sin otros vestijios de su opulencia pasada que los harapos que apenas cubren su enflaquecido cuerpo, i el puñado de hiedra que ostenta en sus manos, recojido de entre las ruinas de la antigua casa solariega—las desgracias inauditas de la patria

americana, que aun espera precedentes en la historia de los siglos.

El poema del doctor Sienna es un capítulo de la Iliada Homérica. Corresponde á aquel pasaje tocante i tristemente conmovedor, en que Priamo, el arrogante rei de Troya, cae arrodillado á los piés de Aquiles para besarle las manos todavía manchadas con la sangre del hijo adorado, é implorarle su clemencia.

El «Victor Hugo en América» de Soffia i Groot publicado en 1889, menciona las traducciones de tan solo dos poetas rio-platenses: el primero es *El Niño* del doctor Sienna Carranza. I el «Album de Poesias» coleccionado i editado bajo los auspicios del patriarca de las letras uruguayas doctor Alejandro Magariño Cervantes, registra algunas de sus principales composiciones poéticas que no nos detendremos á enumerarlas. — Para qué? ¿A qué conclusiones responderia?

La leyenda épica de la antigüedad hace decir á la sombra del hijo de Priamo: — «No juzgueis á Héctor segun su miserable tumba: la Iliada, Homero, los griegos en fuga—hé aquí mi sepulcro — yo estoi enterrado bajo todas estas grandes acciones.»

El doctor Sienna Carranza pasará á la historia, no por este ó aquel trabajo literario, ni por

que hubiese demostrado empeño en jugar rol en la política partidista, sino porque es una personalidad descollante, un carácter firme sin aleaciones impuras; i por los servicios i bienes que aun está destinado á prestar á su noble patria, cuando la reaccion de la decencia i la honradez sobre el sistema inicuo de coacciones i vicios — que ha hecho presa de la administracion de la república—sea un hecho real i permanente; i el pueblo oriental reclame un Cleveland que reivindicque el respecto á la lei i al derecho, haga efectiva la prosperidad hasta los confines apartados del territorio, llene las arcas fiscales de caudales i millones, i atraiga la consideracion del mundo sobre la entidad nacional, por la virtud i patriotismo de sus ciudadanos i la moralidad i justicieros actos de sus gobernantes.

*
* *

Pero él no cifra el prestigio de su fuerza en la plebe romana, siempre inconsciente i voluble, pronta á aplaudir los crímenes de los poderosos ó palmoear ante la carreta que arrastra al patíbulo á madama Roland.

Tampoco en ese otro elemento cien veces peor organizado de los palaciegos incondicionales del éxito—de políticos de gacetilla que ejercen el aforo de reputaciones á tanto la línea, de burgueses que hacen profesion de la privanza i comercian con proveedurias vitalicias—falanje reclutada de entre necios de todos los matices, que nunca conocieron costumbres ni se dieron cuenta de lo que significa el sentido comun—verdaderos libertos disfrazados con el traje de hombres libres; i sin embargo, necesarios, indispensables á los gobiernos de *South America*, cuyas salas, antecámaras, gabinetes, ministerios, tribunales i cortes de justicia, deberán obstruir, embarazar, llenarlos para jugar al ájio con la moralidad administrativa, fijar los jalones del mérito ó demerito de los hombres importantes, i tambien los precios de la concusion i el peculado.

De estos lacayos de la fortuna i del fraude, que en los estados malsanos suelen conseguir formar atmósfera i hasta opinion, el doctor Sienna acepta únicamente la censura—jamás el aplauso. El no pretende la popularidad—busca el concepto como lo buscaron Sarmiento, Rivadavia, Juan Carlos Gomez, Florencio Varela, Valentin Alsina, el jeneral Paz.....

Tiene conviccion acabada de su talento i valer, i esto le basta: confianza absoluta por el triunfo

de la buena causa, i tan inquebrantable fé en lo porvenir i su propio destino — que nada humano existe que pueda perturbar la serena tranquilidad de su alma.

Concentrado en sí, discreto i paciente—solo confía i espera de esas rejeneradoras corrientes de la idea trascendental, elaboradas lentamente por el pensamiento i la voluntad de los hombres superiores; pero que llegan al fin á tener tumultuaria resonancia, se hacen carne i apasionan i ajitan á las muchedumbres, que despues de dominarlo todo, restablecen las cosas en su quicio, conquistando un eslabon mas al adelanto moral é institucional de los pueblos.



Entre las ilustres relaciones cultivadas por el doctor Sienna, donde figuran: hombres políticos, sábios, reputados artistas, eminencias del pensamiento i las letras, ocupaba el primar puesto el gran Sarmiento, con quien estaba vinculado íntimamente, i le profesaba cariñosa i distinguida amistad.

Gustaba el *Viejo luchador* de traer con él á

tela de juicio las eternas cuestiones sociológico-políticas americanas, escuchando con marcada deferencia al jóven estadista, que preparado singularmente en la materia —i fuerte por sus estudios clásicos en recursos metafísicos—se remontaba fácilmente del análisis i la induccion á las leyes de síntesis, llevando encadenada victoriosamente con su lójica poderosa, la solucion explicativa de la fuerza creadora: la razon de ser de las instituciones republicano-democráticas federativas.

Sus conclusiones que abarcaban complicados problemas, como la inconsistencia de las prácticas constitucionales, la negacion del ejercicio libre del sufragio, la deficiencia de hábitos i costumbres para el orden—revelados durante dos tercios de siglo de ensayos en el réjimen político de vida independiente sud americana—llegaban algunas veces á hacerse tormentosas; entonces el *Viejo atleta* se ponía de pié, i echando mano á su panoplia que contenía todas las armas restablecía con una paradoja deslumbrante su autoridad de maestro infalible, porque él tenía solucion para todo ⁽⁹⁾!

No nos resistimos al deseo de transcribir algunos párrafos de la última importante carta que

(9) Histórico.

escribió de la Asuncion, pocos dias antes de morir, al amigo querido, en contestacion á otra que el doctor Sienna le dirijió, hablándole del congreso sudamericano de derecho internacional privado, que debia instalarse en Montevideo el 25 de agosto del 88.

Fué sensible que el jeneral Sarmiento no hubiese ocupado un asiento en esa convencion internacional, pues es sabido que tenia hechos de tiempo atrás, estudios fundamentales de ideas i doctrinas propias, orijinales, esencialmente americanas que nunca tuvo ocasion de hacerlos publicos: i revestian á su persona de la mayor autoridad en la materia.

Si el Paraguai no hubiera estado á la fecha fatalmente gobernado por un delincuente analfabeto ⁽¹⁰⁾ es fuera de cuestion: habria sido designado por aclamacion su glorioso representante en aquel congreso.

Señor doctor J. Manuel Sienna Carranza.

Asuncion, Agosto 27 de 1888.

Mi estimado amigo:

Sucedeme lo que Mr. Gould me decia dis-

(10) Era entonces presidente de la republica, Patricio Escobar, coronel del mariscal Lopez en los últimos momentos de la guerra, i victimario del infortunado coronel Venancio Lopez.

culpándose de no haberme escrito largo tiempo. Con el ánimo de escribirle *largo i tendido*, dejo escapar la ocasion i quedo en descubierto. Nunca se proponga usted, me aconseja, escribir cartas largas, porque le sucederá lo mismo.

I su carta de usted me provoca á dar rienda suelta á la fantasía, tratándose de lo que debiera ser i no es, como en el caso presente. El Congreso Americano es concepcion de un señor ministro Ramirez i del jóven Saenz Peña, segun me lo anunció quien de ello tenia conocimiento.

Desde entonces venia yo escludido de ser consultado pues insinuando la idea el diplomático Ramirez al venir á Buenos Aires, preparando los hilos de la telaraña; significó mucha deferencia, esperando sin duda que yo aprovechase tan donosa ocasion de acercármele. Mi abstencion llovía sobre mojado, pues acababa de ser desechada (con desdoro) alguna indicacion por escrito i formal de mi parte, de tratar en serio, i como un peligro para esta América la *italianidad*, que fraguan contra el derecho de jentes i las soberanias territoriales sud americanas, jóvenes de la nueva italia, preocupados del antiguo rol de Roma, que quieren restablecer en el mundo moderno, i que puede en efecto, con las alucinaciones de los italianos esparcidos en nuestros países producir el mismo hecho que produjo en

Europa el jeneral Bonaparte, con las ideas del *Cornelio Nepos* i el ejército que ponía en sus manos la revolucion francesa, el *imperio romano* con sus lejiones, su gloria i sus batallas; hasta despoblar la Europa, para saber que este mundo moderno se compone de máquinas de trabajo i de aplicacion de las ciencias á la industria.

El defecto de la convencion uruguaya es que, como la peruana, se propone crear un derecho de jentes latino, colonial, para defensa de los débiles, sin cooperacion ni respaldo de los fuertes. La América para los americanos es una imposicion i escepcion al derecho comun, que está en estado de aspiracion todavía; pero que tiene cien millones de hombres i la autoridad moral en la política moderna que les dan sus instituciones i riqueza para poder estorbar que los italianos troneras, los Bismark; i todas las viejas codicias europeas pretendan recolonizar para ellos la América. Nosotros llevamos en apoyo de nuestros derechos, los derechos de Santos i sus representantes, los de Roca, los de Blanco Guzman, i poniendo aparte nuestra plata labrada, los de Chile apoderándose con rotos promancaes i araucanos de las vastas comarcas que ocupan indios quichuas i aimaraes. Este es nuestro estado social. Me escribe un político chileno, i me hace notar que han habido huelgas sucesivas

de pueblo airado, quemando los tramways por que no se les hace mas rebaja de pasaje á los pobres (rotos indíjenas!) los panaderos por aumento de sueldo, etc., rechazadas todas, sin dar lugar á que la clase (la minoría blanca, culta, propietaria) preste atencion, como si tal sucediese! Es lo mismo que pasa por toda la América, sociedad de unos cuantos, apoyados en la estolidez de los muchos. En Chile se abandona cada vez mas la educacion del gran número, prodigándola á unos mil hijos de ricos propietarios, que hallando estrecho el territorio clásico lo estenderán por conquistas sucesivas sobre los estados vecinos, cuidando de alejar toda influencia *norte* americana que amenazaría pedirles que se tengan en sus términos. Necesitan una América latina sin protectores respetables.

I aquí entra el verdadero disentimiento que suscita su carta de usted que quisiera que esta copa la alzasen manos mas limpias que las de los tiranuelos que la riqueza, la guerra, las instituciones, el crédito, hasta la educacion, habrán de suscitar entre nosotros. El partido de Roca lo componen los estudiantes del Uruguai, i los diez mil alumnos de los colajios nacionales que hemos fundado, i se procuran colocacion en congresos, diplomacia, etc. Daza de la Escuela Militar es el primer fruto de la educacion que se

queria dar al ejército. Usted se lamenta que bajo la proteccion de tiranuelos, Varela desenvolvese su educacion popular. ¿Bajo cuya proteccion lo haría sinó? En Chile Santa Maria en nombre de la libertad contra Montt, resistió á rentar las escuelas diez años, i diez años despues fué electo Presidente por la clase culta i partido libérrimo, que emprendió la conquista del Perú (affaire de guano, salitre i borax) i en su tiempo se cerraron la mitad de las escuelas, i en un solo año disminuyeron diez mil niños, todo para mayor gloria. En Buenos Aires, Alsina, Riestra, Mitre se opusieron con el partido liberal á *rentar* la educacion, i con el mayor conocimiento que se tenga *en el mundo* de los sistemas, es el menos atrasado, pero atrasadísimo país de América. Montevideo ha hecho algo,—poquísima— i sin embargo *los blancos* de cara i de partido hallan que se ha hecho demasiado!

Yo había contado (*conflicto de las razas*) con la inyeccion de sangre europea para reforzar el sentimiento individual que no tienen los indios ni los castellanos, pero me ha salido un pan como unas flores con la *italianidad*, que á nadie escandaliza, i promueve Cambaceres, que en edad hábil se declaró frances, i apoyan Pellegrini.....

i todos los mestizos de emigrados ^(a) i de colonial.

.....
.....
Se ha apoderado de mi espíritu la convicción de que á los 78 años un hombre es viejo, reviejo i sujeto á desmoronamientos que admiten pocos reboques. Aquí tiene usted mi enfermedad.

Queda entre tanto su affmo. amigo.

D. F. Sarmiento.

.....
.....
* * *

Byron, sintiéndose seguido de cerca del hastío profundo de todo lo que forma los encantos de la vida i sus placeres, busca un campo de batalla donde rendir su vida con el brillo i el estrépito que la habia ostentado.

Un pueblo, el mas célebre de la humanidad, que con su hejemonia intelectual ha iluminado

(a.) En conversacion familiar Sarmiento no decia «emigrado» sino *innigrante*.

en los arcanos del tiempo los anales de los imperios, lo recibió alborozado aclamándole al frente de sus lecciones: el salvador de la Grecia—cuyos destinos cree ver representados en aquel héroe de nueva especie.

I el cañon de la patria de Pericles i Homero anunció al mundo la muerte del mas grande poeta de su siglo, que habia caido «tras el último i supremo combate», como los seres fantásticos que tantas veces él mismo habia pintado.

Es tradicion de la imaginacion helénica que en las noches serenas suele aparecer la sombra del poeta inmortal, gobernando la brida de su caballo de guerra; i seguido de numerosa escolta, galopar con velocidad pasmosa por sobre las cumbres del pentélico famoso.

El doctor Sierra tributa férvido homenaje al sublime cuadro, que con fulgores vívidos ha iluminado tan vasto escenario, i sus recuerdos de poeta solo encuentran ejemplos que le sean comparables en los carros de marfil de Pompeyo i Mario—desfilando por ante palacios i pórticos soberbios de la vetusta Roma, precedidos de haces i águilas invictas i los constantes gritos de lejonarios i cautivos.

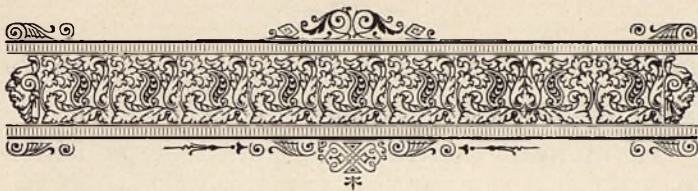
Empero él preferirá dedicar los años de su vida á una mision, si bien mas concreta, mas patriótica i tambien mas humana.

La vehemente aspiracion de su alma seria concurrir á la inauguracion del siglo de oro de la nacion uruguaya, en el que fuera consagrada por siempre la integridad de sus leyes i derechos soberanos; i despues que el precioso legado quedara definitivamente confiado á la custodia de los dignos patricios de la república—morir como un Chatam, desplomado dentro del recinto parlamentario, en su sillón ministerial—mientras pronunciaba ante los *padres conscriptos* su gran discurso, sosteniendo la reivindicacion de vastos territorios usurpados á la patria oriental.

Buenos Aires, Marzo 12 de 1891.



1004



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO ⁽¹⁾

SEÑORES.



UN acontecimiento infausto i doloroso, que ha enmudecido el sentimiento argentino, envolviendo en luto la bandera de la patria — nos agrupa con el corazon quebrantado al rededor de este féretro, para dar el solemne i cariñoso adios al que en vida se llamó Domingo Faustino Sarmiento.

Ya no volverémos á escuchar la palabra elocuente del gran ciudadano, ni volverémos á leer

(1) Esta oracion fué leida en setiembre del 88 ante la tumba del gran estadista; i aunque no debiera por su carácter figurar en esta *série*—nos hemos decidido á incluirla, teniendo presente la circunstancia de que el ilustre jeneral falleció en la capital del Paraguai—reservándonos, empero, ocuparnos mas fundamentalmente de él en uno de los siguientes volúmenes.

los notables artículos ilustrados por el jenio potente del atleta del periodismo.

El aliento vigoroso que cual trompa bélica resonaba en los gabinetes de estado, los parlamentos, los ministerios, los congresos internacionales, las academias i centros de educacion— difundiendo la instruccion, los sanos principios i las virtudes republicanas,—acaba de extinguirse eternamente.

Ha muerto ausente del hogar, fuera del cariño de la familia argentina. No le ha cabido el consuelo como á Mirabeau de verse estrechado por tantos brazos queridos, de sentir el calor, la palpitacion de tantos corazones amigos, i de percibir el estremecimiento i la conmocion profunda de las muchedumbres apenadas, que llenarian las calles, los patios i los contornos de su casa i cuyas lágrimas i jemidos, alcanzarian hasta el pié de su lecho de muerte en sus postrimeros momentos.

I sin embargo, señores, nadie con mayores títulos para esclamar con el tribuno frances á los que velaban su última hora: «sostened esta cabeza la mas fuerte de mi patria, porque ella cimentó por siempre sobre el suelo argentino la instruccion i la libertad».

Cincuenta años de servicios eminentes al país, la consagracion absoluta de sus mejores dias,



dedicacion eficiente de sus aptitudes i talento privilegiado, unidos á una honradez acrisolada, un carácter viril, una voluntad incontrastable i una fé jamas desmentida, le han merecido al jeneral Sarmiento bien de la patria i la gratitud perdurable de sus conciudadanos.

Él no ha visto el horizonte enrojecido á la luz de los incendios — las ciudades devastadas i reducidas á pavesa—las mieses de los campos con sus frutos calcinados por el acero i el fuego de la metralla. Su frente sudorosa bajo la presion calenturienta del cerebro — que sorprende el plan científico de Maipo — no ha sido herido por el cierzo de los ventísqueros i aludes, sobre las alturas graníticas en que anidan los cóndores; ni los cascos de su corcel de guerra han golpeado victoriosos las nevadas crestas andinas, donde no alcanza el águila caudal. Tampoco ha escuchado el estallido pavoroso de los llaneros de Colombia, al chocar sus armas en la jornada de Ayacucho contra las aguerridas huestes castellanas, que con desesperacion heroica sustentaban el último derecho de la España. Sus ejércitos no han paseado por las arenas candentes de los trópicos, ni el paso de sus lejiones ha ensordecido la tierra al cruzar las sábanas blanqueadas de huesos humanos — como Bolivar i San Martin.

Su gloria al menos no perteneció á este jé-



nero. Aquellos habian nacido para nuestras revoluciones coloniales, i fueron los fundadores de la independenciamericana; — éste vino á la vida en la aurora de la emancipacion, i fué el paladin de las revoluciones políticas i uno de los organizadores del sistema institucional de su patria.

Era empero antes que todo, hombre de pensamiento — su poder consistia en la idea i en su pluma. I si bien concurrió alguna vez á los campos de batalla, fué en épocas de mengua para la dignidad del argentino — á objeto de salvar un principio comprometido — ó cuando ejerciendo la suprema magistratura, se veia obligado á proceder á nombre de la lei fundamental de la república.

Poseia en alto grado el instinto del jenio — que ve las cosas á grande distancia, presiente la aproximacion de los acontecimientos históricos, i arranca por un esfuerzo de imaginacion los sucesos futuros á los arcanos del porvenir. Asi fué que despues de haber vulnerado de muerte la dictadura de Rosas con su inmortal *Facundo*, preparó con otras publicaciones de no menor influencia, el pronunciamiento del jeneral Urquiza i la caida de la tiranía el 3 de febrero.

Sarmiento ocupa un puesto culminante en el

vasto escenario de la era constitucional, desde 1852.

Su obra es de tales proyecciones i su accion tan múltiple i fundamental, que no me propondré pasaros en revista en la reducida proporcion de una breve oracion. Esa tarea ha de ser materia de un libro, i queda confiada al reconocimiento de la posteridad.

Pero si en mi anhelo de presentaros caracterizada en síntesis la imponente mision, cumplida por el hombre extraordinario cuya pérdida lloremos—me fuese permitido valerme de un ejemplo antiguo—yo evocaria un pasaje de la historia prodijiosa de Macedonia.

El hijo de Filipo llevó un dia la civilizacion griega con sus ciencias i sus artes desde los confines de Libia á las orillas del Ganjes, i desde los valles de Yaxarte hasta el Oceano Indico. I despues de haber delineado la dominacion mas vasta, que la espada del conquistador haya fundado en la historia de los siglos, muere en la capital del imperio Asirio, reconstruido por él—i sus restos son conducidos durante dos años por entre ceremonias fúnebres i cánticos sagrados al monumento donde debia reposar.

Las conquistas realizadas por Sarmiento mediante la accion de su patriotismo, de sus libros, su propaganda i su palabra son mas trascenden-

tales, mas fecundas, mas útiles, i serán mas duraderas porque tienen por objetivo la libertad, la justicia, el progreso, el respeto de la dignidad humana;—i tambien mas vastas puesto que reconocen por teatro el mundo civilizado de dos hemisferios.

Como el héroe macedónico ha muerto lejos de la tierra que le vió nacer; i su cuerpo envuelto en tres banderas, es trasportado con pompa marcial, para que reciba los honores de un triunfador romano, discernidos por el pueblo i gobierno de su patria, i descanse rodeado del respeto i de la gratitud de sus compatriotas.

Cuando en 1845 emprendia desde Chile, un viaje de estudios á Europa i Norte-América, concció en su paso por Montevideo á los representantes de aquel viejo partido unitario, que en las épocas del naufragio jeneral, habia sido el salvador de las instituciones argentinas —cuyo depósito santo defendian con las armas en la mano—dentro de los muros de la *Nueva Troya*.

Allí en medio de esa pleyade brillante distinguió el perspicaz viajero al jóven oficial Bartolomé Mitre, en cuya noble frente velada por las tristezas de la nostalgia, percibió claramente su privilegiado destino. I ambos, en un abrazo fraternal, poseidos de la embriaguez sagrada, juraron por su honor en presencia del Dios único,

dedicar sus dias i sus vidas á la libertad i organizacion de la patria.

Hoi el jeneral Sarmiento ha partido primero, despues de haber cumplido su juramento con medio siglo de servicios esclarecidos, escediéndose tal vez, de lo que la madre cariñosa, única deidad de sus amores, debió lejítimamente pedirle.

La historia nos dirá que como estadista fué mas práctico que Rivadavia, como periodista mas ilustrado que Moreno. Que como escritor tenia la orijinalidad novedosa de Disraeli i tambien su asombrosa fecundidad.

En su conjunto de hombre público reunió la intensa visual de Gladstone, el carácter sencillo, emprendedor i comunicativo de Franklin, la laboriosidad administrativa, el espíritu de orden i la seguridad de planes de D. Manuel Montt. Pero, con quien principalmente tuvo analogias singulares ha sido con D. Diego Portales, á quien conoció i trató en Chile.

Poseia su enerjia despiadada é inflexible, su rápido i certero golpe de vista, su instantaneidad para concebir i ejecutar, su patriotismo levantado i fascinador, su altivez autoritaria i dictatorial, sus calidades i talento para iniciar, crear i dirijir.

Como Portales gobernó con mano fuerte á la

luz del día, desde la plaza pública, sin guardar misterio de sus actos—asumiendo resueltamente con lealtad, su responsabilidad ante la nación, que lo observaba, diciendo: SOI YO, ES MI ÓRDEN, YO MANDÉ.

Como aquel, enemigo implacable de la anarquía i las banderías, sin perdonar medios, persiguió, estrechó i abatió definitivamente el caudillaje en el territorio de la república.

El nombre de Domingo Faustino Sarmiento queda escrito donde quiera se dirija la vista. Las instituciones i la riqueza públicas, la acumulación de inmensos recursos i empresas colosales, la cultura i el progreso actual, los grandes centros i establecimientos que atestiguan la civilización i el adelanto argentinos, llevan el grano de arena, sino la iniciativa del gran estadista.

Señores: al retirarnos de este recinto, llevemos en el corazón angustiado, el consuelo al menos, de que no será la última vez que nos congreguemos á rendir homenaje al ilustre patricio.

Pronto sonará otra hora, menos triste, no ya de luto i de dolor, sino de cánticos triunfales, que nos reuna al pié del bronce esculpido al llamado de la justicia póstuma, para librar su memoria á los resplandores eternos de la inmortalidad.

Buenos Aires, Setiembre 21 de 1888.





JUAN CÁRLOS GOMEZ



OR qué los caracteres probados en la lucha de los contrastes, los que han dado alimento á su existencia con los despojos mismos de los acontecimientos en los vivacs de las revoluciones,—despues de haber sobrellevado valientemente una vida de agitacion por entre catástrofes políticas,—llegan á un periodo en que les abandonan las calidades motrices de su actividad, consumiéndose en la esterilidad i la impotencia?

¿Por qué las inteligencias superiores fortalecidas al calor del saber humano, alentadas por sentimientos de libertad i justicia, cuando han llenado su existencia de sacrificios i labor,—han

sido los maestros de una jeneracion al que han revelado los secretos del porvenir—se estacionan en la indiferencia, dejando enfriar en la oscuridad del silencio el fuego de su espíritu?

Y este fenómeno se sucede tanto en los hombres de la accion como en los hombres del pensamiento.

Asi vemos que Alejandro, el jenio predestinado, al tocar el límite de sus fabulosas conquistas, abandona su accion vertiginosa, para entregarse á la molicie de los palaciegos; i morir prematuramente á consecuencia de un acceso alcoholico.

Byron llena á la Europa de luz i armonia con el sonido de su lira. Elévase cien codos sobre el clasicismo espirante, alcanzando á ser en la literatura una potencia émula de Napoleon; pero en eso es arrastrado por el hastío i busca una tumba ignorada en Missolonghi.

El libertador de Norte América en Mount-Vernon, i el hijo exelso de Caracas en Santa Marta, se consumen agobiados por intensísima tristeza.

Chateaubriand, el jefe hidalgo de la escuela romántica, cuya gloria envidiáran Shakespeare i Cervantes, consideró en sus últimos años una carga pesada é inútil, esa existencia tan fecunda en producciones sublimes.

Es que el aniquilamiento de las fuerzas vivas

en la humanidad, marcha precedido de algo mas fatídico que la propia muerte:—el desencanto que estingue la fé que nutre el alma.

Es que la constitucion del hombre es harto deficiente i limitada. Que el linaje humano carece de atributos de ponderacion absoluta, capaces de satisfacer las fantasías psiquicas del alma, dentro de la limitada felicidad terrenal. Que aun el conjunto de leyes que rije en la naturaleza la armonia, está asentada sobre una perpetua destruccion de seres, que es justamente lo que en ella constituye la vida.

«Cuando en una bella tarde de primavera los pájaros hacen oír al rededor nuestro el sonido de sus cantos alegres, cuando la naturaleza entera no parece sino que respira paz i serenidad, no pensamos seguramente que todo este espectáculo tan lleno de alegría i tranquilidad, reposa sobre un vasto i constante aniquilamiento de la vida; pues que los pájaros se nutren de insectos i del grano de la planta indefensa. Olvidamos que esos cantores de la selva, cuyos acentos recojemos complacidos, no son sino los raros sobrevivientes entre sus hermanos, que han sido sacrificados por la avaricia de las aves de rapiña, de los enemigos de todo jénero que devastan el nido, ó que han sucumbido á los rigores de la miseria i del frio.»

Un lance de honor va á tener lugar en los alrededores de Buenos Aires.

Los testigos han tomado, sobre el terreno, las medidas de órden. Los adversarios se colocan frente á frente.

La lucha es completamente desigual, porque uno de ellos es profesor en la esgrima i la pistola —mientras el otro nunca ha manejado un revolver.

Por eso los padrinos han confiado el equilibrio de las fuerzas á la eleccion de las armas, que una deberá estar cargada sin bala.

Se da la señal de fuego, i, el favorecido por la suerte para tirar primero, dispara contra su adversario, pero sin resultado. Solo le alcanzó á tocar el pecho con el taco de su pistola.

Era el profesor, mas el azar le habia deparado la que no tenia bala.

Su vida quedaba legalmente á merced de su enemigo, que no dista de él sino algunos pasos.

Los momentos son solemnes. La ansiedad palpita en los pechos. El silencio febril de aquel minuto imprime á la escena, muda é impo- nentemente expectativa.

Entonces el adversario, que desde el comienzo de aquel drama lúgubre, conservaba toda la entereza de una alma valerosa, movió lentamente

el brazo, i dirijiendo la boca de su pistola hácia arriba descargó alaire, diciendo: «He venido dispuesto á morir, no á matar». ⁽¹⁾

Su vida sin embargo acababa de pasar por un inminente peligro. Pero la Providencia se encargó de conservarle para que diera cima á la mision que el destino le tenia encomendada.

Su muerte en aquellos momentos, en la plenitud de su enerjía i su actividad, hubiera dejado un vacio inllenable.

El era el maestro de las nuevas jeneraciones en la enseñanza austera i honrada de los principios políticos, de las altas cualidades del ciudadano libre.

Era la inspiracion pura i elevada para los grandes sentimientos del patriota, la fraternizacion de los pueblos, la hospitalidad jenerosa al extranjero, que afluye á las playas americanas, trayéndonos sus industrias i sus brazos.

Era la garantia inquebrantable de la verdadera doctrina constitucional—única capaz de cimentar la paz interna, acrecentar la riqueza pública i hacer fuerte i unida una nacion.

Cuando la pasion invadia todos los corazones, la razon se estraviaba en presencia de los inte-

(1) En el famoso duelo con el señor Nicolás Calvo.

reses del partidismo, la calma desaparecia en los hombres de estado i los gobernantes—ora en las luchas civiles, ora en las cuestiones internacionales—su voz en la prensa se elevaba persuasiva, para traer á los ajitados espíritus con abnegado desinteres, una reflexion oportuna, una solucion equitativa ó una actitud política salvadora.

El significado real del duelo habia sido trascendental —asi es que su resultado fué decisivo.

Se sostenia en él la libre emision de la palabra escrita —los derechos inviolables de la prensa liberal.

La conducta valerosa observada por el doctor Gomez en este memorable suceso, en el que noblemente se habia asignado el papel del malogrado Hamilton, fué un verdadero servicio prestado á los hombres que ocupaban un puesto en el periodismo.

Quedaba demostrado que no habia poder humano que pudiera amordazar el pensamiento, la proclamacion de la verdad á la faz del pueblo argentino.

La reflexion hizo lugar en el espíritu del terrible duelista, encaminando sus ideas á otros horizontes;—se alejó al traves del Atlántico, donde encontró nuevos medios de accion para luchas mas fecundas i de mas perdurables resultados. ⁽²⁾

(2) El señor Calvo despues del duelo, fué á establecerse á Lóndres, donde le cupo desempeñar importante papel en la sociabilidad inglesa.

La patria del Dr. Juan Carlos Gomez es la gran República del Plata, regada por los rios de este nombre, el Uruguay i Paraná; pues aunque nacido en suelo oriental, ha consagrado su vida entera, i prestado relevantes servicios á ambas naciones.

Dotado de talento sobresaliente, rico en estudios i esperiencia, poseedor de la ciencia del mundo, preparado con caudal de conocimientos, jurisconsulto, orador, poeta, publicista, acaso el primer periodista de su época—la prensa ha sido la cátedra santificada por él—desde donde ilustró los pueblos, las masas, los poderes oficiales, los hombres de letras, la juventud, dándoles criterio de buen sentido, acierto en las ideas i hábitos de respeto á la justicia, á la lei, al derecho comun.

Aunque sus apariciones en la política militante de su país fueron breves—su tránsito por los puestos públicos ha dejado precedentes de alto ejemplo, que por su sinceridad repercutirán en la posteridad, mientras existan hombres de sentimientos i corazon.

Las estrechas preocupaciones del localismo patrio, de ficticias nacionalidades, no encuentran cabida en su credo político, que solo se apasiona de causas jenerosas, que envuelven estabilidad

i bienestar americanos dentro de la democracia republicana, en la libertad i el órden.

La formacion de una gran patria sobre los limites del antiguo vireinato—fuerte por sus riquezas i unidad de propósitos, que merezca la consideracion de sus vecinos, el respeto del mundo por su progreso i civilizacion—es el punto de mira de sus convicciones, i por cuya realizacion estaria dispuesto hasta el sacrificio.

El Dr. Gomez, como D. Juan B. Alberdi i el Dr. Miguel Navarro Viola fueron los paladines que en representacion de los pueblos del Plata, han luchado, vulnerado i batido en retirada, palmo á palmo, la tradicional política de usurpacion del Reino de Portugal, trasportada al vecino imperio por D. Pedro I de Braganza.

Hubo épocas en que estos nombres preocuparon al gabinete de Rio, tanto ó mas, que el poder militar del mariscal Lopez.

* * *

Su patria natal tuvo que abandonar mui jóven por primera vez, para evitar mancharse con sangre de hermanos—persuadido de que el rei-

nado de la razon no habia aun llegado. La justicia era todavía demasiado débil para imponerse.

El por otra parte, jamas admitió como medio de triunfo, el apoyo de los caudillejos de circunstancias que manejan á su voluntad las masas ignorantes,—tan indispensable en América al éxito de los asuntos políticos.

Carácter independiente i altanero, se bastaba á sí; i lejos de pretender halagar pasiones ó vicios ni indirectamente—no aspiraba sino á cumplir con sus deberes de ciudadano, caballero é íntegro.

Emigró á Chile, i allí en la tierra de los hombres de estado i del orden maduró sus ideas, dando ensanche al círculo de sus conocimientos; estudió la administracion pública, las relaciones internacionales, las constituciones de los pueblos libres; los secretos de la paz i la riqueza públicas; —ocupó en fin un puesto en la prensa, distinguiéndose merecidamente.

Estas i otras emigraciones le pusieron en condiciones de adquirir conocimientos prácticos, i dieron á sus opiniones ese aplomo i seriedad que las caracterizan.

Las vicisitudes del destierro no amortiguaron la fé de sus convicciones por el porvenir de la América republicana ni la suerte de su patria,

como se vé en las pájinas de la «Tribuna» i «El Nacional», diarios posteriormente redactados por él en aquellos tiempos de controversia i esperanzas.

Luchó sin tregua tenazmente, muchos años, llevando siempre él la palabra, i manteniendo en alto su bandera, que es la causa futura, la enseña del porvenir.

Este fué el periodo brillante de su carrera de tribuno i estadista, que le conquistó nombradía i universal reputacion. Cuánto talento i cuánto ingenio desplegó!

Sus escritos sobresalen por la altura en que coloca el debate, la cultura de su lenguaje, la robustez de sus argumentos, la claridad de sus corolarios, la lójica de sus conclusiones, sin que por eso carezca de la belleza i colorido del mas esquisito gusto literario.

Cada uno de sus artículos es un tratado completo sobre la materia que dilucida, ya se trate de ciencias sociales, doctrinas políticas, administracion ó historia.

En la polémica, es fuera de duda, no tiene rival.

En la que ultimamente sostuvo con los sectarios del oscurantismo, que pretendieron negar un pedazo de tierra argentina á la estatua del ini-

ciador de la unidad italiana, comprobó una vez mas este privilegio indisputable ⁽³⁾.

* * *

Muchas de las predicciones hechas por él se han cumplido; i no abrigamos la menor duda de que las demas,—que van tomando las forma proféticas,—se realizarán á su vez.

La unidad de las repúblicas platenses, no es sino cuestion de tiempo.

En la famosa controversia con el jeneral Mitre, referente á la alianza brasilera contra el Paraguai, le decia el Dr. Gomez:

«Para mí es desde ya evidente como la luz del mediodia, que el gobierno i la situacion fundados, ó que quedarán fundados en el Paraguai por la alianza, serán derrumbados, arrastrados i moralmente condenados por los acontecimientos que van á sobrevenir, despues de trastornos i sacudimientos desastrosos.

.....
«Es mas probable, continua, que el problema que deja el Waterloo de nuestra *santa alianza*, el

(3) La estatua de Mazzini.

éxito i triunfo de los aliados de hoi, va á ser resuelto por el partido federal con que usted no ha contado, sino como elemento reaccionario de actualidad.

.....

«A nuestro partido disuelto, desquiciado, demoralizado, sin brújula i sin timon, ó al partido contrario, que ha de venir un dia por la lei de la sucesion al Gobierno de la república, confia usted la solucion del problema, que deja pendiente la alianza brasilera.

.....

«El partido federal—demócrata, ó como quiera llamarse en lo sucesivo,—usted sabe que el nombre nada importa, ni significa, mas que una designacion para conocerse—es fuera de cuestion desde ahora, que deshará toda la obra de la alianza, que reaccionará contra ella i la condenará con todos sus móviles i resultados, con ó sin justicia».

Respecto al primer punto ahí están los acontecimientos á la vista.

Durante algunos años, advenedizos cargados de vicios—guarda almacen de aduana, uno de ellos, con resabios de salteador—se han sucedido en el gobierno de la Asuncion con beneplácito de la alianza tripartita; hasta que el cadáver del último lugar-teniente impuesto por la presion

brasileira, fué arrojado á los piés del representante de San Cristóbal ⁽⁴⁾!

La situacion creada por el poder extranjero, desapareció como las huellas que deja el viajero al cruzar las arenas movedizas del desierto.

De todos aquellos aparatos de fuerza, cañones, batallones de línea, ocupacion armada de la capital, diplomáticos i vizcondes,—apenas ha quedado un recuerdo en la conciencia del pueblo paraguayo: el odio contra el Imperio.

Actualmente está reconocido, i conserva relaciones de amistad, navegación i comercio con los gabinetes ex-aliados, que emprendieron la cruzada libertadora contra la tiranía del presidente López, un jeneral subalterno del mismo mariscal ex-dictador.

La única diferencia, que hai entre este i aquel, es que Lopez poseia, condiciones, al menos, para hacer progresar materialmente el país i mantener bien alto la preponderancia nacional—mientras que el reemplazante, sin ser de mejores instintos que él, recién está aprendiendo á leer i escribir bajo la superintendencia administrativa del ministro Decoud—con el propósito de preocuparse del castigo de los jurados cohechados, que absolvieron á los asesinos del ex-presidente Rivarola.

(4) El Presidente Juan B. Gill muerto en las calles de la Asuncion el 12 de Abril de 1877.

En cuanto á la segunda parte, para qué soplar sobre la chispa que comienza á incendiar ⁽⁵⁾? Bastantes combustibles tiene amontonados á su rededor. Ella tomará cuerpo, i cuando sus penachos de fuego, á manera de inmensa hoguera de innumerables bagajes abandonados por el enemigo en la derrota, se eleven hasta los cielos, sabe Dios si posible será augurar donde irá á detenerse.

Los hechos brillan con la claridad del sol i ciego será quien no los perciba.

* * *

Ha pasado un cuarto de siglo del punto de partida de nuestro relato.

¿Cuál es la posicion política, que la marcha lójica de los sucesos ha señalado al Dr. Juan Carlos Gomez?

¿Ocupa acaso la presidencia de la República Uruguaya?

¿Continua en la prensa dirijiendo las sociedades i los gobiernos?

(5) Este artículo se publicó á raiz de los acontecimientos de junio del año 1880.

Ay! — Nada de eso.

Del adalid no conservamos sino la leyenda.

Despues de haber gastado su accion, su palabra i su pluma combatiendo egoistas preocupaciones, venciendo resistencias injustas, despertando sentimientos jenerosos, recibiendo aplausos, disciplinando ideas, fortaleciendo las instituciones, — se separó de la arena política; mas al bajar de la liza dejó en ella jirones de su entusiasmo patrio.

La naturaleza pródiga con él, le habia dado cualidades morales, intelijencia superior, talento, sentido profundo, organizacion privilegiada, hermosura física, juventud distinguida, prestigio, todas las condiciones necesarias, para luchar con ventaja, amar la vida, alimentar ambiciones i ansiar la gloria; i á pesar de todo, la duda primero, el cansancio en seguida, trabajaron su espíritu, apagaron su aliento de fuego, cubriéndolos de fúnebre crespon.

Quebró su pluma i se alejó sin volver á mirar atrás, para siempre, del campo de la accion, pronunciando las palabras escépticas de Caton de Utica.

* *
* *

Cuando al bajar la tarde doblais alguna vez la calle Perú á la de Moreno encontraréis á un hombre entrado en años, vestido de negro, de elevada estatura, constitucion robusta, que sobre sus fuertes hombros ostenta una cabeza estatuaria perfectamente concluida, poblada de abundante cabellera, barba entera, color un tanto castaño, cargadas de canas, frente tersa, elevada, ancha.

Anda lentamente, camina paso á paso distraido de lo que ocurre á su rededor—pareciera que hubiera prescindido del mundo exterior. Busca en vano, como el filósofo de la linterna, un mundo á sus ilusiones de poeta.

Sobre sí lleva una montaña de recuerdos de tiempos que fueron, de ensueños fugaces que ya no volverán. I su alma agobiada por el espectáculo de la injusticia—no desea mas que alejarse de un teatro que le causa vértigos.

Pero, lo que mas atrae la atencion en él, es el profundo desaliento que refleja su varonil fisonomia.

Sus ojos pardos claros, en otro tiempo llenos de espresion i de enerjía, están velados por amarga tristeza, i vagan sobre los objetos sin preocuparle.

Su encuentro nos produce un efecto estraño, i nos trae á la memoria las bellas palabras de Blanc sobre el autor del *Atala*.

«Mortalmente disgustado de los hombres i de su siglo: entregada su alma á aquella exaltacion febril i condenado su corazon á aquel eterno vacío, que aquejan á los hombres escepcionalmente organizados, habia llegado Mr. de Chateaubriand á mirar como una pesada carga su destino, tan envidiado empero i tan glorioso.

«Mas de una vez nos ha sido dado verle en esta última fase de su vida, i sobre todo nos ha pasmado su abatimiento que revela padecimientos i melancolía.

.....
«Nada existia en efecto para él de cuanto en otro tiempo deseó, esperó ó creyó; i en vano despues del gran naufragio á que habia sobrevivido, buscaba en lo que no habia perecido aun, alimento para su entusiasmo ó inspiraciones para su ingenio.

.....
«Grandiosos espectáculos, ilustres amistades, ó cuando no, enemistades de aquellas que dan gloria, esto es, lo que aquel atormentado corazon necesitaba i esto es justamente lo que le faltó; pues á no ser algunos insultados recuerdos, nada quedaba de tantas escenas terribles ó heróicas, que como él habia presenciado el mundo con espanto i admiracion».

Buenos Aires, Setiembre 1º de 1880.



MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS

PAUTA

Para la colocacion de las láminas

PRIMERA SÉRIE

	<u>Páginas</u>
Retrato del mariscal Francisco Solano Lopez.....	<i>portada</i>
id del jeneral José E. Diaz.....	1
id del teniente jeneral Bartolomé Mitre.....	111
id del Dr. José M. Sierra Carranza.....	147
id del Dr. Juan Carlos Gomez.....	193

INDICE

DE LA

PRIMERA SÉRIE

	<i>Páginas</i>
JUICIO CRÍTICO.....	VII
JENERAL JOSÉ E. DIAZ.....	1
Proyecto de desembarco en Rio Janeiro.....	13
Combate de Corrales, 31 de enero de 1863.....	16
id del Banco Purutué, 10 de abril.....	19
id de la Confluencia, 17 de abril.....	22
Batalla del Paso de la Patria, 2 de mayo.....	24
id del Estero Bellaco, 24 de mayo.....	29
Combate de Yataiti-Corá, 10 i 11 de junio.....	33
id de Carapá, 16 de julio.....	42
id del Sauce, 18 de julio.....	47
Orden de fortificar Curupaitic.....	61
Curupaitic.....	65
Asalto de Curupaitic, 22 de setiembre.....	68
Perfil.....	80
Herido mortalmente, 26 de enero de 1867.....	89
Su muerte, 7 de febrero.....	98
Funerales.....	103

	<u>Páginas</u>
CONFERENCIA DE YATAITÍ-CORÁ.	111
DOCTOR JOSÉ M. SIENRA CARRANZA.....	147
JENERAL DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO	185
DOCTOR JUAN CARLOS GOMEZ.....	193

ERRORES NOTABLES

Página	Línea	DICE	LÉASE
VII	1	sólo	solo
X	19	á guiza	á guisa
XV	24	chateabriand	chateaubriand
1	3	al travez	al través
7	15	un poco de equidad	un resto de equidad
11	17	e ese	de ese
31	23	su corcel	su corcel
37	4	á selemne	á solemne
46	1	antes acampaban	antes acampaba
52	25	no faltan	no faltaban
55	3	i las naturales	i de los naturales
55	29	de una guerra	de una gran guerra
56	17	Carlos Magno	Carlomagno
57	10	del que la hubiese	de los que la hubiesen
59	4	controversia	controversia
60	18	estmápido	estampido
66	23	ligados	ligadas
67	9	al coman	al comandante
70	4	del ejército	de ejército
70	14	una i cuatro	una á cuatro
73	17	limites	limite
75	25	teatro de accion	teatro de la accion
86	6	avanzadas	avanzados
88	23	siquiera	ni siquiera
95	9	no se atribuyó	no se le atribuyó
99	18	mostrndóle	mostrándole
105	21	arrojadas por doquier	arrojados por doquiera
107	18	lo exijescen	lo exijan
108	24	mesquindad	mezquindad

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	DICE	LÉASE
113	15	parados	paradas
127	20	de sus	á sus
136	6	contesto	contesta
138	7	con fuera	con fuerza
141	7	contraversia	controversia
149	18	que le hacia	que la hacia
178	14	pero que tiene	pero que tienen
191	23	su instantaneidad	su instantaneidad pasmosa



